Camille de Toledo

Teseo, su nueva vida

Traducción del francés de Robert Juan-Cantavella

Galaxia Gutenberg

© Phil Journé

Camille de Toledo

Es escritor y doctor en literatura comparada. Da clases en el Atelier des Écritures Contemporaines de la ENSAV (La Cambre), en Bruselas. Es autor de obras notables, como *El haya y el abedul, ensayo sobre la tristeza europea* (Seuil, 2009; Península, 2011), *Vies potentielles* (Seuil, 2010), *L'inquiétude d'être au monde* (Verdier, 2012) y *Le livre de la faim et de la soif* (Gallimard, 2017). Procedente por parte de padre de una familia judía de Turquía, ha estudiado historia, derecho y literatura. Lleva años inmerso en un trabajo de investigación en torno a la cuestión de los *vértigos de la identidad*, entre cristianismo y judaísmo, y al *marranismo*, en relación con la historia europea y las experiencias traumáticas del siglo XX. En 2004 obtuvo la beca de la Villa Médicis. En 2008 fundó la Sociedad Europea de Autores para promover «la traducción como lengua». En 2012, tras la muerte de su hermano, su madre y su padre, se fue a vivir a Berlín con sus tres hijos. Comprometido con el reconocimiento jurídico de los elementos de la naturaleza, orquesta, como autor asociado, el proceso de creación de las Audiencias para un Parlamento de Loira (2019-2020). Asimismo, dirige un ciclo de investigación con la École Urbaine de Lyon, la Feria del Libro de Bron y el European Lab, con el título: *Investigar, investigar, pero ¿para dilucidar qué crimen?* Su libro *Teseo, su nueva vida* apareció en la editorial Verdier en otoño de 2020, con el cual ha sido finalista del Premio Goncourt, del Premio Médicis, del Premio SGDL y del Premio France Inter de los lectores. En España ya se han publicado tres de sus libros: *El haya y el abedul, ensayo sobre la tristeza europea* (antes mencionado), *Historia del vértigo* (Alpha Decay) y *En tiempo de monstruos y catástrofes* (Alpha Decay). Es también artista y documentalista. Sus películas se centran fundamentalmente en las luchas contra el capitalismo, desde la insurrección zapatista hasta los acontecimientos de Génova en 2001. En este sentido, en 2013 firmó el libreto y el vídeo de su ópera *La caída de Fukuyama* (música de Grégoire Hetzel), sobre la reanudación de la «historia de la violencia» en el siglo XXI.

¿Quién comete el asesinato de un hombre que se mata? Con esta pregunta, digna de una novela de detectives, arranca la investigación del autor sobre el suicidio de su hermano. Una investigación que lo llevará a retrazar la historia del siglo XX y lo abocará a huir de París, «la ciudad del Oeste», a Berlín, «la ciudad del Este». Pero en lugar de escribir una autobiografía, Camille de Toledo se sumerge en sus archivos, un núcleo de recuerdos traumáticos que marcaron a su familia. El libro, que en un aliento vertiginoso oscila entre el yo y el él, nos permite meternos en la piel de un narrador de la antigüedad: un Teseo moderno, del siglo XXI.

El intento de entender qué mató a su hermano Jérôme se convierte así en una furiosa indagación que trata de «mirar al Minotauro a la cara», ese Monstruo de la Historia que devora nuestras fuerzas. ¿De qué manera los años del crecimiento económico, la edad de oro de la industria y de la reconstrucción tras la derrota de Alemania en 1945, han velado todos los miedos que surgieron de los años de guerra? ¿Qué permanece en nuestros cuerpos de estos traumas de tan larga duración? ¿Por qué razón, con la crisis petrolera de 1973, resurgen todas las fragilidades del pasado?

De Toledo es un nombre que el autor tomó de una de sus abuelas, un nombre que lleva la marca del marranismo. Tras ser expulsados de España, sus antepasados se instalaron en Turquía y luego regresaron a Francia. Ahí es donde el escritor se enfrenta a los mapas de su genealogía, y donde se sirve de ella para repensar la identidad, convirtiendo el problema marrano en el corazón de la experiencia europea, y develando toda una serie de elementos vertiginosos que le sirven para comprender de qué manera los traumas de la Historia afectan a nuestros cuerpos.

Título de la edición original: *Thésée, sa vie nouvelle* Traducción del francés: Robert Juan-Cantavella

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª

08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2021

© Camille de Toledo, 2020
Edición publicada según acuerdo con Agence littéraire Astier-Pécher Reservados todos los derechos © de la traducción: Robert Juan-Cantavella, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021
Imagen de portada: © Camille de Toledo
Conversión a formato digital: Maria Garcia ISBN: 978-84-18807-34-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Los padres comieron las uvas agrias, y los
dientes de los hijos sufren la dentera.

Libro de Ezequiel, capítulo 18

tú, hermano mío, dime...

¿quién comete el asesinato de un hombre que se mata?

naciste el veintiséis de enero de mil novecientos setenta y tres unos meses después de tu nacimiento tuvo lugar la primera crisis del petróleo que anunciaba el fin de un mundo el fin de la energía infinita después de más de treinta años de una crisis del capitalismo entregaste tu vida
y desde aquel día yo soy tu superviviente el que carga a sus espaldas con el enigma de tu muerte

un enigma que atraviesa los tiempos y las fronteras
una pérdida y una carencia a las que se suman otras historias llegadas del pasado que permiten discernir un hilo frágil

y cuando tiro de ese hilo, lo que me revela es: que somos
un encadenamiento de desastres y derrumbes

y que esta envoltura a la que llamamos Cuerpo que vestimos, cuidamos y veneramos, es solo la cristalización de unos lazos que en el exilio, la vejez o el accidente pueden llegar a disolverse

un hermano, una madre, un padre, una lengua la huella de una ciudad donde aprendimos a amar el recuerdo, siendo un niño, de los bosques alrededor de un pueblo

cuando perdemos nuestros lazos, hermano, nos derrumbamos

y después de tu muerte, yo me derrumbé me vi vapuleado y atravesado por unas fuerzas extrañas venidas del pasado
para mí ya no había más días
más luz

tuve que volver a buscar vuestros rostros revisitar la historia de la que nacimos siguiendo el hilo de esas fuerzas, me vi obligado a sumergirme de nuevo en ese tiempo absurdo y amnésico

del «Sueño Económico Europeo»

luego tuve que volver a atravesar la guerra, llegar a las trincheras del otro siglo

sumergirme en las aguas del tiempo iluminar las mentiras

que nos alumbraron a nosotros

ya ves, hermano,
para no morir, he tenido que emprender un viaje al fondo de la noche, en los pliegues del cuerpo en los estratos del tiempo

con el fin de entender lo que te sucedió y responder a esa pregunta errada que acabó por darle la vuelta a todo aquello en lo que yo, el moderno, había creído

el hijo de la prosperidad *¿quién comete el asesinato de un hombre que se mata?*

pues con esta pregunta se abre el relato arcaico que atraviesa las edades y rebota de vida en vida, del pasado al futuro al futuro

uno de marzo de dos mil cinco

París

un padre desata a solas la cuerda con la que se ha ahorcado su hijo, yo voy en un taxi que cruza el río, no sé nada de lo que está sucediendo pero el mensaje del contestador dice que me dé prisa, es una voz aterrorizada, la voz del padre; apenas salgo del taxi echo a correr, tecleo un código, ya no me acuerdo; el ahorcamiento es un acto arcaico, no es como saltar por la ventana, la cuerda viene del pasado, que es donde yo habré de volver; pero de momento encaro la escalera, sus peldaños desgastados, en el segundo la puerta está abierta, veo al padre sentado, en el rincón, y al hermano acostado ahora todo se derrumba y la vida está maldita la intuición que me acompaña desde la infancia encuentra por fin sus razones; así lo creo, por lo menos tengo la sensación de que todo cuanto ahora se materializa, el hermano, el padre sentado, todo obedece a una ley, a una ecuación; me acerco al hermano yaciente; en ese momento de mí sale un grito para arrebatárselo a la muerte, a cuantos permitieron que sus penas y los secretos corrieran de cuerpo en cuerpo, de año en año; y con el grito sale también otra cosa: el recuerdo de la niñez, pero el hermano sigue allí, sobre las baldosas rojas; nada lo despierta, ya nada tiene solución; hay una línea de corte entre el hermano muerto y el padre y la madre y el hermano vivos; hay una imagen que falta, la buscaré durante mucho tiempo; la del hermano ahorcado ahora todo se derrumba y la vida está maldita y la imagen que deja, que habrá de atormentar a los que aquí se quedan en su esfuerzo por volver a vivir, es una herida arrolladora; luego llegan los bomberos, después la madre, el padre la ha avisado; su rostro al entrar, no lo recordamos; su rostro, cuando se llevan el cuerpo, no lo miramos; no miramos nada; estamos con el padre y con el hermano que queda; aquí será donde se afiance la prisión de sensaciones para la vida del después; en el corazón, algo que cuaja, que se infiltra a través de la piel y hasta la sangre; es una alquimia de temores cuyos efectos habrá que comprender para tejer el futuro con algo más que escombros; pero allí queda el padre, la madre, y entre ellos una grieta que es donde respira el hermano vivo; retiran el cuerpo del hermano muerto sobre cuyos hombros descansaba el peso del tiempo; en ese momento, el padre, la madre, no se hablan; está el silencio y lo que oímos; y es que cuando hay un muerto presente todo se vuelve una maraña de culpas y remordimientos que cada uno trata de esquivar ahora todo se derrumba y la vida está maldita me queda claro que *a partir de ahí* la existencia se partirá en dos; ¿acaso lo sabía desde el principio? ¿acaso hay una coherencia en todo cuanto sucede? después del hermano mayor va a haber que resistir, soportar esa escena; el hermano que ya no está; a partir de ahora, ser el único que queda; y los días pasan; las visitas de la familia, los amigos que se organizan, que acuden a saludar a la madre; algunos, avergonzados, llegan a estrecharla entre sus brazos; pero, en general, es una muerte que separa; sentimos que nada tiene solución; lejos del padre y de la madre, las palabras ya intentan

asentar un relato para evitar que el cuerpo resulte un estorbo; ya hace años que no estaba bien, estaba enfermo, eso es lo que cuentan, lo que quieren creer; la familia busca un relato para evitar que el suicida contamine la vida; convierte esta historia en una tragedia personal: «una elección libre»; ese mito resistente que se alza como un muro alrededor de aquello que tiembla para que todo siga igual; porque nadie quiere permitir que esa cuerda, la cuerda que anuda las edades y los recuerdos, el pasado y el futuro, acabe por alcanzarlo; el relato –estaba enfermo, ya hace años que no estaba bien– es la razón por la que hacemos un corte entre eso y nosotros un hermano que se ahorca

se habla de su compasión; de su tristeza y sus pesares, que los hay, porque la gente lo amaba; su fragilidad acabó dañando los valores de fuerza que, en esta familia, son el otro nombre del poder; al compartir sus penas, el hermano que quería morir –a veces pienso que *debía,* y todo cuanto trato de entender está ahí, en ese *deber*– acaba resultando conmovedor; nos deja a todos huérfanos de la esperanza de salvarlo; mas cuando todas las bocas callan, cuando nadie se enfrenta a las cosas muertas, ¿quién podría haber acudido en su ayuda?; cuando uno no quiere que la muerte lo salpique se asienta un relato, y ese relato llega a oídos de la madre; lo que ella siente no lo puede compartir; ya no puede seguir huyendo como ha hecho toda su vida; el suicidio de su hijo la obliga a observar aquello que siempre rehuyó; y ahora es demasiado tarde, el hijo se ha ido y ella dice *quisiera morir*

se lo dice al hermano que queda; de noche, cuando me despido de ella, la madre busca razones: *¿quién comete el asesinato de un hombre que se mata?* se pregunta mientras se encierra en un sueño forzado que la borra; presa todavía de un poderoso enfado: un culpable, para no condenarse demasiado necesita un culpable; el odio se apodera de ella, auténticas olas de rencor que transmite a los vivos; la madre es un puño cerrado que ya no ve la luz; hace como que vive, como que come, pero a través de esas imágenes falsas yo la veo precipitarse; la madre es un acantilado que el terror va erosionando; yo me paso por su casa, intento ayudar; soy un nexo entre dos mundos que se alejan mutuamente: el continente de los vivos y el de los muertos; soy portador de una esperanza intacta, pero la vida es sombría; en los meses que siguen a la muerte del hermano, me convierto en el padre de los míos, el padre de la madre y el padre del padre ahora todo se derrumba y la vida está maldita hay un verano en el que los pajarillos revolotean en un jardín del Sur; uno de ellos se posa sobre el hombro de la madre; yo, a modo de consuelo, tratando de hacer como que la vida sigue su curso, me digo que ese pájaro es el hermano; la madre quiere creerlo, juega con el pájaro; luego llegan los días de otoño, ella se reincorpora al trabajo, o por lo menos lo intenta; pasa

septiembre y pasa octubre; los cielos cargados de la ciudad del Oeste, el gris de los tejados, los colores pálidos, son meses que no arreglan nada, todo empeora, falta la imagen, la del hijo que se ahorca *¿dónde estabas? ¿qué hacías?*

hay momentos en que uno, por la vía de la rutina, trata de evadirse; pero el olvido no llega porque hay un momento que no se puede olvidar: el cuerpo del hijo y la imagen que falta de cuando se echa la soga al cuello, cuando le cuesta respirar, cuando la sangre se hiela; y noviembre también pasa; «el hermano me ha robado mi luz, se ha llevado mi sol», son pensamientos que ocupan al hermano vivo cuando ve que sus fuerzas y alegrías sirven para animar a los demás, especialmente a la madre; y, precisamente, la cabeza de la madre se apoya sobre mis hombros, busca un apoyo; yo me esfuerzo por servirle de apoyo y pasa diciembre, luego enero; ella se encomienda a mí, a lo que parezco saber: *tendré que transformar la experiencia de esta muerte, sin eso nada servirá de nada;* y la madre siente que en mí hay esa búsqueda, pero quiere que se celebre el juicio por el suicidio *¿quién comete el asesinato de un hombre que se mata?*

después todo va a peor, todo se acelera de una forma furiosa; la madre deja para el futuro cuanto en ella exige una venganza; y yo necesitaré años para entender lo que fluye de un cuerpo a otro, de una vida a otra durante los meses que siguen a la muerte del hermano; y así, el mes de enero nos lleva al aniversario del desaparecido; ese día no celebramos nada; la madre y yo nos veremos para comer y diremos que la vida sigue; hablaremos del mundo, de sus guerras, de ese que murió el pasado mes de marzo; la madre vuelve de un viaje; ha reunido las fuerzas para abandonar la ciudad del Oeste, el otoño, los tejados demasiado grises, el viento en las calles agitadas; tomar el avión, dormir, aturdirse con pastillas y luego llamarme *¿vamos a comer?*

comemos en la plaza de la Bolsa, en París, un día gris como cualquier otro; es el veintiséis de enero, día del nacimiento del hijo muerto; pero el ritual del aniversario ha perdido su sentido; hacemos como que hablamos, nos despedimos en la acera; luego, por la tarde, pasadas apenas unas horas, a la madre la encuentran en la última parada de un autobús, dormida para la eternidad; día de nacimiento del hijo, día de muerte de la madre treinta y tres años más tarde; *un veintiséis de enero;* es algo que sucederá otras veces: fechas que se superponen, «sincronías», pues así se llaman; *coincidencias*, dirán aquellas y aquellos que no quieren comprender; pero yo digo que son «lapsos del tiempo», puntos en que el pasado se mezcla con el futuro, en que el contorno seguro de los cuerpos se desdibuja ante todo cuanto vincula los

nombres entre las edades; y la madre ahora está muerta; el hijo superviviente dice una tarde llorando *pronto, yo seré el último*

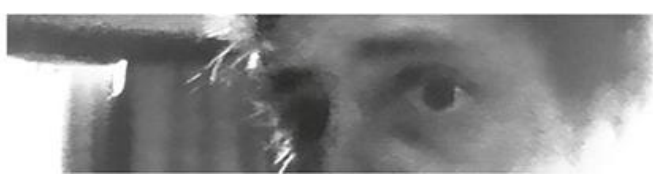
pero ya no sabe a quién dirigir sus oraciones y su padre empieza a declinar; durante los meses que median entre la muerte del hermano y la muerte de la madre, el padre se ha repuesto, se ha ocupado como ha podido de los asuntos de la familia; se ha implicado en la elección del material para los ataúdes, ha intentado confortarme compartiendo su fe: *he hablado con tu hermano*, me dice, *ya no sufre*, y ahora que la madre ha muerto, añade: *está en paz, créeme, está con su hijo...* y esa pena suya, ¿cómo voy a discutirla? ¿con la razón? ¿qué razón? el hermano que queda deja a su padre con sus creencias, y si habla con fantasmas, con espectros... que cada cual se defienda de todo esto como mejor pueda; porque ahora toca despedirse de la madre, y una vez más, una vez más, llamar a la familia, a los amigos, a los conocidos; el hermano que queda recibe, organiza; hasta ahora ha vivido protegido detrás de los suyos; en adelante habrá de ser él quien proporcione sustento, ser un hijo que recibe; el padre lo ayuda, pero flaquea, algo lo enfurece; no logra hacer frente a aquellas y aquellos que asientan el relato de la muerte de la madre; *vivía devorada por la culpa*, dicen, *la desaparición de su hijo la había aniquilado, quería morirse;* y luego están los que dan su opinión: *mejor habría hecho dejando respirar a sus hijos;* y los que callan prudentemente; y después familia y amistades siguen con su vida, yo eso lo veo; se sienten tristes, pero hay que seguir adelante, además, estos tiempos no soportan lo trágico; así que el padre y el hermano que queda se encuentran solos; pasan los meses, cuatro años; el hijo superviviente se ocupa de su padre enfermo, de esas células que no consienten en morir; al final debe ocuparse de lavarlo, de alimentarlo *no te preocupes*, dice el padre, *me voy a curar me operarán los espíritus*

y el hermano que queda no tiene nada que objetar a las esperanzas de su padre; en realidad no tiene nada que objetar, aunque la razón –esa razón cuyos contornos va a tener que dibujar de nuevo– lo lleva a dudar de las creencias, de la fe; se calla y soporta, acepta, acompaña; son años en los que los dos hombres vacilan: ¿qué deberían celebrar? ¿los nacimientos? ¿las muertes? los dos primeros años ponen una nota en el periódico, luego el declive del padre se acelera; la vida del hermano que queda es un hilo tendido entre el día y la noche; durante el último invierno da baños al padre arrodillándose a su lado para ayudarle; dos siluetas afligidas que luchan y que la enfermedad no tardará en separar *no te preocupes*, dice el padre, *me voy a curar me operarán los espíritus*

pero el hermano que queda trata de protegerse, sigue leyendo cuanto sucede

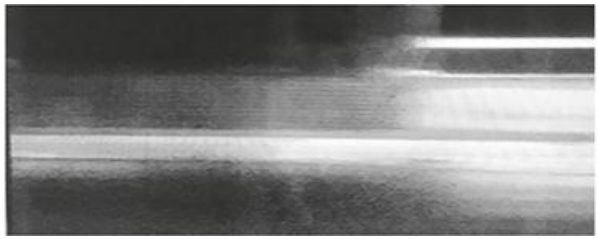
como una necesidad cuyo origen no logra entender, aunque siente su llamada y su mandamiento; luego, a principios del verano, el padre muere: y a partir de ahí todo es una cuenta atrás para huir de la ciudad del Oeste y retomar lo antes posible el curso de la existencia; hay una ceremonia, la tercera; la familia, los amigos; pero esta vez ya no hay relato; ¿qué podría añadirse? el padre ya no está, solo queda uno y resulta un estorbo; los supervivientes buscan un *porqué,* cuando uno preferiría que se callaran, que se atuvieran al relato que elabora la gente; pero no pueden hacer otra cosa; siguen viviendo, su presencia les inquieta; ¿qué van a decir? el hermano que queda más que otra cosa intenta evadirse, si se queda en esa ciudad tiene miedo de acabar igual; quiere abandonar el país de su madre y, si lo logra, abandonar también el país de su lengua; en él anida esta frase *no volver a oír hablar de... no volver a oír hablar de ellos...*

¿de qué manera se han unido tras la muerte esos tres cuerpos, el cuerpo del hermano, el de la madre y el del padre? no quiere saberlo; cree –esa es su esperanza– que va a ser capaz de recuperar una existencia ajena al pasado; cree que, como recompensa por los días que ha entregado a los suyos, a partir de esas ruinas, podrá tomar posesión de su vida; necesita meses, un año, luego otro; cree que marchándose va a poder abandonar el nudo que forman la ira y los secretos, dejarlo atrás como una maleta; su fe en una vida nueva está intacta; quiere creer en la partida, en la ciudad del Este a la que se dirige; el hermano que queda se dice que en adelante es huérfano, y a partir de ese *orfanato* tiene la esperanza de inventar lo que él llama su *revivencia;* pero olvidaba precisar que, cuando se sube al tren, lleva consigo unos archivos, tres cajas llenas del recuerdos de los suyos: cartas, correos electrónicos, manuscritos, fotografías de su infancia; unas cajas rebosantes que mete en el vagón en que toma asiento; el fugitivo, de momento, piensa en su fuga; también un poco en la rabia que siente contra ellos, contra sus muertos; pero lo más importante, lo que busca a toda costa, es el olvido: una tabla rasa para relanzar la vida...



y en ese momento, la ciudad del Oeste ya no es habitable deja su país con sus tres hijos

tras de sí, París es una necrópolis



le gustaría escapar –esa es su esperanza– de ese ciclo de muertes

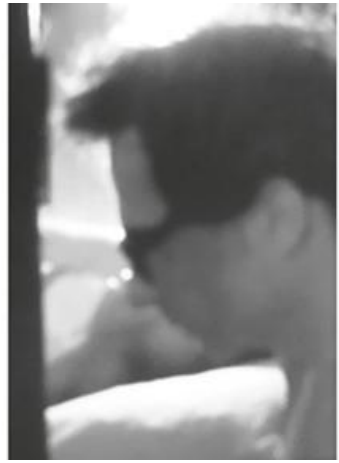
siente que los suyos lo han cargado

de ira...

de deberes...

de secretos...

en el tren que lo lleva...



el último tren nocturno hacia el Este

siente que los miedos de varias generaciones

lo andan persiguiendo...

cree que él irá más rápido

que sus miedos...

más rápido

que todo el pasado

que lo atormenta

encierra su tristeza como las pruebas de su infancia *en tres cajas*, una para cada uno de los suyos, y el tren se dirige, eso le parece, hacia la alegría recobrada; un tiempo pionero y libre en una ciudad sin memoria; en él hay un cuerpo quemado –aunque él lo ignora, el muy inocente– un cuerpo quemado que él hunde en las profundidades de su piel; allí mete casi sin saberlo su rabia, su culpabilidad de superviviente, las voces y gestos de sus fantasmas, el caudal amargo y triste de la madre, la fe, la esperanza de redención decepcionada del padre, los pleitos del hermano; y la infancia queda destruida, ya no recordará nada puesto que sabe cómo termina todo; se dirige hacia el Este, que es, eso cree él, una nueva frontera, esa que en su niñez estaba prohibida, más allá de la cual empezaba un mundo...

hermanos, hacia el sol, hacia la libertad hermanos hacia la luz

el tren lo lleva hacia lo que él percibe como una aventura, a un lugar en que hallará un segundo nacimiento, para sus hijos y para él; lo que deja atrás son regímenes antiguos, el de la madre, el del padre, del hermano, de la familia, de sus lealtades, de sus miedos, de sus acusaciones; y es que se siente acusado por haber sobrevivido, porque todos sienten que va a ser él quien, un día, acabe rompiendo el orden del secreto; y esa partida es un intento de evasión; todavía es joven, treinta y cinco años cuando huye, tres hijos, y aunque no se le escapa que esos muertos le pesan, se librará de ellos; lo entierra todo en las profundidades de su cuerpo; es un fuego que intenta apagar desatendiendo facetas de su vida interior; huye de algo que está en él, una tierra quemada donde le esperarán más tarde los hogares abandonados de sus penas; fuegos que –lo descubrirá al caer– habrán tenido tiempo de ganar terreno; entonces, de todo cuanto ha sido a ojos de los demás, un joven moderno, no quedará nada; a fuerza de correr, se verá destruido; y su existencia se habrá replegado en un cofrecillo de pudor que ya no podrá compartir; en el Este no habrá recobrado su vida, solo las brumas del invierno y los retazos de lo que más tarde llamará: *el linaje de los hombres que mueren...*

el linaje de los hombres que mueren

1937-1939

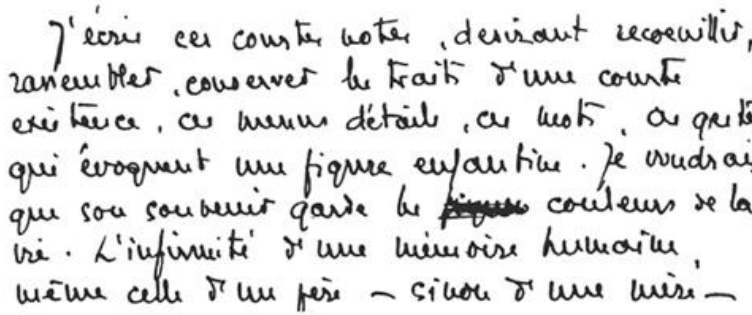
porque en su linaje, desde antes de la Guerra, se ha venido leyendo en secreto y siempre en silencio un manuscrito escondido; el texto de un ancestro cuya firma atestigua que fue terminado el dos de marzo –y eso es algo que tiene su importancia– de 1937; el texto será una llave para ayudar al hermano que queda, Teseo, a dilucidar el enigma de sus muertos; pero de momento no quiere saber nada; no desea ni descifrar esa grafía del pasado que, si le prestara atención, le recordaría a la de su madre, ni oír cuanto la voz de ese antepasado podría enseñarle; se empeña a la *moderna* en apuntar hacia el futuro, en huir del pasado; en no oír nada de cuanto esa voz ha intentado transmitir: el recuerdo de un hijo amado, la historia de un luto y de una piedad paterna en un tiempo en que a los hombres les costaba expresar sus emociones; fue en 1937, pues, dos años antes de una nueva guerra alemana...

… y en su tren hacia el Este, más de setenta años después, el hermano que queda –la cuarta generación a partir de ese ancestro– huye del recuerdo de los suyos, del hermano, de la madre, del padre; quiere creer en el futuro, se cree capaz de no leer lo que el viejo quiso legar a sus descendientes; el manuscrito lo encontró un verano, de vacaciones, en el desván de la casa de su abuela, pero siempre se ha negado a abrirlo; *el texto esperará*, se dice, de modo que allí en el tren, las palabras del viejo permanecen enterradas en el fondo de las cajas con las cartas de su padre, los cuadernos de su madre, los e-mails de su hermano, las fotografías de cuando era niño; se está marchando, ya lo he dicho, para olvidar; ¿cómo iba a soportar leer el testimonio de un luto tan lejano? ¿cómo iba a aceptar, él que sintió desde su más tierna edad que sería el *restante*, las sentencias de un viejo manuscrito? a la hora de irse, Teseo reniega del laberinto de su genealogía; le parece que el hijo evocado por su bisabuelo no puede tener relación alguna con el suicidio de su hermano; *los fantasmas no existen*, piensa; se aferra a la idea de que cada cuerpo tiene su vida, y cada vida, su frontera; porque supone que así podrá retomar la suya propia; retomar su vida, por eso huye, el orgulloso; y aunque no se le escapa que el presente es un libro palimpsesto, un texto aparentemente inédito sobre un lecho de alegrías y pesares ya vividos, se obstina...

no me volveré hacia el pasado

piensa

no voy a leer ese viejo texto errante


J'écris ces courtes notes, devrait recueillir, rassembler, conserver les traits d'une courte existence, ces menus détails, ces mots, ces gestes qui évoquent une figure enfantine. Je voudrais que son souvenir garde les couleurs de la vie. L'infirmité d'une mémoire humaine, même celle d'un père – sinon d'une mère –

«Escribo estas breves notas con el deseo de recoger, reunir, conservar los rasgos de una corta existencia; esos pequeños detalles, esas palabras, esos gestos que evocan una figura infantil. Quisiera que su recuerdo conservara los colores de la vida. De no ser así, la imperfección de una memoria humana, incluso la de un padre –si no de una madre–, puede dejar que se desvanezcan…»

así comienza el texto de su antepasado «Asimismo, por medio de estos recuerdos que quiero fijar antes de que me abandonen, deseo que las hermanas y los hermanos de Oved –*el nombre del hijo perdido del bisabuelo*– y más tarde sus hijos y nietos conserven este monumento familiar y puedan remitirse a él de vez en cuando.»

«Oved, *escribe el viejo*, nació el tres de mayo de 1926. Tres años menor que su hermano Séguev, fue seguido catorce meses más tarde por su hermana, la última de la familia. La elección de su nombre, como suele suceder, fue objeto de largas vacilaciones. Estábamos entre Elal y Oved. Mi mujer prefería Elal, y yo, Oved. Ante la duda, yo propuse ponerle los dos nombres –así lo hicimos– y esperar a que fuera él quien escogiera. Al principio lo llamábamos Elal, pero no sé muy bien cómo, la costumbre se acabó decantando por Oved. Desde

entonces, todos hemos amado la armonía de estas sílabas. Tenía los ojos negros y el pelo oscuro, lo mismo que sus hermanos y hermanas. Nacido en una familia numerosa, durante su más tierna infancia no llamó nuestra atención por ningún incidente, en mis recuerdos no aparece sino a la edad de dos años. En el verano de 1928, pasamos nuestras vacaciones en el lago de Garda. Allí recibimos la visita de los amigos, entre quienes se vuelve triunfalmente popular. Ellos serán quienes lo fotografíen, y aunque esas imágenes han desaparecido, espero que el presente testimonio de un padre contribuya a mantener vivos aquellos momentos. Vemos a Oved encima de la rama de un árbol o jugando al croquet con un mazo más grande que él. Pero va cambiando, *anota el ancestro*, y a finales de los años veinte ya es otro: jovial, malicioso bajo la espuma de su cabello rizado, el año en que un escultor amigo de la familia talla su busto en piedra. Más que copiarlo, el escultor adivinó su modelo, pues hasta unos meses más tarde Oved no empezó a parecérsele. Decían que su rostro recordaba al mío; pero él tenía su propio estilo, más alargado, de ojos más vívidos; sus rasgos eran intensos. Su cuerpo casi flaco hacía de él un muchacho más frágil que sus compañeros. Sus gestos eran bruscos y angulosos. A los seis años me di cuenta de que su fisonomía empezaba a estabilizarse. A partir de ahí no hizo más que precisarse hasta consolidarse. Qué elegante estaba en su lecho de muerte, y de repente, qué mayor me pareció, *anota el antepasado*. Fijémonos en el óvalo de su rostro, en la curva de su narina, en la sonrisa que parece flotar sobre sus labios...»

el bisabuelo redactó este homenaje a su hijo al año de su fallecimiento; al leer estas pocas líneas que anticipan su final –sobre las suaves narinas y la sonrisa en los labios–, ese sería todo el sentido de este texto errante y sepultado; un texto flotante como la sonrisa en los labios de Oved; pero el lejano descendiente de este dolor se va; Teseo se lleva a sus hijos a una ciudad habitable, o eso es lo que él cree, lejos de tantos viejos recuerdos; no quiere ni

oír hablar de los lazos que se van entretejiendo en las profundidades del tiempo; los flujos que atraviesan los cuerpos y atan los huesos; las conexiones entre la vida y la muerte, para él, son invisibles; y puede que esa corriente corporal que entrelaza las vidas le extrañe; no será hasta más tarde, cuando las piezas del rompecabezas se acaben por asentar, cuando deberá aceptarlo...

siempre puedo consultar este manuscrito en el futuro, piensa *como las tres*
cajas llenas de imágenes llenas de recuerdos de los míos
ya las revisaré más tarde o nunca

... mientras el tren se aleja, mientras sus hijos tratan de conciliar el sueño en las literas, él aspira a un futuro muy distinto; desearía borrarlo todo, largarse, alejarse de sus muertos como quien se protege de un peligro; su vida es una carrera por romper todos sus lazos, para que las huellas florezcan a partir de la nada; siendo esa *nada*, o así lo quiere él, su hogar; se entrega a esa existencia en el Este con la sola fuerza del olvido y se jura que, a pesar de todo, seguirá siendo un moderno, incluso ahora que sus cimientos se han visto sacudidos *la ciudad en que me estableceré será para mí el futuro allí no van a venir ellos a buscarme*

y ese *ellos* se refiere a sus muertos, el hermano, la madre, el padre, el cofrecillo de sus angustias, la manera que tuvo el padre de estar presente apartándose, alejándose, fotografiando su juventud, la vida del antes, la que ahora está enterrando en sí mismo, tan lejos que ya nunca podrá ser excavada, o eso espera *si me alejo,* piensa

lograré olvidarlos; allí viviré en otra lengua ya no volveré a oír hablar de
ellos

y un día, en ese futuro, la sonoridad de la nueva lengua o la oscuridad de la noche se cerrarán sobre él; pero no está más que en los inicios: y la otra lengua, eso le gustaría creer, la lengua del Este le ayudará a reinventarse *no tendré que volverle a cantar a mis hijos las nanas que me cantaba mi madre*

«papá está arriba, haciendo pasteles, mamá está abajo...»

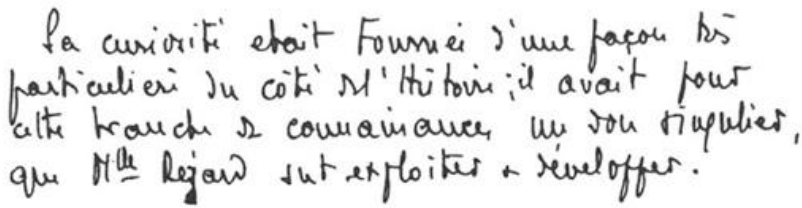
no tendré que prolongar
las mentiras que conformaron mi hogar

por otra parte, aunque Teseo tratara de relacionarse con el pasado, no podría; porque cada acontecimiento que le recuerda a los suyos es un aguijón que no piensa permitir que lo hiera; va a tener que poner todo en marcha otra vez, la

vida, la lengua, dejar que sus hijos inventen; y no repetir nada, no abrir la caja negra del tiempo; en él hay un tajo, una distancia que le permite esperar que el linaje de los hombres que mueren no lo persiga *pasaré los primeros inviernos en la ciudad del Este me preguntarán qué he venido a hacer*

no sabré qué responder
«warum? warum bist du hier hergezogen?»

aquello de lo que huyo, eso sí podría decirlo pero lo que he venido a buscar...



«Su curiosidad, *escribe el ancestro en el manuscrito oculto*, se decantaba de un modo muy concreto por la historia; en lo tocante a esa rama de conocimientos poseía un don especial; la señorita Rézard supo estimularlo y desarrollarlo, pues lo pusieron bajo la tutela de esa mujer, que en casa asumió la responsabilidad de su educación y concibió por él un profundo afecto. Oved captaba su atención y ella se esforzaba por desarrollar su personalidad. Él la adoraba. Siempre le hacía unas carantoñas encantadoras. ¿Cómo no iba a recibir a cambio una ternura igualmente intensa? Muchos detalles, *precisa el antepasado*, los he sacado de una nota que escribió ella a petición mía. Allí cuenta que nuestro hijo se distinguía por un vívido deseo de aprender y una avidez constante. Lo cual, a veces, se traducía en la brusquedad de sus gestos, en su impaciencia, y en una forma de hablar muy rápida en que sus palabras se entrechocaban, como si no tuviera tiempo de decirlo todo. Hambriento de conocimiento, Oved fue impetuoso en el trabajo. En cuatro años, su profesora nunca tuvo que regañarlo por descuidar sus deberes. Recuerdo que esa curiosidad, ese apetito por el saber, se manifestaba sobre todo en la intensidad con que atendía. En la mesa, seguía con fervor las discusiones que yo mantenía con sus hermanos mayores. Y a los siete años ya se las arreglaba para meterse entre ellos y yo; si mis otros hijos se reían, él los hacía callar. Era tan curioso, y eso resulta sorprendente en un niño así de dotado, que le costaba mucho leer y escribir. A los diez años todavía no leía con fluidez. Pero en expresión oral sobresalía. Oved retenía fácilmente lo que le contabas. Le gustaban las lecturas en voz alta que a menudo le hacía la maestra. Y, sobre todo, le gustaba la Historia. Recuerdo que, en 1930, un amigo

catedrático le regaló unas cartas para jugar a las siete familias. En las cartas había reyes y reinas de las diferentes dinastías de Europa: la de los Borbones, la de Napoleón, el linaje de los Habsburgo... El juego fue un éxito, a Oved le apasionaba. Así fue como se le ocurrió iniciar una colección, y yo, a petición suya, quedé encargado de buscarle las cartas con los príncipes de los diversos reinos. Él las clasificaba y las pegaba en un álbum, dejando espacio para las piezas que le faltaban...»

… años más tarde, leyendo el manuscrito de su antepasado, el hermano que queda notará esa pasión de Oved por los linajes, por la genealogía y por *las piezas que faltan;* pero de momento, en el tren que lo lleva lejos de la ciudad del Oeste y del recuerdo de los suyos, se niega a prestarle atención a todo eso; yo opino que ese rechazo en él es constitutivo de lo que siempre consideró su mayor poder: la evasión; el muy idiota, cree ingenuamente que abandonar su país y dejar atrás su lengua será suficiente; cree ingenuamente que, como buen moderno, será capaz de liberarse, capaz de cortar...

para dejar de ver al hermano ahorcado
cada vez que cierra los ojos

para que los pleitos y la violencia de su madre no se apoderen del futuro

para que tantos odios atravesados no le impidan amar porque sabe también que, en algunas culturas, a los niños les cambian el nombre para evitar que la muerte los encuentre; y él esa creencia, al marcharse, la comparte; piensa que si borra sus huellas, si se cambia el nombre, logrará escapar de los suyos; y puede que, metido en su tren, en ese huir de las palabras de su bisabuelo, también tenga miedo de lo que le acabará enseñando la historia de Oved: la paradoja de esa sed, de esa búsqueda de continuidad para quien precisamente la interrumpe...

una historia del imposible vínculo

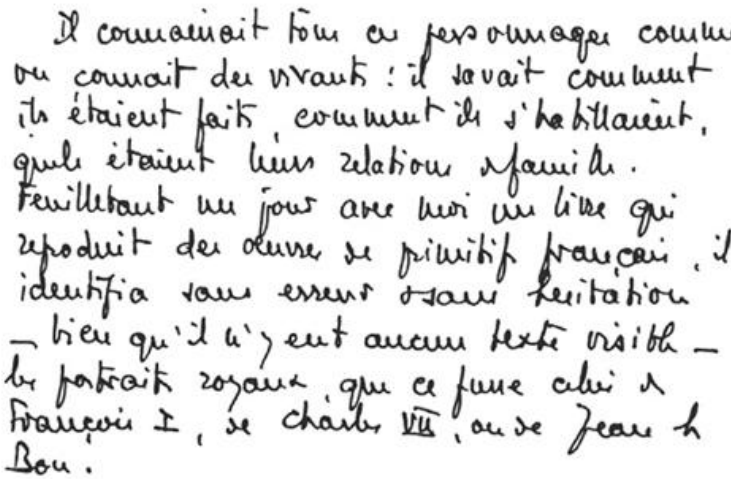
una genealogía resquebrajada que esconde lo frágil bajo la historia de la fuerza

Teseo desciende de ese linaje de omisiones y de muertos pero quiere ser libre; se ve a sí mismo, el muy idiota, a la manera de quienes parten hacia otras tierras para cambiar de vida; en el tren, trata de imaginar lo que le espera; cómo será el mañana en el país de la otra lengua; yo sé que, más tarde, comprenderá qué es lo que fue a buscar en la ciudad del Este; pero, de momento, lo dejo con sus ilusiones; está huyendo del laberinto, observando los destellos de luz que atraviesan los cristales del tren escindiendo la noche...

esta ciudad, piensa él*, es el lugar que he elegido para relanzar la vida*

para desviar el linaje de los hombres que mueren para escapar de ellos

pero se las apaña tan mal, el pobre; está convencido de que uno puede borrar la memoria; al contrario de lo que sucede con los linajes que tanto impresionaron a Oved, se obstina en pensar que un orfanato es un lugar habitable; y cuando acabe cayendo, cuando todo en él se derrumbe, será un descubrimiento similar al del texto errante; cuando se dé cuenta de que Oved, el niño amado, estaba obsesionado con las dinastías; será un shock para él, el *restante:* sentir en el hundimiento de sus huesos, en sus riñones, sus dientes, que él es esto: un hermano vinculado al hermano, conectado con una historia de la pena y de la pérdida; y ese tren, a pesar de que sabe adónde va, o de que cree saberlo, ¿acaso en el fondo no lo lleva hacia el pasado, y no hacia el futuro?


Il connaissait tous ces personnages comme on connaît des vivants : il savait comment ils étaient faits, comment ils s'habillaient, quels étaient leurs relations familiales. Feuilletant un jour avec lui un livre qui reproduit des œuvres du primitif français, il identifia sans essayer sans hésitation — bien qu'il n'y eut aucun texte visible — le portrait royal que ce fume celui de François I, de Charles VIII, ou de Jean le Bon.

«Conocía a todos esos personajes, *escribe el antepasado sobre su hijo Oved*, como si estuvieran vivos; sabía cómo estaban hechos, cómo vestían, cuáles eran sus relaciones familiares. Un día, hojeando conmigo un libro que reproduce obras de pintores primitivos franceses, identificó sin error y sin vacilación los retratos reales –y eso que no había ningún texto a la vista–; ya se tratara de Francisco I, de Carlos VII o de Juan el Bueno. Oved sabía que los Capetos y los Valois se habían extinguido. No se confundía con las hijas de Luis XV ni con los hermanos de Napoleón ni con los descendientes de Luis Felipe. Sabía dibujar todo tipo de tablas dinásticas; tablas que hallamos en sus papeles. Un día, para satisfacer su curiosidad, un amigo le regaló un árbol genealógico de los Habsburgo. Oved se lo aprendió de memoria. Se sabía las fechas, los nombres, los lugares de las batallas. En ocasiones, me divertía alardeando de su talento, como una vez con un profesor de geografía, historiador en sus ratos libres, un tal Zimmerman, que se alió conmigo para ponerlo a prueba. Y así, le pedí a Oved que recitara la lista de emperadores austríacos. Muy bien, le dijo Zimmerman, pero ¿conoces a los reyes de Francia, y sus fechas? No, respondió el pequeño, los estoy aprendiendo ahora. Yo sí que los conozco, se jactó Zimmerman, y empezó a recitarlos. Cuando llegó a Felipe I, dudó: 1060-1105... ¡Es 1108!, intervino Oved. Zimmerman estalló en risas, y luego asintió. Antes de aprender a leer, *escribe el antepasado*, Oved hojeaba el diccionario y sabía encontrar en su interior las páginas en las que había retratos de reyes o reproducciones de escenas históricas. Con el libro abierto sobre la alfombra, el juego podía absorberlo durante horas. Más tarde, buscó nuevas fuentes en mi biblioteca. Había un manual que le gustaba especialmente: *Historia sistemática y comparada de Europa con cuadros sinópticos y grabados*. Esa obra, que databa de la Restauración –mi edición es una reimpresión tardía, *precisa el antepasado*– fue usada en la educación del duque de Burdeos, así como de los príncipes de Nápoles y la Toscana. Se trata de un libro que presenta la historia por reinados. Cada tabla aparece adornada con un grabado, y acompañada por una lista de eventos: leyes, invenciones, grandes obras. ¡Qué de cosas para complacer a nuestro Oved! En 1933 le regalaron también una *Historia de Francia ilustrada*, y un libro sobre los campos de batalla, más algunos otros regalos de mi juventud que yo nunca llegué a leer. Oved los abría por la mañana para leerlos apasionadamente echado en la cama. Su colección también incluía libros juveniles dedicados a César, a Enrique IV, a Ricardo Corazón de León. Si algo había de remarcable en esa joven vida era la precisión de sus conocimientos. Cuando Oved sabía algo, no dudaba ante nadie. Cuántas veces no jugué a contradecirlo. Pero papá, me respondía él, es que estoy seguro...»

… durante los años que siguieron a la muerte de su primogénito, y luego durante el tiempo que le tomó acostumbrarse al Este *–haciendo del exilio, su nido*, como me siento tentado de decir–, el hermano superviviente, Teseo, no leyó el texto de su antepasado; estaba demasiado ocupado con su propio luto o, mejor dicho, demasiado ocupado en borrarlo; esa esperanza tenía, volver a empezar del todo, una esperanza que vivía en él; quería triunfar, hacer como tantos otros que le servían de modelo: aquellas y aquellos que lograron establecerse en otra lengua; *triunfadores de la interrupción, de la ruptura genealógica;* alguna que otra tarde, en primavera, en el balcón de su apartamento, llegaría incluso a sentir alegría; se diría: *yo también lo he conseguido;* y miraría a sus hijos jugando al sol en el parque de delante de su casa, dejándose arrullar por la dulzura del olvido *me veré liberado de esta familia, de esta historia* piensa

después de los muertos, después de las mentiras construiré un nuevo hogar

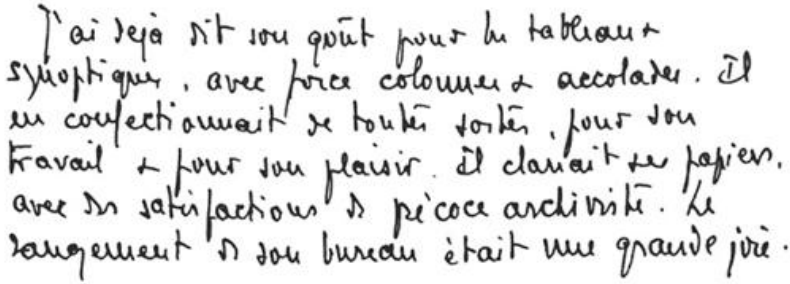
esa esperanza era su alimento; y en esos momentos de felicidad –pues la oscuridad prevalece–, recordaría una frase que siempre le había parecido tremendamente falsa, que *todo sucede para bien en este, el mejor de los mundos posibles;* Teseo no puede estar seguro de que sus heridas vayan a cicatrizar en ese futuro suyo en el Este, pero sus hijos le ayudan a luchar; porque marchándose, piensa, *los alejo de la maldición y de la ciudad del Oeste*, de sus tejados grises y sus intrigas mundanas; y mientras en el tren sus hijos por fin se duermen, él se dice que eso por lo menos sí lo habrá conseguido, alejarlos del pasado...

tendré que aprender a vivir, a respirar en la lengua del Este

y si no lo logro, siempre podré aferrarme a la imagen de mis hijos

enlazándose en el tiempo y piensa

no, no leeré el manuscrito errante


J'ai déjà dit son goût pour les tableaux synoptiques, avec force colonnes et accolades. Il en confectionnait de toutes sortes, pour son travail et pour son plaisir. Il classait ses papiers, avec des satisfactions de précoce archiviste. Le rangement de son bureau était une grande joie.

«Ya he hablado de su gusto por los cuadros sinópticos, *escribe el ancestro*, con numerosas columnas y llaves. Los confeccionaba de todo tipo, por trabajo y por placer. Clasificaba sus papeles con la satisfacción de un archivero precoz. La organización de su escritorio era maravillosa. Un día, debía de tener nueve años, le enseño una litografía del duque de Aumale y le pregunto si lo reconoce. Es el penúltimo hijo de Luis Felipe, responde Oved. ¿Y qué hizo?, le pregunto yo. Participó en la campaña para colonizar Argelia. Así es, le digo. Pero creo que te has equivocado, el duque de Aumale no es el penúltimo sino el último hijo de Luis Felipe. No, papá, insiste Oved, el último hijo es el duque de Montpensier. Y tenía razón. Luego, otro día, lo recuerdo examinando un busto en mi oficina. Si tanto te gusta, te lo regalo, es Napoleón. Y Oved me responde: ¡Papá, no es Napoleón, es Bonaparte! Napoleón no se vestía así... Tal era ese curioso don del hijo para los linajes y las genealogías, *comenta el antepasado, y luego*... Oved se atenía mucho al orden en el enunciado de las cosas. No soportaba tener sus cajones desordenados. Su sueño era disponer de una habitación solo para él, ya que el desorden de su hermano, un desorden relativo, todo hay que decirlo, le resultaba muy molesto. Llegó a tomar la costumbre de sacarle su ropa por la mañana, para evitar que desbarajustara el armario que compartían. Como antes decía, a Oved le costaba leer y escribir pero era bueno en geografía. Le gustaba dibujar mapas, sentía un placer muy profundo por el cálculo, que él consideraba un juego. Si poníamos cara de sorpresa al verlo dar con el resultado rápidamente, él se reía: tengo un truco, decía, pero no pienso decíroslo. Su virtuosismo contando había sido precoz, se manifestó a los cinco años. Recuerdo, *escribe el antepasado*, la facilidad con la que saltaba de siete en siete hasta llegar a cien, o su habilidad para resolver ese problema que, para tantos otros, resulta todo un rompecabezas: ¿cuánto hacen un millón menos uno? Cierto que trabajaba lentamente. En sexto, sus notas fueron un

desastre. En francés, 22.º En cálculo, 15.º de 28. En latín, 13.º de 29. En inglés, 26.º Pero en historia era el primero...»

El antepasado cita una carta de Oved

Dígales que no puedo esrivires
a todos uno pro uno porque usara
toda mi papel de cartas pero

les sedeo una feliz samena

luego comenta

«He visto niños con problemas de ortografía, pero no tenían una memoria tan extraordinaria. ¿Vendría esa memoria de todas sus dificultades para aprender a leer, o es porque tenía una inteligencia oral? Oved era apasionado en todo lo que hacía. Su gusto por la Historia no era fruto solamente de la curiosidad, ni un juego del intelecto ni hambre de erudición, *prosigue el ancestro, señalando en su texto todo aquello que había de singular, de diferente, en el temperamento de su hijo*. Para apreciar la intensidad de Oved, basta con citar sus palabras, que tanto nos sorprendieron en un niño. Un día, en septiembre de 1933, a la edad de seis años, una de sus hermanas le hizo una pregunta estúpida: ¿A quién quieres más, a papá o a mamá? Con cierta pasión, él respondió: ¡Papá! Luego, en otra ocasión, su tutora le preguntó: Cuando tengas dieciocho años, tendrás que pedirle a tu padre que te lleve de viaje. Oh, qué buena idea, exclamó Oved. ¿Y dónde te gustaría ir?, preguntó la mujer. ¿Te gustaría dar la vuelta al mundo? Casi ofendido, respondió: El mundo no me interesa. ¡Quiero conocer Francia! Ver que ese hijo tan delicado sentía semejante apego por el país que nos ha acogido, *comenta el bisabuelo de Teseo*, resultaba conmovedor. Oved, *añade*, alimentaba un cierto culto por la historia de Francia. La figura de los príncipes lo maravillaba, pero también apreciaba la revolución. Yo, por las noches, le leía pasajes de Jules Michelet, y con la historia del Antiguo Régimen y de la República su imaginación volaba. Recuerdo que para él, descubrir que nunca iba a poder convertirse en rey supuso una revelación dolorosa; y es que Oved, desde su más tierna infancia, no pensó en otra cosa más que en reinar y gobernar Francia...»

… probablemente, en el momento en que Teseo se marchaba hacia el Este, la lectura del texto de su antepasado podría haberlo iluminarlo; hoy me parece que en ese texto podría haber hallado ciertas claves para comprender el giro que estaba dando su existencia: esa historia de ruptura con su país, con su familia y con todo su pasado que parecía ir al revés de la huella dejada por el pequeño fantasma: leyendo ese texto errante, podría haber tejido vínculos como los que se entretejen, a través del espejo, entre quien se mira en él y su reflejo: la inversión que tiene lugar cuando la izquierda se convierte en la derecha y la derecha en la izquierda, cuando el rostro aparece idéntico pero vuelto; tal vez su partida, su huida, su obstinación por borrar se le hubieran aparecido como el negativo de la pasión de Oved por las fábulas de la historia de Francia; su intento de quebrar, de turbar la genealogía, así como la imposibilidad que siente de *ser francés*, ¿no será el eco de ese deseo del niño muerto hace mucho tiempo de ser rey?

¿y yo?, ¿qué puedo esperar yo de mi linaje?
¿acaso no he perdido a mi familia?

¿puede Teseo buscar alguna otra cosa
más allá de olvidar a los suyos?

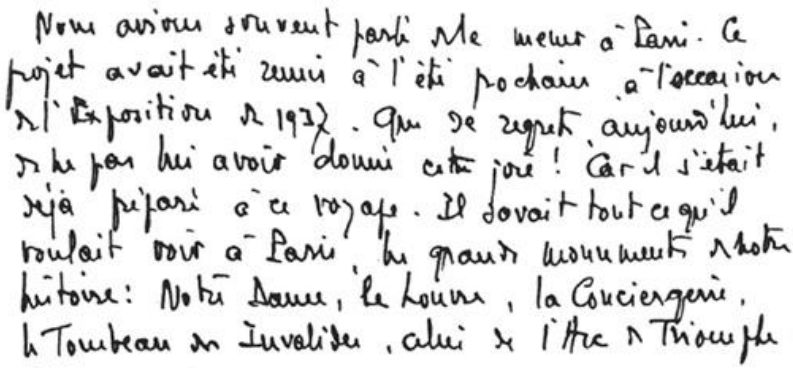
yo nunca pertenecí

piensa

yo no soy el hijo de los míos

yo naceré un día por venir

... en su partida hacia el Este, solo con que hubiera leído el manuscrito, Teseo podría haber esclarecido el enigma de la muerte de su hermano; pero antes de que se haga la luz entre las edades, tendrá que esperar; mañana, delante de su edificio, habrá un vendedor de helados, y al otro lado de la calle, bajo los tilos, un parque; y una lengua que querrá aprender y que lo rechazará; no sabrá decir cuándo empezarán a cambiar las cosas, si será en el cuarto otoño o en el quinto; sea como fuere, de momento, lo tenemos con sus hijos en un tren que lo lleva hacia lo que él cree que va a ser una reinvención; ha metido las tres cajas y el manuscrito errante debajo de la litera inferior: una caja para el hermano, una para la madre, una para el padre; y todo habrá de esperar, no va a releer nada, no va a conectarse con nada; años más tarde, cuando todo empiece a derrumbarse, tendrá que escuchar lo que se anda cociendo bajo la piel, en los huesos, allí donde yacen enterrados los recuerdos con el hermano, las risas con el padre, los momentos de ternura con la madre; pero de momento, nada, no quiere oír nada y así es como hay que figurarse a ese idiota que se dirige hacia la ciudad del Este: el tiempo de la infancia se pudre en él, hace como si viviera, anda triunfal ante el tiempo...


Nous avions souvent parlé de mener à Paris. Ce projet avait été remis à l'été prochain, à l'occasion de l'Exposition de 1937. Que de regrets aujourd'hui, de ne pas lui avoir donné cette joie ! Car il s'était déjà préparé à ce voyage. Il savait tout ce qu'il voulait voir à Paris, les grands monuments de notre histoire : Notre Dame, le Louvre, la Conciergerie, le Tombeau des Invalides, celui de l'Arc de Triomphe.

«A menudo hablábamos de llevarlo a París, *escribe el ancestro sobre su hijo en el manuscrito que Teseo sigue negándose a leer*, pero dejamos el proyecto para el verano, con ocasión de la Exposición de 1937. Cuánto lamento ahora no haberle dado esa satisfacción. Porque se había preparado para ese viaje. Sabía todo lo que quería ver en París; los grandes monumentos de nuestra

historia: Notre Dame, el Louvre, la Conciergerie, la tumba de Los Inválidos, la del Arco del Triunfo. Su deseo impregna una carta que le escribió en octubre a su hermano, quien acababa de dejarlo solo para irse a un internado.»

el antepasado cita...

Qué potra tienes de cozoner París, hermano.
Cuando me repondas, me dirás qué hazes
y qué te ha parecido la ciudad,
¡por favor repéndeme!

«Oved, *continúa*, fue un niño espantoso en su forma de escribir, pero prodigioso en su don de recordar. ¿Cómo voy a olvidar ese gesto suyo, cuando en la última noche, cuando ya no hablaba, mientras la enfermera lo cuidaba al pie de su cama, se levantó bruscamente para rezar? Pero mi pobre hijo no conocía las palabras. Quería rezar, pero le faltaban las palabras. Las palabras de la oración habían desaparecido. Y pensé, *escribió el antepasado*, ¿es esa la consecuencia de nuestra asimilación a la vida francesa? Por desgracia, ya no sabemos hacerlo, hemos olvidado cómo rezar. Oved, en sus últimos instantes, buscó, pero en ese lugar ya no había palabras. Conocía a los reyes de todas las dinastías de Europa, las fechas de todos los príncipes franceses, pero ya no sabía las palabras de la oración. Nos habíamos integrado tan rápidamente. Y ahí, en el corazón de las palabras, en el corazón de esa Francia sobre la que soñaba con reinar –¡un rey judío en Francia! *subraya el antepasado*–, en lugar de Dios no había más que un vacío; nada para implorar, nada para saludar o hallar refugio; y yo, lo mismo, *dice el antepasado*, para mi vergüenza, fui incapaz de ayudarle. Los laicos, *comenta*, creen que se puede vivir sin las oraciones que nos unieron durante siglos a aquello que es más grande que nosotros; pero ¿de qué dispone el niño de once años cuando muere? ¿Qué le queda, si se le exige que sea solo un francés? Es extraño, *comenta el antepasado*, pero a medida que los recuerdos de esos momentos tan dolorosos vuelven a mí, me viene a la mente otro empeño: el que Oved ponía en el juego. La intensidad que quiso conferirle a su oración, esa oración sin palabras, *apunta el antepasado*, puede que fuera la misma que yo ya le había visto al jugar cuando era un niño. Recuerdo que a Oved le encantaba la bicicleta. Puedo verlo dando vueltas y más vueltas en el jardín de nuestra casa. ¿Era ya eso una oración? ¿La alegría de la infancia, el empeño por jugar? La natación aún le gustaba más, había aprendido en una pequeña piscina. Lo recuerdo pataleando y luego saltando al agua. Más tarde empezó a jugar al fútbol impetuosamente, y soñaba con aprender a esquiar. Lo intentó una vez, durante una estancia en la montaña en el que sería su último invierno.

En su última carta, pide un poco de dinero para poder coger “el telarraste”...»

Papá, *cita al ancestro*, enbiar me un poco dedinero para el telarraste.

«No me gustaría trazar un relato de Oved demasiado idealizado. Era un niño tierno, pero también podía ser violento. Cuando se cabreaba usaba los puños, y sus ataques de nerviosismo resultaban explosivos. A menudo se mostraba celoso, y odiaba ver en mi regazo a otros que no fueran él. Como le decía a sus hermanos y hermanas: No quiero que abrazéis a papá.

»Cuando empezó en sexto, durante los primeros meses de clase, Oved disfrutó mucho. A finales de noviembre nos pareció verlo pálido, decidimos regalarle unas vacaciones un poco más largas. El trece de diciembre se trasladó a un hogar para niños en la montaña, dirigido por una enfermera. En cuanto a nosotros, teníamos planeada una estancia en el valle de Aosta con unos amigos. No quisimos llevar a Oved por miedo a que, inmerso en el ritmo de los mayores, se cansara demasiado. A él le supo muy mal no poder acompañarnos, pero los primeros días estaba contento y sus cartas no nos transmitían sino momentos de felicidad. Volvimos el jueves por la mañana, el treinta y uno de diciembre. Oved tenía que venir ese mismo día para estar con nosotros en la cena del uno de enero. Al poco rato de llegar, recibimos una llamada del hogar para niños en que se alojaba. La directora nos pedía que enviáramos un coche. Y fue así como nos enteramos de que, dos días antes, el niño había tenido mucha fiebre. La mujer precisó que lo había visitado un médico y que *todo iba bien*. Añadió que solo recomendaba que regresara en coche por prudencia, por si el tren se retrasaba.»

Talmaï, el ancestro, se enfrenta ahora a las últimas páginas de su texto de homenaje

avanza hacia las últimas horas de la vida de Oved el niño que quería ser el Primer Rey judío de Francia

«El día aún transcurre en la calidez de la dicha por lo bien que lo hemos pasado durante las vacaciones, *escribe*. En esta víspera del año 1938, recibimos una avalancha de dulces de los amigos que hemos hecho durante el viaje. Hablamos un poco de Alemania y de lo que allí está sucediendo. ¡Qué buena idea, digo yo, habernos venido a Francia! ¡Qué sufrimiento debe de suponer vivir bajo los gritos de ese canciller que está poniendo en tela de juicio, pieza tras pieza, el frágil equilibrio de la paz que mantiene unida a Europa! Luego, a las ocho, llega Oved y, de repente, todo es un grito. Nos

devuelven al niño, pero aturdido. Apenas habla ni se mantiene en pie. Lo subimos, lo sentamos en su cama. Sus hermanos y hermanas lo rodean, pero él no responde. Su madre lo desnuda: ¡Salid de aquí!, les dice. El cuerpo de Oved está cubierto de sarpullidos, *apunta el ancestro*, su garganta manchada de blanco. Le tomamos la temperatura: cuarenta grados. Llamamos al médico. Después de auscultar al enfermo, dice: Ninguna señal preocupante, todo irá bien. Antes de marcharse, nos dice que el dos de enero volverá a visitarlo, y en una calma espantosa, se organizan los cuidados. Hay que aislar al niño; no hay que entrar en su habitación sin ponerse una bata; y fue así como, hasta que al día siguiente se me ocurrió ponerme el albornoz, me privé de pasar junto a él las últimas horas, las más oscuras.»

En ese momento, Talmaï cambia su relato a presente como si todo el tiempo empezara a temblar

«La noche no es tan mala, *escribe*. Oved se recupera del cansancio del viaje, de ese trayecto que lo ha traído de la montaña. Habla poco; su madre, que conserva las fuerzas, apenas le pregunta. Lo único que consigue sacarle son breves indicaciones. Dos días antes, en el hogar para niños donde lo habíamos enviado a descansar –qué terrible pensamiento, ese "descanso", *apunta el bisabuelo de Teseo*–, lo habían aislado; la noche la pasó solo. Cuenta que la misma mañana, ese jueves, estuvo patinando, tuvo frío, mucho frío. Por la noche, después de dormir, me tiende la mano y luego se vuelve hacia mí...

Papá, uno no puede irse cuando quiere

dice, y también

¿qué pasará conmigo
si no conozco las oraciones?

y el antepasado responde

no vas a morir, Oved

eres un Rey y los Reyes no mueren

y Oved repite

Papá, uno no puede irse cuando quiere

luego

»En la mañana del uno de enero, *escribe el bisabuelo, a quien se nota más tembloroso que nunca*, vamos a buscar una asistenta de enfermos; tengo la suerte de lograr traer a casa a una amiga que ya ha tratado a varios de los nuestros. Tengo la sensación de que, con su dulzura y su firmeza, nos proporciona la certeza del éxito. Sin embargo, apenas se acerca al enfermo lo que dice me preocupa *lucharemos*

»Al mediodía, el niño está estabilizado. La fiebre es fuerte. Por la tarde, llevo a los hermanos y hermanas a hacer unas visitas. Al volver, hacia las cuatro o las cinco, el corazón se debilita. Hacemos llamar al doctor urgentemente. Después de ver a Oved, llega a un acuerdo con nosotros. Pedirá una segunda opinión. Intentamos contactar con el colega, lo conseguimos. Estará con el enfermo durante veinte horas. Por la noche, los dos médicos organizan la batalla. Hay baños, inyecciones. Los acompaño a su coche y, cuando vuelvo, la enfermera está desamparada. Y así arrancan las horas de esa noche única, tan corta y terriblemente larga en que, sin haber tenido tiempo de luchar, hay que asumir que todo está perdido. Tenemos que aceptarlo y, al mismo tiempo, resistir.»

Talmaï escribe esas palabras que se presentan como gritos dirigidos a un cielo desesperadamente vacío ¡La voluntad de Dios! ¡El orden del mundo! ¡Estamos tan indefensos!

«Hacia las cuatro de la mañana vuelve el doctor. No sabe qué más intentar, pero piensa que Oved puede hacerlo. Yo voy a despertar a sus hermanos y hermanas con la esperanza de que, juntos, podamos ayudarlo. Pero muere a las ocho, el dos de enero.

El viejo tiene esta frase

ahora es un alma perfecta

como si la perfección por sí sola pudiera reemplazar al niño muerto

»Y él también está allí, *continúa*, en la cama. Sus rasgos tan turbados han recuperado la calma. Su sonrisa ha vuelto a vagar sobre sus labios.

Qué hermoso es el niño que Dios se ha llevado *añade, encontrando aún esas palabras que quisieran consolar y que, para el hermano que queda, serán las de una rabia que finalmente se verá obligado a escuchar*

»Yo me quedo a su lado, *escribe el antepasado*. Y todo cuanto ha sido, con su elegancia, su agudeza, su vivacidad, su ardor, me arrastra consigo. Todo cuanto era para mí, todo cuanto imaginaba que iba a ser; todo eso ya no tiene más realidad que la de un sueño. Y yo desearía que el sueño durara. La muerte de un niño es la angustia en estado puro. Pero es una angustia que no ha de perderse. Después de esta muerte es menester que no seamos los mismos y que Oved, a su vez, nos guíe; que su muerte teja a nuestro alrededor un vínculo más fuerte. He decidido, *confiesa*, que descanse en nuestra casa sus últimas noches. Y sé bien que llegará un día en que riamos y bailemos aquí. Ese día, su sombra se elevará por encima de nosotros *luego las últimas líneas del ancestro, Talmaï, como una invitación a revivir, ese dos de marzo de 1938 en que su manuscrito termina*

unas palabras que el viejo regala a sus descendientes como un aliento

»Nos debemos a nuestros trabajos, *escribe*, y la historia no debe detenerse. Hijos míos, hermanos y hermanas de nuestro Oved, yo os prometo que no voy a encerrarme con él en un panteón. Quiero veros crecer. Vamos, pequeños, tomémoslo entre nuestros brazos, llevémoslo juntos en los días buenos y malos a lo largo del camino que queda por recorrer, y digamos en su nombre las palabras olvidadas de la oración, para que su alma nos ilumine; volvámonos hacia al país celestial, que es nuestro recurso en la tristeza; tomemos todo cuanto nos dio para convertirlo en fuerza y caminemos hacia delante.»

… así termina el texto errante que pasó de mano en mano, de generación en generación, en secreto, silenciosamente, para llegar a las de Teseo setenta años más tarde; un manuscrito en memoria de Oved, el niño que soñaba con ser el *primer rey judío de Francia;* y Teseo, abalanzándose hacia la ciudad del Este, leyendo por fin las frases secretas, subrayará esas palabras *hermanos y hermanas de nuestro Oved, yo os prometo que no voy a encerrarme con él en un panteón quiero veros crecer*

vamos, pequeños,
tomémoslo entre nuestros brazos, llevémoslo juntos en los días buenos y malos a lo largo del camino que queda por recorrer…

Teseo verá en ello un largo kadish ofrecido a aquellas y aquellos que habitarán el futuro, tal como se dice *descienda del Cielo una paz grande*
y una vida nueva y el consuelo y la liberación en el mundo que será renovado...

pero cuando por fin se adentre en el manuscrito errante, en ese kadish de la esperanza y del dolor, meses, años después de su huida en el tren que lo lleva hacia el Este, no podrá evitar leerlo a la luz de todo lo que ha sucedido: la muerte de su hermano, de su madre, de su padre, y todo cuanto habrá aprendido del final de su bisabuelo...

porque el treinta de noviembre de 1939
unos meses después de la declaración de guerra habiendo perdido toda esperanza de ver cómo la paz volvía a Europa

viendo a sus hijos, los hermanos de Oved, irse a la guerra como ya había visto
irse a su hermano, unos años antes
a otra guerra

el viejo Talmaï, «el que se esconde»,
se encierra en su despacho
empuña su pistola reglamentaria
y se pega un tiro en la cabeza

y las palabras de revivencia, el impulso de vida que se había esforzado en registrar, se convertirán en papel mojado; él que imaginaba que, después del luto, la familia «reiría» y «bailaría», envolvió toda esa esperanza en el velo inconfesable de su suicidio; el disparo fue escondido y enterrado en el caos de la movilización; el cuerpo de Talmaï cayó, luego se vio tapado por todos los otros muertos de la guerra, los desaparecidos, los deportados, los exterminados; pero ¿qué lo llevó a darse muerte? ¿fue el dolor de un padre tras la muerte de su hijo? ¿el recuerdo de los combates de la Gran Guerra? ¿o esa oración judía demasiado olvidada y la ruina así anunciada de su amor por Francia? ¿fue el miedo de perder a sus otros hijos en los combates que habrían de llegar?

en su tren, si lo hubiera leído, Teseo podría haber comprendido que ese gesto de desesperación es el punto del que parte *el linaje de los hombres que mueren;* si no tuviera tanto miedo de los ecos del pasado que rebotan de edad en edad en el corazón de la materia, podría haber mirado hacia atrás; pero él, como es un moderno, como espera romper con ese ciclo de los muertos y dejar atrás el siglo XX, se vuelve obstinadamente hacia el futuro; y en el cristal del tren, contempla el reflejo de sus hijos dormidos; se dice que, al marcharse, los está alejando de una mecánica oscura y las luces del exterior son destellos en sus rostros...

> *yo no haré como Talmaï,* se promete, *yo no haré como mi hermano, Jérôme, yo no abandonaré; yo cortaré con ese linaje; yo no seré Rey, yo olvidaré hasta mi propio nombre y olvidaré mi lengua; yo no haré como ellos, yo no me suicidaré; yo no permitiré que el pasado persiga al futuro ni dejaré que la muerte contamine la vida; yo me entregaré a la novedad de la ciudad del Este, al impulso de mis hijos en el tiempo; y además, ¿qué vínculo tengo yo con esos hombres que se matan? ¿cómo puede afectarme ese dolor? nada puede tocarme, soy joven, no*

quiero morir; voy hacia el corazón de la antigua fosa común a construir otra vida; yo dejo tras de mí la ciudad del Oeste que mi hermano quería dejar para ir hacia los lagos, las montañas, las cumbres nevadas; voy hacia el aliento y la energía nueva; voy a ofrecerme al viento que viene del Norte, a ese hueco en la llanura tan pronto tragado por las aguas; yo quiero ver qué aspecto tiene la ciudad cortada; ver lo que cicatriza en el lugar de las antiguas heridas; me marcho a un país donde nadie conoce mi nombre; para interponer un océano de tierra entre mí y ese linaje; yo cambiaré de nombre, si es necesario yo cambiaré de lengua...

ayer abrí unas cajas
llenas de imágenes

Berlín, 2017

... pero Teseo ha fracasado, no ha logrado borrarlo todo, las sombras de los suyos lo han seguido hasta la ciudad del Este; a pesar de haber interpuesto fronteras y ríos y una lengua entre él y su vida anterior, no ha conseguido nada; ya han pasado cinco años desde su partida, desde aquel tren nocturno que iba a ser su salvación; cinco años desde que dejó el país adorado por el niño Oved: esa vieja tierra orgullosa al final del continente donde se dicen *franceses;* y otra cosa que también cuenta son los trece años transcurridos desde la muerte de Jérôme, su hermano, el que soñaba con montañas y grandes horizontes; trece años de esfuerzos por olvidar, por romper con los suyos; y ahora escribe estas pocas líneas para fijar lo que en él se está derrumbando...

mientras caía un velo nocturno sobre la ciudad a la que acudí para reconstruirme lejos del recuerdo de los míos, de aquella estación de los muertos que se los llevó, he comprendido que no lo iba a lograr; durante trece años de evasión, quise borrar sus huellas, pero he fracasado; el ahorcamiento sigue entre yo y los días y me derrumbo; la ciudad a la que he huido ya no me ofrece descanso; es un cementerio a cielo abierto por el que deambulan los fantasmas del antiguo siglo; en cada esquina, las huellas me interpelan; en el pavimento, cuando salgo de casa, los Stolpersteine *brillan bajo la lluvia de diciembre; leo los nombres en los pequeños adoquines de la memoria y esos nombres se mezclan con los nombres de Oved y de mi bisabuelo; de todos cuantos los siguieron, deportados durante la guerra, los hijos, los tíos, los primos; los que caen en la segunda mitad del siglo resbalando en sus duchas –sus duchas– o aquellos que, como mi hermano, atándose al cuello una soga –a una tubería de gas–, morirán en el surco de una historia que continúa, que continúa... el pasado dura mucho tiempo, contamina a fuego lento y sigue matando cuando las causas ya han desaparecido; mas ¿quién juzgará ese daño de tan larga duración? la ciudad del Este ahora me oprime; estoy rodeado por la Historia y yo lo que desearía es huir de su influjo; en mí despiertan enormes extensiones de miedos; el lado izquierdo de mi cuerpo –mi hermano era zurdo– se va quedando helado; mis dientes se infectan, la espalda ya no me da; todo se desmorona y siento a mi alrededor una oscuridad de la que quisiera huir, pero el camino que he seguido no lo permite; ya no logro apoyarme en el futuro ni tengo en el pasado nada que me retenga; y adivino que habrá que atravesar esa noche, tratar de ver claro en la oscuridad del tiempo, conectar los recuerdos entre ellos, y a mi hermano con ese texto secreto que celebra a Oved, el hijo que quería ser Rey; voy a tener que ensamblar las vidas entre las edades*

para sanar a los muertos y conectarme con ellos al revés de lo que fue mi huida; para comprender cómo los fantasmas la toman con los vivos; pues debo rendirme a la evidencia: existe algo más vasto que la memoria del espíritu; existe un profundo recuerdo anclado en la materia del cuerpo … y el hermano que queda se decide pues a abrir sus cajas; se dice que quizá haya llegado el momento de volverse, por otra parte no tiene elección; porque los médicos que visita para detener su caída no comprenden nada; ¿a qué se debe ese dolor en las sienes, la inflamación de la raíz de sus dientes, los huesos de la espalda? ¿por qué su cuerpo parece estar en llamas, trece años después de la muerte del hermano? trece años y todo se agrava, nadie consigue ayudarle; le gustaría que la vida fuera sencilla, que el duelo fuera un duelo, y el cuerpo, un cuerpo que los modernos cuidan; desearía tanto dar con una salida que le permitiera dejarlo todo atrás y continuar como antes; *como antes*, cortar, romper, obstinarse en maldecir la genealogía, los reyes y todas las naciones; para salir de esta, Teseo estaría dispuesto a rezar si es que los rezos fueran escuchados *¿entonces qué, querido mío, mi rey, qué hacer para librarse?*

mis labios vierten la súplica
nadie responde

pregunto sobre mi sueño nocturno
nadie me explica

es cuando me digo que no puedo lograrlo pues la vida está sellada

... pero nada sirve de nada y su cuerpo sucumbe; Teseo ya no sabe qué hacer ni a qué atenerse; sueña que las pastillas –los antiinflamatorios– lo libran de los dolores que lo tienen aturdido, que todo se arreglará; así podría seguir siendo un moderno, mirando al frente, encubrir la historia con un olvido; pero para ese mal no hay droga ni hay cirugía ni *protocolo de atención médica;* los escáneres, las resonancias magnéticas no revelan nada; los doctores, esos seres tan racionales, hablan de «somatización», como si el mal se escondiera entre los pliegues de su alma; y sin embargo, no hay nada más real que ese derrumbe, así es como él lo vive; para él es algo tangible, algo que lo retuerce; y eso que preferiría mantenerse en los límites de lo *científicamente* probado; encontrar un médico que lo libre de esa carga del superviviente; de momento se niega a recurrir a otras terapias más salvajes; más tarde, yo eso lo sé, habrá quienes le digan que busque a Dios; aparecerá una sanadora que le anudará las *filacterias* hasta el corazón y le hablará de sus vidas pasadas; chamanes, meditadores, sabios y reflexólogos chinos diciéndole que se golpee las manos

para que las vibraciones expulsen las toxinas; en su intento de revivir, habrá quien le hable de *fascias*, quien le inicia en dejarse llevar, quien le enseñe a ponerse en contacto con *el agua del cuerpo* para que le ayude a limpiar las heridas; quien le dé a leer las obras de Moreno sobre el psicodrama y la terapia grupal; pero de momento no entiende nada; siente que en él hay un *miedo genealógico* que prevalece, y también la amenaza con que cada familia acorrala a quienes *podrían* revelar el secreto; personas que, a menudo sin proponérselo, son los guardianes del orden; y además, esos muertos que forman una asamblea silenciosa, severa, que lo abruma; pero él esa asamblea no la ve; no se atreve a plantarle cara, trata de bordear lo que ha sucedido; hasta entonces él, esa reserva de negación, la tomaba por su razón de ser; el hermano que queda se aparta pero siente que ya no tiene más remedio; deberá *enfrentarse a las pruebas*, abrir las cajas que llevó consigo; porque hace falta algo a lo que agarrarse, algo sin lo cual la vida se precipita en un vacío infinito, ¿acaso será la memoria ese vínculo que le falta? esa es su esperanza cuando lo tira todo por los suelos: el manuscrito de Talmaï, las fotografías, los álbumes de su infancia, toda la vida judía oculta en suelo alemán...

Teseo apunta

> *de momento no veo nada, todo es una nube de rencor y remordimientos; cuando me marché de mi país, cuando me subí en el tren hacia el Este, sabía que el texto errante estaba ahí, en el fondo de las cajas junto con otros documentos: cartas de mi madre, de mi hermano, de mi padre; pero ese flujo memorial que atraviesa los cuerpos entre las vidas es tan opaco, pasa tan desapercibido que aquello que se entreteje entre los golpes del pasado y el presente no lo puedo captar; no veo nada, no entiendo nada; hay que apartarse de la imagen –hay que morir, matar al sujeto– para acercarse a lo que la materia sabe; y ahora me arrastro; todo cuanto estaba enterrado en mis cajas forma una alfombra de recuerdos sobre la que debo aprender a caminar de nuevo, pero yo me arrastro y todo es un caos de rostros olvidados; me veo en las fotos, pero ese no soy yo; veo partes de una infancia, pero esa no es mi infancia; veo a mi hermano, pero ese ya no es mi hermano; ese archivo del suelo podría ser el de un extranjero; yo no soy él, pienso, yo no vengo de ahí, yo con esa gente no tengo la menor relación; yo no pertenezco a ese tiempo; todo ha sido cortado; yo sí he conseguido romper con el miedo que el ancestro enterró en el cuerpo de los descendientes, pero...*

Teseo busca una salida del laberinto, quiere esquivar al monstruo; ante todas

esas imágenes tiradas en el suelo, esparcidas a sus pies, le gustaría reanudar su vida sin siquiera mirarlas; y aunque a los que se cruzan con él puede darles la impresión de que sigue vivo, lo digo muy en serio: todo en él es una ruina, su espalda, la raíz de sus dientes, todo muerto; el hermano que queda se está pudriendo en vida; ha cometido el error de creer en los suyos *superficialmente*, en los ataúdes en que los dejó, en el fondo de una tumba lejana en un cementerio en pendiente a lo largo de un lago rodeado por montañas medianas cerca de la frontera suiza, de modo que están allí, en el agua de su cuerpo, en sus huesos; y es entonces cuando la ciudad del Este se repliega sobre la noche sin fin del invierno, cuando las aceras desiertas se entregan a las ráfagas heladas; no puede seguir olvidando, lo entiende apenado; recoge las fotos una por una, hay cientos de ellas, es un trabajo al que no logra enfrentarse, le fallan las fuerzas; pero sus ojos sí, sus ojos consiguen volverse hacia esas huellas en el suelo; tratan de reconocer a los que están ahí, sin embargo, es como si fueran un bloque de materia en llamas que se ha enfriado, y trata de escapar de él...

dicen que los supervivientes huyen para alejarse de los recuerdos que los persiguen pero, años más tarde, se ven atravesados por misteriosas patologías: una afasia, la parálisis de una mano un hombro que se bloquea

en eso se fija la «psicogenealogía»

esa afasia vinculada a una palabra que habríamos querido decir pero que no conseguimos pronunciar

esa parálisis repentina:
la huella que queda en su mano de una mano amada esa espalda: algo que ha metabolizado a causa de un grito emitido desde la urgencia:

«¡Échatelo a la espalda!»

estamos entretejidos de palabras, el cuerpo es una envoltura en que todo se embrolla: el verbo y la química de las aguas, de los tejidos, de los nervios, de los huesos...

pero ¿quién conoce los circuitos de ese embrollo?

materia, lenguaje

¿quién ha penetrado el secreto de esa inscripción?

¿cuándo se convierte en lengua la química del cuerpo?
y esa lengua ¿cuándo intenta buscar desesperadamente la incomprensible química de
la materia humana?

esto es lo que le pasa, lo que hace su cuerpo ya no consigue cargar con todo cuanto contenía afortunadamente, Teseo tiene por delante unas semanas de soledad; sus hijos pasan la mayor parte del tiempo con su madre; y es que ¿quién, en su mismo estado, podría ocuparse de ellos? el gesto más pequeño, la tarea más sencilla son para él una tortura; ya no puede cargar con nada, ni siquiera con su propio peso; echado en la cama, contempla en el suelo las pruebas de su infancia, las pruebas de una familia que él ha tratado de borrar marchándose hacia el Este; todo cuanto creyó poder anular por medio de la distancia, del cambio de nombre y de lengua, ahora lo tiene delante: imágenes que podrían derrumbar la barrera que él ha levantado entre sí mismo y su pasado, o eso es por lo menos lo que él espera: los recuerdos del ancestro, las voces de su hermano, de su madre, de su padre... el espectro de Oved, el niño que quería ser el *primer rey judío de Francia;* durante los trece años de su huida –me siento tentado de escribir de su *intento de evasión*–, se ha repetido una especie de mantra...

quiero destruir el pasado

TODO

borrar a aquellas y aquellos que vivieron en los nombres conocidos, familiares...

Talmaï, el antepasado

Oved y Nathaniel, sus dos hijos

Esther, la hija de Nathaniel, y Gatsby, el apodo de mi padre nombres

mi envoltura sonora, mi hogar

me gustaría poder decir:

no tengo ni hermano ni madre ni padre ni origen me instalo en el Este

porque

quiero volverme a encontrar con el presente para marchar hacia el futuro

... y esa cancioncilla del borrado, a Teseo lo ha llevado hacia el Este; se ha empeñado en volver a la vida extrayendo de su huida una energía nueva; pero con todos esos cortes, se ha convertido en el habitante de ninguna parte; y ahí es donde su cuerpo se precipita y lo obliga a volverse, a investigar todo cuanto él maldice: *la genealogía, el linaje, la mentira de la infancia, los sueños de la madre, las ilusiones del padre, los mitos y los relatos preservados por los descendientes del ancestro que se suicidó pegándose un tiro sin que nadie tenga derecho a decir nada al respecto; luego la gloriosa historia del éxito y del «Sueño Económico Europeo», que habrían permitido reconstruirlo todo*... ahí es donde se encuentra Teseo cuando se rinde a las fuerzas que lo están matando; acecha un pedazo de cielo entre los muros de su laberinto; las imágenes que hay tiradas sobre la alfombra, justo a sus pies, son los muros entre los cuales debe volver a aprender a caminar, para volver a encontrar la alegría, o eso es lo que él espera, volver a encontrar los recuerdos con su hermano, los olores de la chimenea *cuando quemábamos terrones de azúcar en las brasas para luego echarlos en un tazón de leche...*

porque esas son las beldades de su infancia: sin la menor continuidad, fragmentos, destellos, manantiales, cuando iban a buscar castañas y a la madre incansable, a Esther, le daba tiempo para recoger flores, pero todo esto queda tan lejos *y lo he olvidado*

... aquí delante de esas imágenes, empiezo a anotar mecánicamente lo que veo: rostros, momentos en los que esos rostros se iluminan, de vacaciones a orillas del mar o en invierno en la montaña, donde los cuerpos se deslizan sobre pistas nevadas; aquí delante de esas imágenes, trato de sentir cómo esas escenas se relacionan o no se relacionan con una serie de emociones ligadas a mis recuerdos; en esas huellas del tiempo, apenas logro reconocer a mi

hermano: ¿cómo estar seguro de que es él, si solo puedo relacionarme con él usando la fotografía?

así ha sido tu vida

me dicen las imágenes en color y en blanco y negro; en inglés, esa lengua que me permitió salir de mi propia lengua –¿será ese el motivo de mis numerosas huidas: abandonar el tejido de una lengua *para no volver a oír hablar de... no volver a oír hablar de ellos...*?–, en inglés las pruebas se llaman *evidence;* en singular, uno dice *a piece of evidence*, como si la prueba la conformara un bloque; las cajas contienen esa «evidencia» que yo debería ser capaz de agregar a un bloque, y que yo no consigo ver más que pieza por pieza; *piece after piece, image after image...*

esa es tu infancia

parece decirme cada una de las imágenes, como si echaran un pulso con mi propia mente; al verlas, calculo cuánto me he separado; de la alegría, de la felicidad con el hermano; ¿dónde han ido a parar nuestras risas? lentamente tomo conciencia de lo que hasta ahora mejor me ha salido en mi huida al Este: ese acto de ocultación mediante el cual he negado las pruebas de mi vida; en lugar de una existencia nueva, me he abismado en un pozo ciego; mi intento por borrar el recuerdo de mi hermano muerto se ha llevado consigo todas las otras escenas de mi vida, y ahora hay que empezar desde ahí, desde el hermano que ata su cuello *a una tubería de gas*

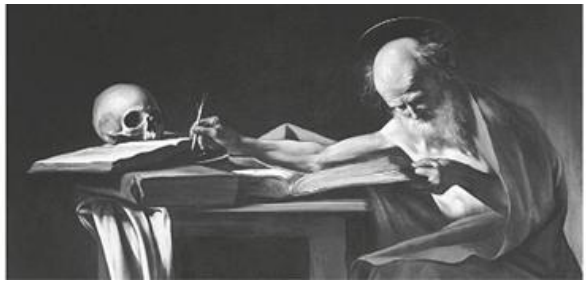
interpretar

«una tubería de gas»

Jérôme, hermano, ¿por qué te pusieron ese nombre?

JÉRÔME

ese nombre, ¿qué sabe? ¿qué comporta?



el cuerpo en que crecí, la voz que me nombró tú que has vivido en el interior de ese nombre que recuerda la vida de un santo que asumió la carga de traducir unos antiguos textos hebreos sobre el origen del mundo «Jerónimo de Estridón»

ese al que pintó Caravaggio y otros tantos gigantes ese que tuvo que condensar distintos tipos de letra del griego, del hebreo, del arameo y urdir la multiplicidad de los mitos en una sola herencia Jérôme, hermano, vivimos en unas historias que nos superan, pero ¿por qué matarte?

¿qué es lo que no lograste traducir?

y yo, tu superviviente, ¿debo hacer de tu muerte un acta de acusación contra la Historia en su conjunto?

de momento todo está disperso y no veo nada, no entiendo nada; solo tengo que retomar el hilo y retirar esa cuerda que, sin decirlo, después de agarrarse a ti, ha venido a anudarse a mi cuello; porque el hermano es el hermano y basta con que falte un solo vínculo para que todo se desmorone: el sujeto, la capacidad de decir *yo*, la vitalidad, la fuerza, la posibilidad de amar; *basta con que falte un solo vínculo* y yo, contra eso que me infunde, ese vínculo del hermano que falta, tú, el testigo de mis primeros años, tú, con quien aprendí a jugar, he querido borrarte y demostrarme que *yo* me valgo por mí mismo; pero el cuerpo dice que la huida llega a su fin; me derrumbo y los trastornos son innumerables: parálisis de la parte izquierda del cuerpo, infección de la raíz de los dientes, inflamación de la espalda a lo largo de la duramadre y hasta el sacro; y no hay doctor que lo entienda; en este naufragio, en el Este, me repito una promesa...

no hacer como tú, Jérôme

atravesar las viejas oraciones y las rupturas genealógicas creer por lo menos en mi trabajo

limpiar las aguas negras del tiempo salir del laberinto

restaurar el nombre faltante y la oración ausente no volver a soñar nunca con suturar ese abismo que me separa de todo eso:

eso a lo que llamamos «Francia»,
eso a lo que llamamos «Europa»

y también «Alemania»

... y las cajas que acabo de vaciar en suelo alemán están llenas, precisamente, de esas cargas inquietantes, de esas sombras del tiempo; son el mismísimo terror, la prueba de que todo el relato que he ido elaborando de mi vida nueva, de mi huida, es un relato falso; esparcir por el suelo su contenido es acoger la memoria, el pasado, y también transgredir la ley de un linaje, que nunca dejó de ocultar, de ocultar todo lo que tiembla, pero *no hay que abrir las ventanas del tiempo* ¿te acuerdas de eso, Jérôme?

ese undécimo mandamiento que necesito contradecir; esa ley inscrita en el linaje tras el suicidio de Talmaï; y el hermano que queda, yo, al reabrir esas cajas, no sé de qué tengo miedo; siento el peso, la amenaza de esa ley, pero ¿de qué tenemos miedo? ¿quién va a volver desde el pasado? ¿acaso nos asusta el orden que empieza a tambalearse? ¿o la materia que ha cristalizado alrededor del silencio, que al impacto de una pizca de verdad podría estallar en pedazos? mira, Jérôme, mi hermano, estoy tan asustado; camino sobre la alfombra de fotografías de nuestra infancia y no logro reconocernos; permanezco bajo la influencia de la ley, del undécimo mandamiento, y me detengo en el primer gesto: vaciar las cajas, un sacrilegio con el que ese que ha vivido sometido al orden del secreto –*no abrir las ventanas del tiempo*– intenta mirar atrás; porque no tiene elección, porque el dolor le obliga, porque sus dientes se infectan, sus huesos son un cristal quebrado que ya no lo sostienen; hay tantas imágenes, hermano, la mayor parte tomadas por el padre en un tiempo en que la vida era fácil y eso que entonces llamábamos «familia» parecía capaz de satisfacer todas nuestras aspiraciones; contemplaros así, en ese caos de papel amarillento, es mirar los rostros de aquellas y aquellos con quienes compartí los últimos años del siglo; sin vosotros, de eso me doy cuenta, es mi existencia la que carece de pruebas...

mi Rey, si estás ahí, en algún lugar, en el corazón del invierno del Este,
ayúdame

ofréceme tus labios de aquiescencia dime que puedo profanar esa ley
transgredir el orden de mi familia
de la madre y del padre

secretos que vinculan entre sí a los muertos y los miedos aquí el suicidio de un antepasado, aquí el de un hermano aquí el miedo de perder a un hijo, aquí el miedo de perder a un padre

dame fuerzas, mi Rey

para penetrar el silencio, para que mi búsqueda avance

haz que esa investigación genealógica sea un poema de revivencia

pasan las semanas; la ciudad del Este envuelve a Teseo con su velo de sombras: el hermano que queda lucha contra el dolor que ningún doctor logra explicar; está solo con una fuerza que lo aplasta; se obstina en caminar aunque su estado se lo impide: la duramadre y los dientes son los lugares en que se cifran las ruinas y los sobresaltos de las genealogías; más abajo, por encima de la cintura, eso que los chinos llaman el *dai mai*, el «meridiano de la cintura», la única horizontal que conecta cielo y tierra, los impulsos aéreos del espíritu y la base del cuerpo, la zona de unión o de disyunción de aquellas y aquellos que están por venir –los hijos–, y de aquellas y aquellos que estuvieron –los antepasados–, es en él como la base de un vaso que vemos quebrado; ya no basta para mantenerlo firme y Teseo piensa *ahora todo se derrumba y la vida está maldita* pero lucha en nombre de la promesa que le arrancó a su hermano unos días antes de morir...

> *si no consigues liberarte de tus miedos, Jérôme, trata de dejar que pase el tiempo; porque el tiempo puede más que la voluntad, hermano; tienes que confiar en el tiempo; todo cuanto no puedes lograr por medio de la voluntad, te lo puede ofrecer el tiempo...*

y el hermano que muere, Jérôme, aquel día le respondió: *no me mataré;* le había dado su palabra, pero no la cumplió; Jérôme llevaba tantos años luchando contra unos miedos incomprendidos; lo mismo que el antepasado, el padre de Oved, cuando escribió: *no voy a encerrarme en un panteón*... Jérôme no cumplió su palabra, y eso que Teseo insistió: *¿me lo prometes? ¿me lo prometes?*

entonces, para expulsar la rabia y el terror que el hermano muerto le ha transmitido, se obliga a sacar de paseo a su cuerpo enfermo; va a los parques de la ciudad del Este a llenarse de un aire helado, busca la esperanza en los bosques descarnados, recoge un poco de esa fuerza pálida de los árboles para que le ayuden a sostenerse; porque el paseo aviva sus dolores; y los días pasan, y él no logra arreglárselas; ya de vuelta, relee sus preguntas, preguntas anotadas en una hoja de papel que hay encima de las fotos *¿quién comete el asesinato de un hombre que se mata?*

luego otra que ahora
lo llama

el que sobrevive, lo hace para contar ¿qué historia?

... se encuentra con las fotografías rodeando su cama, ya no se preocupa por guardarlas; todo se desmorona, piensa, pero la materia permanece: los árboles saben esperar, como las piedras, como los lagos y los ríos y las fotografías; mientras que nosotros estamos tan apurados; infligimos a nuestros cuerpos la enferma pulsación de nuestras aspiraciones; y a él, a él le gustaría curarse; como *moderno*, como su hermano Jérôme que era tan impaciente; le gustaría que hubiera un doctor, una droga capaz de subirle el ánimo; pero la vida es *una materia que sabe*, que nos gustaría descifrar, y sobre la que, a pesar de todos nuestros aparatos, no entendemos nada; *la materia impone sus horas, el tiempo de las heridas*, y nosotros quisiéramos que la roca hablara, que la piel cicatrizara; somos como los árboles que tiemblan bajo la tormenta; de

momento, en su caída, se dice que debe aceptar ese tiempo de la materia; el tiempo del cuerpo que cae, de las fotografías que recuerdan el pasado; qué otra cosa puede hacer sino eso, plantar cara a las pruebas, mirar a ver si las imágenes relanzan en él una vida y, mientras tanto, ¿hacer como que existe?

porque un hombre da la impresión de reír cuando todo lo empuja hacia la noche

y así es como se mide su fisura

ese poder de producir una apariencia cuando todo en él está muriendo

y quién sabe si ese poder de aparentar, piensa, ese poder de dar *la impresión de estar vivo*, fue lo que le permitió a su hermano, a Jérôme, hacerle esa promesa dos días antes de darse muerte: *no me mataré*, porque lo que uno da al otro es eso: un juramento y un rostro que, en otra parte, lejos en las profundidades, ya se han despedido; y si Teseo resiste es también por esto, para no traicionar, para no añadir una herida a la herida...

han confiscado la muerte, piensa *estoy obligado a resistir*

entonces el hermano que queda, Teseo, sale a caminar para intentar recuperarse, para reanimar la materia en él, porque quiere curarse, porque sus doctores le dicen que hay que caminar, a pesar de la pena y de la herida y de su parte izquierda helada; y en los parques, inspira lo que los frágiles árboles le ofrecen: un poco de aire pálido y poderío; luego, a la vuelta, pisotea las fotos dispersas y se acuesta para dejar de sentir dolor; desde su cama, donde vive el resto de sus horas, se fuerza a conectarse con eso que brota de las imágenes: su infancia de alegría y de ilusiones; y consigue un lector para los ektas, ese formato fotográfico desaparecido que tanto gustaba a su padre; la técnica tiene un efecto en él que le sorprende *una fuente de luz que no encuentro en mí,* piensa *¿me ayudará a enfocar mi historia?*

una bombilla, solo eso, una bombilla ¿para iluminar la noche y mostrarme el camino?

y son días, semanas, ya lo he dicho, en que todo se obstina; la materia en él cede, los huesos, los tejidos de la espalda, y acaba por derrumbarse; y los malditos doctores no entienden nada *es algo en la cabeza,* dicen*, no se ve nada en las radiografías, en las ecografías, en las resonancias* sin embargo,

Teseo lo sabe, lo afirma, ese dolor no lo está creando él; es algo material, está en él pero es una carga, puede que sean almas o puede que sean muertos, o membranas que se han estrechado alrededor de sus huesos con el fin de protegerlo, porque todo en él es una química del miedo; en todo caso, el cinturón alrededor del *dai mai*, el meridiano que los chinos asocian con las fisuras genealógicas, parece a punto de romperse; y él está solo con ese cuerpo ilegible piensa

somos un tejido de palabras, el cuerpo es esa envoltura en que todo se embrolla: el verbo y la química de los tejidos...

uno dice «cargar a los suyos sobre sus espaldas», «romperse», o «resistir»

y él se pregunta *¿a qué aferrarse?*

cómo recuperar la alegría, la ligereza y desembarazarse de ese peso que hay en él que le roba las fuerzas

de momento, se acuesta entre las imágenes que ha llevado del salón hasta la cama, donde vive todo el día; y retoma escena por escena los recuerdos de su infancia, vuelve a tejer ese hilo cortado, con la esperanza de salir del laberinto; no ha visto al monstruo, *todavía* no puede verlo; pero investiga sobre los lazos destruidos desafiando las prohibiciones que obligaban a los suyos...

no abrir las ventanas del tiempo
no hacer preguntas sobre el hombre que quiere morir dejarlo todo disperso, avanzar hacia el futuro y su memoria, él de eso se da cuenta, es una zona bombardeada a la que le cuesta volver; se obliga un poco, se fuerza, deja todo en el suelo para que siga allí a su regreso; pero al volver a abrir los archivos de eso que fue –y las imágenes que faltan del momento en que su hermano se ahorca, en que su madre se duerme para no volver a despertar, en que su padre lo abandona hablándole de una página negra donde ya no se distingue qué está arriba y qué está abajo–, aún se abisma un poco más...

anota

hurgo en el pasado para encontrar pruebas de mi existencia y también para curarme

pero ¿quién comete el asesinato de un hombre que decide morir?

y el que sobrevive, lo hace para contar ¿qué historia?

unas preguntas que no lo quieren soltar; él desearía doblegarlas para hacerse una antorcha con ellas, para agitarlas y atravesar esa tumba cuyas dimensiones no logra medir, para iluminar el camino que debe seguir contra esa noche que lo absorbe; y se levanta de la cama y va a buscar entre las imágenes, se pregunta por dónde empezar; en esos momentos todavía no ha leído el manuscrito de Talmaï, su bisabuelo, y no entiende nada; todavía no se da permiso para escrutar el pasado; y la medicina, es decir, *los modernos*, han quedado atrás; mira una imagen, otra; busca una primera pista de la cual poder partir; tiene ante sus narices fotos de su padre, de su madre; pero nada de todo eso tiene el menor sentido; hasta que, de repente, aparece: *aquí es donde debo empezar*, piensa, empezar por esa imagen que sujeta entre los dedos en que un hombre joven y una mujer joven se casan

ahí, piensa él*, aún era todo posible incluyendo eso que, desde el futuro, parece tan demente que yo nunca llegara a nacer, ni mi hermano tampoco que nos hubiéramos quedado en el limbo* si ese día hubiera podido susurrarle unas palabras a sus padres

no lo hagáis, no os caséis, y si os casáis a nosotros dejadnos fuera de esa vida no deis a luz nada...

las primeras grietas

1969-2005

y sin embargo todo había empezado bien; el padre y la madre estaban tan dotados, eran tan hermosos, tan brillantes, su matrimonio fue un sueño, el sueño de toda una época; el impulso de un mundo por venir proyectado sobre ellos, pero como un decorado; hay tantas imágenes, tantas películas de su boda; eran una promesa y Nathaniel –el padre de la novia–, el hijo del antepasado que se creía de izquierdas y acechaba los viejos privilegios de la burguesía poniéndose del lado de los jóvenes del 68, los llevó en un barco comprado especialmente para la ocasión; imaginad, un barco para la boda; y la cola del vestido, los preciosos niños del coro, el jardín bien acicalado, el lago como espejo en que la novia se refleja... un sueño, como decía; y en segundo plano el «Sueño Económico Europeo», el olvido de la guerra, el 69, un año para el deseo... a ti, el joven novio, el futuro marido, mi padre, tus diplomas te reservan una vida prodigiosa; tú, la madre, la hija moderna, estás destinada a un gran éxito...

¿no habré descuidado a mis hijos por una vida de trabajo?

esa será una de las preguntas que te atormentará tras el suicidio de tu hijo; yo nunca he sentido que el padre, tu joven prometido, se haya hecho ese tipo de preguntas; pero ¿qué hiciste tú, la madre, para que la vida se derrumbara? ¿qué os perdisteis, mis queridos padres, mirando nada más que hacia el futuro? ¿lo veis mejor ahora que estáis muertos? en las fotografías, en ese día saturado de sol, la novia es un cisne, el agua, tan tranquila... todo parece bendecirla: las flores, las montañas... la estela que deja el barco es una cuchilla que corta la seda del agua; la novia sonríe; con un juego de muñeca, saluda a los que le acompañan; están las familias, los amigos, las relaciones de Nathaniel, el hijo del ancestro; parece que ha conseguido pasar página, como al parecer hizo la sociedad en su conjunto; *porque hay que olvidar, no hay que recordar a Talmaï, ese disparo en la cabeza y esa promesa incumplida tras la muerte del niño que quería ser rey, conviene olvidar, seguir adelante olvidando de dónde venimos, las oraciones que ya no aprendemos, hay que ser francés, un éxito francés*, y Nathaniel no hablará del pasado; él casa a su hija y el resto es historia antigua; aquí, en esta sociedad, en 1969, tan lejos del cortejo de las sombras, tan lejos de Vichy, tan lejos de la cobardía francesa, de la alianza que no establece, de los ciudadanos asimilados a quienes se despoja de su nacionalidad, tan lejos de la monstruosidad alemana, del lago de Wannsee al que irán a nadar los hijos de Teseo en la ciudad del Este, tan lejos de las dos guerras en las que unos matan a los otros, en que Europa extermina, en que el poder perpetra cortes por doquier entre lo limpio y lo sucio, entre la vida y la muerte, entre la humanidad y la vieja oración que Oved quiso pronunciar; en 1969, con los

ojos puestos en América, en el *beat* estadounidense, trazan un camino ascendente; siguen silenciando los orígenes de unos y otros, esos nudos de creencias, lenguas, recuerdos, sospechas en las que la historia alemana y la policía francesa han cavado una escisión entre los nombres; Nathaniel no hablará de su padre suicida, no dirá nada de Oved ni de la oración judía; habrá que esperar a «Jérôme», el nombre del hermano, «Jérôme»...

porque de momento

se transmite el mito de las vidas separadas de esa tristeza del ancestro, que se lo acabó llevando de la vida francesa

del pasado sepultado, del presente que se eleva de las épocas representadas como límites

a lo largo de un camino que iría hacia el antes guerra, guerra

ruinas y derrumbe luego reconstrucción

veinticinco años después del armisticio y la derrota alemana, Nathaniel, el padre de la novia, el hijo del antepasado, el hermano del joven Oved, no piensa más que en el futuro, un futuro que se materializa en vosotros; él será para vosotros, para vuestra generación, el «patrón de izquierdas», si es que eso es posible; pero no lo es, por supuesto, y no es porque sea un «patrón»; es todo el hombre en sí el que está loco, toda la vida que llevamos, que es una aberración; el poder más pequeño ya es demasiado grande; yo eso lo sé, lo sé desde este tiempo del después, que es desde donde os vi caer; pero Nathaniel, y eso hay que entenderlo, es el hijo del muerto, huérfano de padre, el hijo de una fragilidad que será silenciada; en lugar de precipitarse en el vacío, en el terror, él apuesta por la vida y le pone entusiasmo, voluntad; los éxitos son la respuesta de la resiliencia ante la muerte, la respuesta del hijo que se eleva para que su padre lo oiga hasta en el más allá; y en esa época, esa es la energía, la de la resiliencia...

1950... 1960…
hay que reconstruirlo todo sobre bases nuevas sobre el mito del bienestar, de la prosperidad francesa y europea

hay que darse prisa, desear, consumir, producir; allí, a orillas del lago, vuestro matrimonio acontece como el cuento de esa modernidad; el éxito de los huérfanos de la guerra, el espíritu de la Reconstrucción, Nathaniel orquestando, acogiendo y borrando las viejas heridas con un toque de su varita industrial...

ya no hay judío, ya no hay cristiano se celebra el melting pot de una Francia reconciliada que habría superado sus odios 1969, mirad, los ojos se vuelven hacia América, y allí, a orillas del lago, vosotros sois el acta de nacimiento de

la *cool* burguesía; de esa palabra *cool* que resuena en *cool jazz*, *cool bop;* una Francia que, a falta de meditar acerca de lo que hay en ella de turbio y embrutecido, se gira hacia el Oeste y hacia el pop estadounidense; la música vuelve a sonar con *Hair*, la comedia musical; el impulso de los Kennedy se nota en el ambiente: un ritmo y un estilo que, revisando esas imágenes, me encuentro por todas partes: vuestro «Sueño Económico Europeo», la era de la abundancia en cuyas ruinas habremos de crecer nosotros; pero a vosotros, los jovenzuelos de esa era furiosa en que el crecimiento conduce a la depredación del mundo, mirad cómo os aman: sois la pareja ideal, un canto al triunfo en una Francia que, supuestamente, habría dejado atrás la edad de sus vergüenzas...

así se presenta vuestra *french fiction*, mis queridísimos padres...

1969... acabáis de volver de una vida de campus en California; el lejano país os ha cambiado; la injusticia de Vietnam... las reglas del béisbol... las leyes de la *new* gestión empresarial... del *new* periodismo... todo ese nuevo... los ojos en el espacio... las lágrimas derramadas en una cornisa en Dallas... Reverend King... alguna que otra idea para la música que sonará esa noche... 1969, los trajes todavía están planchados, los flequillos peinados; pero yo os pregunto: ¿cómo va a servirme de ayuda vuestra vibración de modernos para enfrentarme al arcano de la muerte? ¿de qué me sirven aquí vuestros avasalladores *sixties* y *seventies,* entre las ruinas que me habéis legado? ¿de qué le sirve al que queda el relato heroico de vuestro éxito francés? no me respondéis, queridísimos padres, y es que en esa vida próspera que es la de vuestra juventud, los muertos no hablan; en vosotros todo es fachada; os aplauden, os decís «sí, quiero», y a mí me va a tocar volver sobre ese «sí, quiero», porque veo lo que se desprende de ello: nosotros, nacidos de vuestras aspiraciones, de vuestras leyendas...

«el deseo de vuestra era es una tumba»

esto es lo que se me ocurre cuando os miro hermosos, elegantes, brillantes desde la ruina, desde el derrumbe desde el que yo os veo

y luego, sí, llega el fin de la energía infinita; la crisis será para nosotros, vuestros hijos; nosotros no tendremos derecho a ese impulso hacia delante: petróleo, prosperidad, crecimiento... nuestro ciclo es el de los restos, el de todo cuanto se precipita después del paréntesis encantado e ilusorio de vuestra juventud; el tiempo en que se vuelven a abrir las heridas; pero ahí, en los archivos de esa boda, la gente no sufre, no, la gente ríe; Nathaniel, el hijo del

ancestro, es tan importante para la madre; para ella tenía que ser fuerte, tenía que amar al marido, mi padre; y precisamente por ella montó esa boda, y la convirtió en una coreografía del olvido, un instante de *cover-up*, un rapto de lo imaginario, una imagen construida para borrar la historia, para destruir el dolor, para celebrar la vida y, sobre todo, para no pensar en la muerte; ¿quién osaría recordar a Talmaï en un día como ese? han pasado treinta años –1939-1969– y es otra época; toca inventar; la religión, la oración y la fe pertenecen al pasado, ahora hay que fabricar la alegría; y mientras yo me zambullo en el álbum de vuestra unión, me vienen a la mente las palabras de mi padre él decía

¡nos dábamos la vida padre!

esas palabras que él acompañaba de otras que tanto le hacían reír

¡ah, qué tren de vida llevábamos!

en efecto, queridos padres, llevabais un gran «tren», pero yo me pregunto si todos los vagones estaban bien enganchados...

porque fijaos, más de cincuenta años después de vuestra boda, aquí me tenéis, acostado en una habitación de la ciudad del Este en la que decidí vivir para alejarme de vosotros; los huesos de la espalda ya no me aguantan y tengo bloqueada la linfa, mi sistema nervioso se resquebraja; hay en mí una especie de cuerpo que puedo sentir, que me aplasta; vuestras imágenes enfermas están repartidas alrededor de mi cama; el invierno viene lleno de lluvia y yo observo esas pruebas de la vida pasada; hay una de ellas que me atrae por encima de las demás; tú el padre, tú la madre, estáis sentados en lo alto de una roca que parece situada a una bonita altura; tomo la imagen y descubro en su reverso una leyenda escrita de tu puño y letra, madre, la cual me dice que han pasado tres años desde vuestra boda y yo apunto

> *hay que limpiar las aguas negras del tiempo, curar a los muertos si tal cosa es posible; volver a aquellos tiempos en que todo nace, pasar al otro lado de vuestras promesas, perforar los decorados en que nos criasteis; esos decorados que la muerte hizo pedazos dejándome en medio de sus ruinas...*

... y esto es lo que tú, madre, escribiste para identificar la imagen: verano de 1972; si debo atenerme a la cronología, se acerca la fecha de nacimiento de tu primer hijo, el veintiséis de enero de 1973; de modo que ese verano es un tiempo suspendido antes de que os convirtáis fatalmente en un padre y una madre, porque ahora lo sé *no somos cuerpos aislados*

ni conciencias separadas

la materia conlleva una memoria, una inteligencia más vasta que nos conecta

somos un flujo continuo de apariciones y desapariciones atravesado por mil desastres

pero en esos días en que encuentro vuestra imagen, yo no sé nada, no entiendo nada; apenas advierto lo que, en esa roca, no hace aún sino anunciarse: lo posible, lo esperado, *vuestro primer hijo*, ahora está muerto; en ese verano de

1972, mis queridísimos padres, transcurren los primeros meses de un embarazo que conducirá al veintiséis de enero del año 1973; y como un espejo, porque al parecer la vida es una aritmética que nadie logra dilucidar, esa fecha del veintiséis de enero, treinta años más tarde, será la fecha en que tu cuerpo dirá basta, madre; porque tú ahí ya no estás; yo, que os visito desde el futuro, eso lo tengo claro; ¿y qué físico de la vibración va a analizar esas fechas en las que todo parece destinado a repetirse?

queridos padres, ¿qué os preocupa en esa roca en el verano de 1972?

¿presentís la mecánica que a punto está de desencadenarse con ese hijo que viene?

¿ahí ya está presente ese miedo formidable que os atenaza que enterráis bajo la ficción gloriosa
de vuestra vida francesa?

¿de vuestro éxito parisino?

¡vais a traer al mundo en ESTE mundo a asumir ese riesgo!

a crear a «Jérôme», a cargarlo con vuestros silencios con todo de lo que vosotros creéis escapar: la Historia, lo que corta en la Historia a partir de lo que ha matado

los relatos de cada uno de vosotros, tan llenos del miedo a perder
ahora un padre, ahora un hijo

unos miedos que «Jérôme», el traductor, tendrá que suturar

para mí que os miro, las posibilidades se han ido achicando; yo sé el aspecto que tiene el hermano sobre las baldosas rojas cuando su cuerpo duro y frío ha sido descolgado; yo sé que ha nacido, luego se ha matado treinta y tres años más tarde; y tú, madre, ¿qué dices de la fecha en que tu cuerpo dice basta en el cumpleaños de tu hijo? ¿hay que ver en ello una confesión, un deseo de unirse a él, o la prueba de que nunca llegaste a separarte de él? he leído que los especialistas en psicogenealogía a eso lo llaman *sincronía*, cuando el calendario conspira para lastimar a los vivos; un hijo que nace, una madre que muere y, entre ambas fechas, en que el hermano ve la luz y la madre se duerme en un autobús para jamás despertar, todos los secretos de nuestros cuerpos-memoria...

¿qué se esconde en ese martilleo de fechas?

¿qué fragilidad bajo la ficción gloriosa?

¿por qué el hermano se mata un uno de marzo?

¿cuál es el sentido oculto tras todas esas cifras?
¿cómo no volverse loco?

¿cómo revivir, después de todos vuestros camuflajes, de todos vuestros dispendios?

¿cómo me las voy a arreglar para limpiar esas aguas turbias en que me habéis dejado?

he ahí el trabajo del hermano que queda: comprender por qué se ahorcó Jérôme, levantarse del derrumbe que se lo lleva por delante, iluminar aquello que no supisteis ver, ponerse a la escucha de ese cuerpo que sabe más que nosotros, comprender cómo encajan las vidas y por qué nadie puede decir: *yo escaparé solo;* y para iluminar esa cuerda que une las edades entre sí, yo me pregunto...

¿por eso he caído yo,
por eso mi cuerpo se me lleva por delante?

¿tiene la herida alguna razón?

¿es para obligarme, aquí ante las imágenes, a llevar a cabo mi investigación?

¿la herida es Dios,

es decir,

la necesidad en la materia humana?

vosotros, queridos padres, tan ocupados como estabais brillando en París, mientras nos dejabais al cuidado de una madre sustituta, una mujer a la que pagabais para cuidar de nosotros siete días a la semana, veinticuatro horas al día, fijaos: habéis llevado a buen término vuestras carreras, os habéis quedado con toda la luz, con toda la energía; pero detrás de vosotros... ¿qué es lo que queda? discusiones vanas sobre el socialismo, las últimas maniobras del

establishment francés del cual erais la punta de lanza... X vendrá a cenar, mañana por la noche nos acompañará Y... la buena vida de una élite en auge en sus tiempos, y de sus hijos educados en varias lenguas para que el orden se perpetúe...

¿por eso he caído yo?

¿para no reproducir vuestras carreras parisinas para fracasar?

¿por eso me fui?

¿para huir del Oeste y de sus modernidades asesinas y buscar en el Este

otros saberes, más arcaicos, atravesando allí, en el silencio,
la historia de la herida?

… fijaos, mis queridísimos padres, estoy en la ciudad del Este y me derrumbo; trato de desentrañar el enigma de vuestros días gloriosos; me entrego al monstruo, a la opacidad en nosotros, donde hay algo que intenta consumarse; trato de descifrar de qué se trata y me entrego a la noche; quisiera no repetir, enderezar el futuro; por eso vuelvo a abrir unas cajas que había decidido destruir: acepto hacer frente al pasado para ver la diagonal que escinde la corteza del tiempo; y si he de hacer caso de esa fecha –verano de 1972, cuando vosotros estáis allí, sobre la roca como dos niños–, puedo deducir que la madre está embarazada del hijo que ya viene: ¿habláis bajo el cielo blanco del niño que habrá de nacer? hacéis una cara tan seria; tú, madre, te pellizcas las uñas; reconozco ese gesto con el que rascabas el nácar de tu barniz sin color, *porque el rojo es para las jovencitas*, decías; y veo que, en esa imagen, vuestras miradas escapan; pero eso que yo adivino en vuestro silencio, ¿debo llenarlo con lo que he aprendido?

¿tiene el niño que nacer?

a seis meses del parto, madre, esa es vuestra pregunta: *¿tiene el niño que nacer?* la apunto con el fin de comprender cuanto en Jérôme, mi hermano, habrá de temblar; él, el primero de los muchachos del linaje que pasa por la madre, el nieto de Nathaniel, el mayor, Jérôme, tercera generación desde el antepasado; y resulta que la posibilidad de su vida pende de un hilo; porque tú me lo has contado, madre, los doctores prevén complicaciones; pudiera ser que una enfermedad hiciese del hijo un *hombre frágil;* y en este linaje *los hombres frágiles*...

se matan, madre

mueren volviéndose hacia el Cielo buscando las palabras de una oración olvidada «Baruj atá Adonai...»

la que me ha tocado aprender de nuevo para no quedarme mudo, el día de mi muerte

como Oved, el niño que quería ser el Primer Rey judío de Francia

pero tú no sabes nada, madre, nadie te ha contado nada; ignoras el pasado; vuestra vida nació de esa gran cortina de humo de la posguerra, de esos años en que Francia da la espalda a todo lo que ha hecho y a todos cuantos envió soberanamente a los campos, al Este; la Francia que no se rinde, que no se somete, claro, pues se adelanta a la infamia y a las demandas de los alemanes ofreciendo sus hijos a la muerte; tú no sabes nada de esa *historia judía*, nada de la oración, nada de cuanto no se menciona en la familia de tu joven marido; no, porque tú eres una niña del *baby boom* que en el 69 mira hacia el futuro; y ahora luchas para que tu hijo nazca: te plantas ante las voces de los hombres; tu padre Nathaniel el primero, sigue el consejo de los médicos y quiere que abortes; todavía estamos en los tiempos en que el cuerpo de la mujer pertenece al hombre y las hijas a la autoridad de sus padres; pero, encima de esa roca, tú tienes una decisión que tomar...

¿tiene «JÉRÔME» que nacer?

¿hay que suturar el relato de la Posguerra el mito de la Reconstrucción y las sombras del pasado, los muertos de tu linaje?

... me vuelvo hacia los tilos al otro lado de mi ventana, pienso en lo que sientes, madre; tu soledad y ese poso de inquietud en ti, donde el hermano va tomando forma; el coro de los doctores que te dice: *hay que abortar*, luego tu joven marido que no sabe qué pensar, cargado por ideas sombrías; habla del capitalismo que destruye la Tierra, de la guerra nuclear que a principios de los sesenta a punto estuvo de estallar; ya se muestra sensible a lo que viene, esa alerta permanente de la existencia tras las décadas de vuestra abundancia: el agotamiento de los recursos, la destrucción de las especies, el derretimiento del permafrost... solo le falta la capacidad de ver lo que en él mismo se tambalea; todo eso lo camufla sometiendo su estado de ánimo a grandes catástrofes *eso es lo que se está tejiendo al final de vuestro «Sueño Económico Europeo»:*

tú, la hija de un secreto, que cargas sin saberlo con la pérdida de un niño que quería ser rey Oved

el PRIMER REY JUDÍO DE FRANCIA

y tu marido, «Gatsby», que así lo apodan por ser huérfano de padre...

algo hay ahí, justo al comienzo, que entra en «Jérôme», una fragilidad inadvertida, unos miedos inexpresados con los que cargo yo

pero Gatsby no quiere ver nada, él oculta, disimula, pues eso es lo propio de los hombres; nació al final de la guerra, el treinta de noviembre de 1944, y no sabe que el antepasado por línea materna se mató el treinta de noviembre de 1939; una nueva sincronía, y sin embargo nadie se preocupa; ¿quién lee en vuestra historia lo que las fechas dicen? el padre, Gatsby, da discursos sobre detener el crecimiento; para él, la catástrofe es un paisaje al que confía cuanto en él permanece oculto; de camuflar su angustia de huérfano hace una política; ¿y por qué te digo esto, madre? porque todo saldrá a la luz cuando tu hijo, Jérôme, empiece a temblar; y después de él... llegará mi turno; una vez os hayáis ido, me veré arrastrado por los suelos por unas fuerzas que intento escrutar; pero debo reunir una pista tras otra para recomponer la escena del crimen: las cartas, las fotografías, lo que queda de vosotros...

lo que he descubierto, mis queridísimos padres, os sorprenderá

y si estoy hecho pedazos, obligado a vivir acostado, puede que sea por eso:

ver las grietas en la materia humana convertirme en esos ojos que os observan desde el futuro ser la ficha de dominó que sigue de pie en una familia que se desmorona

cuestionar con obstinación:

¿quién comete el asesinato de un hombre que se mata?

y el que sobrevive, es para contar ¿qué historia?

... si hubieras tenido más tiempo, madre, ¿habrías entendido lo que vincula las vidas entre ellas? el flujo en nuestros recuerdos que enlaza los tiempos entre ellos y cómo el pasado fluye en el presente haciendo del futuro el meollo de nuestros enigmas; si hubieras vivido, pero moriste tan joven, a los cincuenta y

nueve años; en los últimos tiempos, te pusiste a escribir artículos sobre la guerra; intentabas interrogar a los jueces de Núremberg, a los supervivientes de los campos, a los soldados de la Gran Guerra; abrías poquito a poquito las puertas del pasado; violabas el undécimo mandamiento *no hay que abrir las ventanas del tiempo* tú no te dabas cuenta, pero estabas emprendiendo ese camino, el camino que yo sigo ahora, en que se desvelan las imbricaciones de los fantasmas acechantes, los secretos que rezuman; la gente acostumbra a vivir en un solo plano de la existencia, que es donde leen el periódico, duermen, trabajan, se van de vacaciones; sin embargo, existe el plano dos, que es el plano en que algo trata de consumarse en una corriente que atraviesa los cuerpos; y tú, madre, tú buscaste, pero como hacen los ciegos; en lugar de mirar en el corazón del miedo de los hombres; en lugar de volver a trazar el camino en que convergen las oraciones extraviadas de Oved, los terrores de Talmaï, la gloria de Nathaniel, resulta que mirabas hacia otro lado; escribías artículos sobre los soldados de la Primera Guerra Mundial, luego sobre los miembros de la Resistencia; he guardado tus artículos, están ahí, en el suelo, con todo lo demás; y veo que, hacia el final, tu mirada de periodista va cerrando el plano; pues todo en ti debía de saber que había que buscar en esa dirección, hacia las horas oscuras en que el estruendo de una guerra ya casi perdida encubrió el tiro que dispara Talmaï, haciéndose *un pequeño agujero en el lado derecho* pero ahí estaba esa ley, el mandamiento de tu familia *no hay que abrir las ventanas del tiempo* que al día siguiente de su muerte quedó impreso en el cuerpo de los descendientes; y a partir de ese momento, en vez de la palabra agradable en recuerdo de Oved, en vez de los vocablos del texto errante para bailar y revivir, en vez de las oraciones que podríamos haber vuelto a aprender para acercarnos a Dios, nos quedará el derecho al silencio y la comedia del éxito; porque la ley es la ley, y la ley, madre, dice que no debes mirar atrás; tú quieres escribir sobre las sombras de la Colaboración, *ese otro cortejo;* debes de sentir que es ahí donde hay que ir, hacia los silencios, pero tu hijo pierde pie; se hunde en la noche y tú quisieras ayudarle, desearías ayudarle con todo tu corazón de madre; pero acatas la ley, no tienes derecho a investigar, eso está prohibido, no nos leerás la historia de Oved, el niño que quería ser Rey...

para hacerlo bien, habría que haberse enfrentado con el miedo de los hombres

pero ahora lo veo

en lugar de mostrar lo que tiembla los hombres prefieren luchar o suicidarse y yo voy a tener que atravesar la muerte, aprender a decir «tiemblo, tengo

miedo y no quiero morir»

mis queridísimos padres, cuando haya despejado la masa informe de ese archivo, entonces os contaré; de momento, no sé nada, no entiendo nada; y tú, madre, solo puedo decirte que no me has ayudado; has omitido tanto, has maquillado tanto las cosas para mantener la leyenda de tu familia, de tus preciosos hijos; pero escúchame, no te culpo; sé que esa era la ley, sé que solo podía contarse la leyenda...

pero, dime, ¿cuándo empezaste a ver grietas en el padre?

¿acaso sentiste ese miedo que te atenaza cuando Gatsby empieza a vacilar

y eso que se desencadena el día en que el hombre de la resiliencia, el pilar de tu vida, Nathaniel, el hijo del antepasado, se aleja de él?

… ya ves, madre, sigo sacando escombros y no encuentro nada; de momento no veo más que toda una serie de procesos que irían al revés del tiempo, quejas que no vendrían de mí, sino de vosotros; intuyo que hay algo que une las edades entre sí; presiento que algo se entrelaza a partir de Oved, de la angustia del antepasado, de su suicidio y del silencio que ahí se impone; tengo fechas, *sincronías:* veintiséis de enero, tu muerte, treinta y tres años después del nacimiento de tu hijo; treinta de noviembre, el suicidio del antepasado, que entra en resonancia con el nacimiento de quien habrá de ser mi padre, al que apodan Gatsby; mira, madre, me sumerjo en al caos de los archivos que me he llevado, leo el kadish errante de Talmaï dedicado a ese hijo suyo apasionado por la historia; vivo en medio de todas esas imágenes que ahora descansan sobre el suelo; trato de ver claro, pero todo persiste y la noche está ahí, en mis huesos que se inflaman, en la espalda que se rompe cada vez que quiero olvidar; no me has ayudado, madre, pero no te culpo; solo desearía poder revivir, cortando esos lazos que tiran de mí hacia el suelo...

… y aún acostado en mi cama en la ciudad del Este, hurgando en las fotos tiradas por el suelo, me siento apelado por otra imagen de vuestra boda; y ahí que me voy de nuevo, al verano de 1969, al día de vuestra unión, cuando todo se vuelve irreversible; porque a partir de ese momento tú, madre, te empeñarás en *dar a luz;* te empeñas contra la opinión de Nathaniel y el consejo de los médicos, contra los temores de tu joven marido que sigue con atención las publicaciones del «Club de Roma», ese club que alerta sobre los peligros de nuestros modelos de producción; tu marido que, tres años más tarde, unos meses antes del nacimiento de tu primer hijo, Jérôme, leerá el «informe Meadows»...

1972

un informe encargado al MIT

(laboratorio de investigación del Massachusetts Institute of Technology) que simula por ordenador las consecuencias del crecimiento económico y de nuestros sistemas humanos, técnicos, económicos, sobre el Sistema-Tierra y en esa foto, en el blanco que media entre vosotros, yo es como si viera a Nathaniel, el hijo del antepasado; si la nuestra fuese una familia italiana –pienso en esos *hombres de honor* tan apreciados por el cine para mostrar lo que hay en cada clan: un sistema de lealtad, los juicios por traición que nunca faltan–, yo diría que él es el jefe de vuestra *cosa*, el que mantiene unida a la *famiglia;* por otra parte, no hay que esforzarse mucho para advertir que esas fotos de vuestra boda tienen algo de italianas: rosas en el ojal, trajes de tres piezas... tu vestido de novia, madre, desaparece en el blanco del día, y Nathaniel, tu padre, más lejos, está inclinado: la acción queda clara: tú, el joven marido, mi padre, en esta otra imagen, levantas tu copa en el momento en que entras en el clan; tus ojos vueltos hacia la copa en la que, fuera de plano, sirven el champán...

el informe Meadows subraya la necesidad de poner fin al Crecimiento:

en el plano demográfico, los autores del informe proponen la limitación de dos hijos por pareja y en el plano económico, recomiendan gravar la industria para luchar contra la contaminación

también adivino que ese brindis, ese instante en que bebéis, tiene lugar después; no os imagino haciéndolo *antes;* si la novia y el novio hubieran bebido *antes*, vuestra unión correría el riesgo de ser invalidada; podría objetarse que los «síes» nacieron de los efluvios de la embriaguez; pero ya lo he dicho antes, todo ha de ser irreversible: vuestra unión, luego todos los años que transcurrieron entre esa fecha, 1969, y el tiempo por venir desde el cual os miro yo; y aunque quisiera anular vuestro matrimonio y nuestros nacimientos, el mío y el del hermano, y tus mentiras, madre, y vuestros adornos *–una pareja tan bonita, una familia tan bonita–* y el traslado a París que me alejó de la vida entre los bosques, lejos de las sofisticaciones de la ciudad; incluso si quisiera borrar esa existencia que tanto se aprovechó del poder; y los miedos de mi hermano y todo lo que os vituperó más tarde, y la violencia de

la *famiglia* y las palabras que se dijeron a espaldas de los muertos, tratando de urdir un relato para que nada cambiara; incluso si quisiera detener eso que se anuncia y el crecimiento y la destrucción que causa o los mitos del éxito de que se sirve Francia para mantener su ficción, no podría hacerlo; porque el tiempo es el tiempo y vosotros no bebisteis *antes*, sino *después;* y vuestro «sí», eso os pareció, fue libre y luminoso; sin embargo, cuando veo esa imagen, pienso...

si esa boda, más que una boda

no era un contrato de negocios

una prolongación de la producción por otros medios una obra maestra de la influencia industrial sobre la vida amorosa y la reproducción para crear dos prototipos:

Jérôme y Teseo, nosotros, vuestros hijos dos vidas nacidas de la ficción francesa

... él, Nathaniel, tocado por la alegría y la fortuna, está entre vosotros; nació en 1917, el año de la revolución rusa; pero ahí no piensa ni en el comunismo, ni en Oved, ni en el antepasado, su padre; en 1969 tiene cincuenta y dos años, está en la flor de la vida; acoge, recibe, forja el comienzo de un imperio; ha transformado los silencios en alegría, los dolores del pasado en una aventura; Nathaniel es fuerte, es alegre y es atento; mañana *alimentará a Francia;* y no puede decirse que sea un rebelde, aunque astuto sí lo es; siente lo que quiere que suceda: una distribución más justa de los frutos del crecimiento, otra forma de concebir el trabajo; presta atención a eso que retumba, a eso que quiere cambiar; a lo largo de los meses que preceden a la boda, ha bajado a la calle para escuchar los eslóganes de los estudiantes; ha visitado a los obreros en sus fábricas; y tengamos en cuenta que en esa fecha, De Gaulle ha dejado el poder; es el primer verano de una época que se aleja de los desgarros del pasado, de las guerras de descolonización, de las viejas crispaciones; los que piensan que el mundo era mejor antes ya no tienen nada que decir, el *sentido del futuro* está en su contra; ahora quedan cuantos apoyan la idea de una transformación; él, Nathaniel, forma parte de ellos; por lo menos encarna lo que la gente se figura como un *futuro:* más libertad, medios libres, aumento de los salarios, reducción del tiempo de trabajo; y en esa foto sirve el champán entre Gatsby, mi padre, y tú, madre; si yo estuviera dirigiendo a un actor, diría...

sonreíd porque acabáis de cerrar vuestro «contrato reproductivo»

> *el recién casado, tú, al que apodan Gatsby, eres un joven brillante acabado de salir de una importante universidad; para completar tu formación has pasado por Stanford, en Estados Unidos; hablas inglés como un americano; y los dos juntitos, mis queridos padres, estáis convencidos de ser una promesa, de estar aunando vuestras fuerzas, de que eso es lo que os une, el amor y el ímpetu; habéis nacido burgueses y no lo ocultáis, pero no sois conservadores; soñáis con lo que habéis visto en América; creéis que vuestro corto exilio os ha proporcionado una idea del futuro; os sentís marcados por la bala mágica y por la bomba atómica; pero en este día tratáis de no pensar demasiado en ello; vuestras dos familias se aprecian, la vuestra es una unión deseada; aceptáis esa bendición, y poco importa lo que haya sucedido antes; por supuesto, os casáis los dos como* CRISTIANOS, *para que la tradición del secreto perdure, para que la historia marrana no se detenga jamás, para que nadie advierta las grietas que, sin embargo, os unen; porque vosotros, más ciegos todavía, os casáis como «modernos»...*

sin embargo, no estoy en posición de dirigir a nadie, y la película ya fue proyectada; lo he dicho antes, desde que estáis muertos, en el mejor de los casos soy un documentalista que recoge archivos para localizar aquello que, en el momento del rodaje, no fue bien concebido; busco los fallos de rácord en vuestra *french fiction*, mis queridos padres, los errores de corte, los diálogos que faltan; dónde y en qué momento empezó a descarrilar el guión perfecto de vuestra vida francesa; si queréis verlo así, esto es una relectura de una película demasiado bien producida y un tanto falseada; y aquí delante de las fotos tiradas sobre la alfombra de la ciudad del Este, me toca hacer un esfuerzo para creer que esa película es *real*, que algunos han muerto en ella; tengo que aceptar el ímpetu de vuestra unión y el castillo de arena de vuestra vida francesa; ¿o es que no se habla de *contrato matrimonial*? ¿o es que no se brinda tras cerrar un negocio? aquí vosotros estáis firmando el contrato del que saldremos mi hermano y yo; con ello no pretendo negar el amor que os une, pues sé que existe, pero hay también esa necesidad que estoy tratando de penetrar: tú, padre, no lo olvido, naciste un treinta de noviembre; y tú, madre, fuiste seducida por un hombre cuyo día de aniversario es un eco del secreto del suicidio del antepasado, un treinta de noviembre; y entre esas dos fechas, no quisiera olvidarlo, entre 1939 y 1944, lo que ocurrió fue esto: la supresión, la destrucción del nombre judío...

¿qué hay de *moderno* en ello?

y la bonita historia del Éxito, del Progreso el genio industrial de Nathaniel la apuesta que hace por ese joven «Gatsby»

el vínculo que ese día se establece entre vosotros ¿cómo debería verlo yo

yo, que vivo entre los escombros del mundo que habéis construido

que habéis abandonado?

y Joan Baez, Dylan, los Beatles, Kennedy y el reverendo King y los activistas por la paz y todos los sueños de futuro que toman forma en vuestra bendita época, ¿acaso han logrado cambiar ese flujo arcaico que atraviesa los cuerpos? los hijos del *baby boom* han ocupado todo el espacio durante décadas, repitiendo incansablemente sus estribillos de la gran vida, e imponiendo sus valores miméticos, americanos; no se han cansado de celebrar su época hasta el punto de secuestrar el ideal de juventud hasta la muerte; no lo digo por vosotros, queridos padres, solo establezco el contexto: *sixties*, *seventies*... todo convenientemente sobrevalorado hasta el punto de convertirlo en el punto de inflexión de la Historia: el momento en que la vida urbana, deseante y la revuelta inventan la época que vendrá después; pero desde el futuro, en un tiempo en que las especies desaparecen, las megalópolis devoran la tierra y vuestro *cool capitalism* de subculturas ya no tiene más ideal que su propia supervivencia, ¿de qué sirve el narcisismo de vuestra época? y ese cambio, ese *turn* que protagonizasteis, ¿qué puede ofrecernos ahora? ¿qué puedo esperar yo de vuestra *modernidad*, cuando todo lo que me ha sido dado conocer es la mera supervivencia?

contemplo ese verano de 1969 en que todo comienza, mis queridos padres, y trato de entender lo que os impulsa: la joven novia y tú, su elegante *husband*, os creéis la película de vuestro amor; en ese día en que tanto os celebran nadie habla de las sombras, de los secretos; no se dice nada de cómo tú, Gatsby, el joven prometido, perdiste a tu padre a los dieciséis años; no se dice nada de lo que vincula a los hombres a partir del miedo, de la pérdida, de la guerra y la destrucción... para mí, desde el futuro, vuestro matrimonio tiene el aire de una promesa incumplida; os miro en la imagen que tengo en las manos, estáis en el muelle unos minutos después de vuestro «sí»; a un lado la hija, en el centro Nathaniel, a la izquierda el yerno, el buen «Gatsby», y en el corazón de vuestro trío, las fragilidades que todos esconden; porque la época es dada al olvido, y hubo el tiempo del primer encuentro, luego el de los estudios americanos en que ese joven tomó forma...

the guy, Gatsby, is a success!

¿te acuerdas en las calles de San Francisco, padre, lo que me decías?

«Me pedían autógrafos, la gente me tomaba por Dustin Hoffman.»

… la jovencita te sigue, no quiere perderte; es algo que sucede lejos de vuestra vida francesa, en América, en la costa Oeste, y el pacto está sellado: allí es donde os comprometéis, luego todo se va encadenando; a vuestro regreso, el último en nacer de una familia sin padre –Gatsby– desposa a la hija –Esther– de Nathaniel, el resiliente, el luminoso; pero ¿por qué esa alianza? es algo que entenderé más tarde, mis queridísimos padres; miraré, porque así me vi obligado a hacerlo, en los márgenes de vuestro cuento resquebrajado; me fijaré en la manera en que se va incubando la fragilidad bajo la historia de la fuerza; pero de momento no veo nada; vuelvo a abrir mis archivos, me pierdo; os vuelvo a encontrar felices en las imágenes, una felicidad que me parece una

ficción de principio a fin; y sin embargo sé que, durante diez años, el trío que formáis se mantiene firme; Nathaniel, el padre de la novia, ríe con Gatsby, y la hija, Esther, celebra esa amistad; de aquellos años despreocupados yo no me acuerdo, pero sé que el ímpetu declina: tú, padre, me lo has contado: el precio del petróleo se dispara, la crisis sorprende a un mundo que la había olvidado; hay que vender las fábricas que dirige Nathaniel –fábricas de vidrio y de embotellado– y a quien encargan que salde ese pasado es a ti, Gatsby; entonces, la forma en que te mira el resiliente, Nathaniel, cambia para siempre; te ve frágil, ve que el encargo te ha afectado, y en su linaje la fragilidad da miedo…

un hombre que tiembla es algo que recuerda a aquel día de violencia
en que encontraron al antepasado...

Talmaï

con un pequeño agujero en el lado derecho el treinta de noviembre de 1939

y ese recuerdo está sujeto a la ley

«no hay que abrir las ventanas del tiempo»

Nathaniel lo comenta con sus allegados: «todo es voluntad y trabajo»

pero a su hija, la joven Esther, no sabe por qué ese marido que flaquea la angustia

se aleja de él como hacen los animales se pregunta: ¿corre el peligro de derrumbarse?
¿estará a la altura de mi padre?

aquí solo y derrumbado en la ciudad del Este, yo, Teseo, vuestro último hijo, no entiendo nada; apenas me las he arreglado para abrir unas cajas llenas de imágenes, pero me pregunto: ¿quién, en este linaje, se atreve a mostrar algo más distinto a la fuerza? y la fragilidad de mi padre, de mi hermano, ¿de dónde venía? ¿y esos miedos que me tienen por los suelos? entonces no sé qué responder, para salir de vuestras vidas muertas me vuelvo hacia la ventana; ante mis ojos, cae la última la hoja de un tilo desnudo; por un momento tengo la sensación de revolotear en su lugar; durante unos segundos soy el alma de la última hoja del tilo tras la ventana, y ya veis, mis queridísimos padres, me pongo a llorar; porque el hermano que queda no ve otra salida, teme no volver

a levantarse, tiene miedo de no poder ofrecerle a sus hijos otra visión que la de un cuerpo llevado por la noche...

> *no estoy consiguiendo nada,* piensa*, no voy a mejor; consulto a doctores que no entienden nada; visito a chamanes que leen en el cielo extraños augurios; ¿voy a recuperarme? ellos me dicen que algo en mí debe morir; que ciertas existencias deben limpiar el tiempo; yo les presto atención, pero no entiendo y me quedo con vuestras imágenes, con el manuscrito del antepasado; cuando leí por fin el texto en recuerdo de Oved, las promesas de ese bisabuelo que, como Zweig, decidió marcharse a mediados de siglo, me dije que habría que empezar de nuevo a partir de esa escritura que intenta suavizar el luto; pero los dolores no me abandonan y nada se soluciona; las fotos a mis pies son cuchillas y los chamanes que consulto desesperadamente, en tanto que la medicina no me ofrece remedio alguno, me dicen que el dolor en las sienes es la bala que percutió en el cráneo de Talmaï, el padre del niño que quería ser Rey* ... y a pesar de ese cuerpo-memoria yo sigo obstinado, aunque solo sea por mis hijos y por verlos crecer; vuelvo a las imágenes, sumerjo mis manos en ellas como en las aguas del tiempo; intento reconstruir una trama, resumir la vida; perforar el muro que he colocado entre la Historia y yo; vuelvo a los años de después de vuestra boda; sé que ahí los tiempos se enturbian, que todo se vuelve más duro, más doloroso; la crisis de 1973 os coge desprevenidos, al parecer todo se tuerce; y vosotros, padre y madre, bajo la atenta mirada de Nathaniel, fundáis un hogar; tenéis un hijo, luego otro; soy yo, el hermano que queda, el segundo; y vista desde fuera, vuestra vida parece bastante exitosa; hay una casa en la que crecen vuestros hijos; sois modernos, progresistas, cercanos a la joven guardia del partido socialista que se acerca al poder con Mitterrand a la cabeza; tenéis buenos diplomas, venís de América y, mientras otros se drogan, vosotros trabajáis...
>
> *yo seré periodista*

lo decías desde pequeña, Esther, aquí en el suelo tengo las pruebas; porque aquí tengo los periódicos que fabricabas, unos pequeños cuadernos de dieciséis páginas que rubricabas de modo tan precoz y que son la prueba de tu obstinación; madre, tú sabías que ibas a ser periodista desde tu más tierna infancia; y ahora tienes hijos, los dos chicos, pero no cedes, no renuncias a nada; te contratan en *France-Soir,* trabajas de noche; la prensa económica será tu elección, o acaso hay que decir tu destino; deberías hacerle preguntas a tu

padre, Nathaniel, «el patrón de izquierdas», deberías interesarte por el secreto en cuyo interior creció, por los miedos que calla; pero no lo haces, tienes que dar tus clases; en lugar de eso, entrevistarás a otros patrones, a cientos de patrones, pero nunca a tu padre; sales a hacer reportajes, empiezas a forjarte una cierta idea de la *success story* a la francesa; eres joven, pero te mantienes firme: *yo no voy a quedarme en casa, yo me ganaré mi libertad;* en ese aspecto, eres una mujer de tu tiempo, tienes las agallas de desafiar a los viejos machos...

me ha tocado luchar, me dirás*, para existir en mi profesión, como mujer, me ha tocado luchar de verdad...*

y en cuanto al padre, Gatsby, ¿qué estaba diciendo?

> *perdió a su padre a los dieciséis años y, sin siquiera darse cuenta de todo el dolor que estaba reprimiendo, buscó protección; trabó amistad con un joven de una familia menos afligida que la suya, y ese amigo resultó tener una hermana esbelta y bien formada que él aprendió a conocer; Esther, pues ese era su nombre, se encariñó con él; fue así como entró en la vida de quien habría de convertirse en su esposa, y como Nathaniel, el padre, le ofreció un trabajo...*

… al terminar sus estudios, Gatsby, después de algunos intentos de volar por sí mismo, acepta la oferta de Nathaniel; se pone al servicio de la empresa y entra sin saberlo en el linaje de los hombres que mueren; durante esos años pioneros, trabaja para un imperio en construcción; todavía hablamos de la fabricación de vidrio, la industria pesada, las fábricas que huelen a aceite y a fuego; y como Gatsby tiene unos diplomas bien sólidos, como se ha formado en las técnicas del *management* americano, puede aspirar a un puesto de estratega; asciende rápidamente, redacta informes, participa como consejero en las decisiones del jefe, el resiliente, el luminoso Nathaniel; hay un episodio que recordará hasta su último aliento: 1972, la crisis todavía no está ahí, el hijo Jérôme aún no ha nacido; el mundo que salió victorioso del infierno y del fuego atómico cree todavía en un crecimiento eterno; y él, el joven Gatsby, que forma parte del pequeño grupo de los *advisers*, contribuye a la redacción del *discurso de Marsella...*

no hay más que una sola Tierra

dice Nathaniel, retomando algunas palabras de Gatsby estamos a veinticinco de octubre de 1972

el crecimiento económico y la economía de mercado han transformado el nivel de vida del mundo occidental, lo han transfigurado, eso es indiscutible

pero el resultado está lejos de ser perfecto en primer lugar porque ese Crecimiento no es portador de justicia

todavía son demasiados los que se encuentran por debajo de un umbral aceptable de bienestar, tanto en la ciudad como en la empresa

que el Crecimiento deje tras de sí
tantos marginados resulta inadmisible:
los ancianos, los inadaptados, los enfermos y sobre todo los trabajadores
muchos de los cuales no
se benefician suficientemente de los frutos de la prosperidad

además, ese Crecimiento genera numerosos inconvenientes tanto colectivos como individuales

ha subyugado el medio ambiente y las condiciones de trabajo a criterios de eficacia económica

razón por la cual es cuestionado y a veces rechazado como el objetivo de la era industrial

¿seguir por el mismo camino durante mucho tiempo?
¿seguir confiando en el mercado?

eso nos conduciría inevitablemente a la Revolución debemos fijarnos objetivos humanos y sociales.

¿seremos capaces de aceptar ese desafío?

... en la vida de mi padre, Gatsby, hubo muchos fracasos, pero ese *discurso de Marsella* era su orgullo: contribuyó en la sombra, modestamente, a la elaboración de lo que habría de llamar hasta el día de su muerte un *capitalismo con rostro humano;* son tus palabras, padre, ¿lo recuerdas? y pensar que fueron tantos en los sindicatos, en los partidos, en las empresas, los que se entregaron a esa creencia *un capitalismo con rostro humano*

pero tú lo sabes, Gatsby, durante los últimos años de tu vida no dejarás de repetirlo: nosotros somos el nombre de la catástrofe; en la cima están aquellas y aquellos a quienes los poderes celebran; los que devoran la Tierra, los que acumulan y confiscan; no hay *capitalismo con rostro humano;* el capitalismo, en adelante, es el otro nombre del *sapiens*, el nombre de las ficciones con las que gobernamos el mundo, el nombre de la ruina; y por muy visionario que fuera ese discurso que tú contribuiste a escribir, a pensar, a imponer a través de la voz de Nathaniel, resulta que no ha solucionado nada; ni la ampliación del capital ni el uso desconsiderado del mundo; nosotros, padre, los humanos, nos conformamos con las palabras: la lengua y las historias que la lengua teje producen relatos cautivadores; tú creíste en el *discurso*, en esas palabras que pronuncia el padre de Esther, Nathaniel, el resiliente, el héroe del «Sueño Económico Europeo» que, empezando en la industria del vidrio, acabará alimentando al mundo, *endulzándolo;* Nathaniel, ese que durante un tiempo encarnó la *modernidad francesa;* pero ¿no es precisamente eso lo que mejor nos sale: creer? nos gusta remitirnos a los placeres de la creencia, al hechizo de la lengua; un *discurso*, ¿qué puede un *discurso*? ¿qué valdrán esas palabras –«Justicia», «Tierra», «Marginados»– unos meses más tarde, en octubre de 1973, cuando los países productores de petróleo que hasta entonces malvendían el desierto por el bienestar energético de unos cuantos Blancos del Norte suban el precio?

los discursos pasan, mi queridísimo papá, pero la crisis permanece; algo entre tú, tu joven esposa y Nathaniel empieza a erosionarse; él te confía el trabajo,

ya lo he dicho, de vender las viejas fábricas porque el viento ha cambiado; 1973, 74, 75, 76, el año de la gran sequía, también de mi nacimiento; la energía ya no es infinita; toca olvidar los compromisos del *discurso;* a ti, que seguías las recomendaciones del «Club de Roma», que soñabas con transformar el viejo capitalismo y difundir los ideales del crecimiento cero, no te quedará tiempo libre para rediseñar la forma en que debemos vivir; Nathaniel te asigna un rol, ya no de estratega sino un rol operativo; quiere probarte sobre el terreno, ver cómo te comportas en medio de la tormenta; tienes que encontrar compradores lo suficientemente ingenuos como para creer en la vieja industria, venderles unas fábricas destinadas al declive y al abandono; tú amabas el futuro, te fuiste a América para alejarte del *arcaísmo;* y ahora te ponen al cargo de saldar las viejas cuentas, unas cuantas ramas secas de las que Nathaniel se desprende para que el imperio sobreviva; así que clausuras, vendes; y esa estrategia –deshacerse de lo que muere– es un trabajo con el que te cuesta cumplir; en el umbral de los años ochenta, pasamos por dos crisis petroleras, yo tengo cuatro años, Jérôme, mi hermano, tiene siete, y tú dejas la empresa; la escena de vuestro trío empieza a descomponerse...

eso es pues lo que tengo, el comienzo de una historia, la historia de vuestro desamor, de esa unión de 1969 que se va desmoronando a lo largo de los años; el jefe de la familia te veía como un sucesor, casi como a un hijo, y vas tú y lo dejas; Esther, tú, Nathaniel, el trío glorioso que formáis en ese verano solar y deseante empieza a desvanecerse, como un eco al parecer de la crisis que sigue creciendo, del final de la prosperidad, de ese derrumbamiento de los sueños que alimentáis de un *capitalismo con rostro humano*, de una nueva forma de concebir la vida, de organizar el tiempo, de distribuir las riquezas y usar la tierra...

te dejo

le dijo Gatsby al padre de la novia, *me niego a seguir saldando las cuentas de esa vieja industria, en esas ramas muertas de la producción vidriera francesa no veo ningún futuro para mí;* y así es como se produce el giro, transformáis la empresa, os enfocáis hacia ese sector que apenas empieza a llamarse «agroalimentario», la industria y el capital apoderándose de las tierras, los campos, las granjas y los huertos; y yo, prosigue Teseo, desde donde os contemplo en el futuro, al principio de un siglo en que todo ha quedado en ruinas, en que los suelos ya no pueden seguir el ritmo infernal del mercado, en que los pesticidas infectan los ríos y las aguas subterráneas, en que habría que dejar de producir y consumir con urgencia para salvar lo que pueda quedar de los lagos, de los océanos, de los glaciares, escucho a la madre que responde como un eco...

yo lo mismo, me alejo de ti, Gatsby de ti que firmabas autógrafos en lugar de Dustin Hoffman que encarnabas el futuro y el sueño americano me voy en pensamiento

porque el deseo es un triángulo, padre, no me preguntes cómo es que lo sé, me vería obligado a responderte que esos estudios literarios que según tú conducían a las sillas ociosas de la universidad y luego al desempleo me lo han enseñado; he ahí los primeros pasos de la «fase Stendhal» de vuestra historia; ¿te acuerdas, madre, de ese giro en el que tu prometedor marido se aleja de la vía razonable que tu padre le ofrecía?

Nathaniel, el resiliente, el padre de Esther se aleja de su yerno

y Esther, acto seguido, se aleja de Gatsby, a quien creía amar todo esto está pactado

si en el corazón de esta historia no estuviese la muerte de JÉRÔME y mi desmoronamiento creedme si os digo, mis queridos padres, que me reiría

pero por más que el deseo sea un triángulo, y que el triángulo se desplome cuando el punto más saliente que sostenía bien juntita toda la forma se aleja, no se produce una ruptura; no, los padres ya no se aman, pero la familia persiste; la madre, en lugar de expresar sencillamente lo que siente, empieza a mentir; se queda por sus hijos y a eso habrá que llamarlo coraje; continuar a pesar de que el amor ha desaparecido; ese será el principio del fin de la pareja, el final de las proyecciones, el lento final, siempre postergado, de la promesa que erais el uno para el otro; el padre de la novia, Nathaniel, deja partir a su yerno hacia su nueva carrera; pero el pacto de 1969 se ha roto y el deseo se las arregla con lo que va saliendo: un banquero para ti, madre, un banquero –llamémosle «fanfan»– que te da seguridad, porque al menos él sabe proteger a los suyos; y para ti, padre, tus «novias», como solías decir... vidas paralelas, ocultas, como un bálsamo para tu ego herido; madre, tú te habías enamorado de un hombre en ascenso, el Gatsby del verano de 1969, pero la mirada de tu padre y las vicisitudes de la vida han socavado su imagen; es mucho más frágil de lo que pensabas; y en este linaje que tanto miedo tiene de la fragilidad...

¿no es verdad que, de edad en edad, camuflamos lo que tiembla?

y esos chavales, mis queridísimos padres de repente me viene una imagen

esos niños que se mudan al lado de nuestra casa en el corazón de los años ochenta en que la mentira avanza esos niños que nos miran cuando pasamos en bici porque vimos E.T. *de Spielberg y mi hermano y yo queremos volar pedaleando muy rápido esos niños que gritan desde su ventana, con sus voces estridentes que resuenan hasta mis oídos «¡VAYA, MIRA TÚ, LOS JUDÍOS EN BICI!»*

¿de eso qué tengo que pensar?

los hombres representan el guión del éxito, ocultan los impactos que vienen del pasado; admitir lo que falta y lo que todavía vibra en ellos les daría demasiada vergüenza; y aquel trío tan prometedor que formabais perece bajo el peso decepcionado de vuestras expectativas; yo he crecido en esa decepción, mis queridísimos padres, en vuestros silencios; yo soy el descendiente de esa ficción abortada del amor, de los camuflajes y de las viejas herencias sagradas que siempre se acaban silenciando; y vuestro hijo, Jérôme, ¿qué textos olvidados debería haber traducido? ¿acaso el día de su

muerte no puso el acento en el escándalo de todo aquello que no encajaba en la ficción de su alianza francesa?

> *no tengo cojones,* me decía en los últimos días, durante el invierno de 2005; *tengo todos esos miedos y no sé de dónde salen; no tengo cojones, Teseo; no logro hacer frente a mi mujer, tengo miedo y no sé de qué; es como si desde que murió Nathaniel* –el patriarca de este linaje murió en 2002– *todo se derrumbara; al parecer, quien sostenía en pie a esta familia era él, gracias a su éxito, gracias a su poder, y ahora no entiendo lo que está sucediendo; tengo ganas de matarme, Teseo, me vienen ese tipo de pulsiones; quiero que esto termine, todos esos miedos no me dejan estar; y ese puto psiquiatra al que me ha enviado la madre no se entera de nada; todo lo que quiere saber es: ¿te estás tomando las pastillas? pero yo no estoy loco; solo sé que algo no marcha; mira, Teseo, mira cómo vive la madre desde que nacimos; constantemente angustiada, convencida de que vamos a morir atropellados por un camión, cayéndonos de un puente; ¿todo ese miedo, Teseo, de dónde viene?*

así va el linaje de los hombres que mueren: una ficción de la fuerza que sostiene y que luego cede... pero lo repito, en esos días yo no sé nada, no entiendo nada, soy como el hermano, Jérôme, que ha tomado el relevo de las inquietudes y el miedo para tratar de ver claro y, si es posible, superarlas; mientras os miro, mis queridos padres, apenas empiezo a entrever algo; mientras vuelvo a vérmelas con esa vida en ascenso en que estáis inmersos el día de vuestra boda, lo que viene después de la alegría, la juventud y la belleza y la promesa que erais vosotros dos para los tiempos venideros; me digo que sin duda eso es algo por lo que empezar; los años en que vuelve a decaer el amor, en que crece la mentira, en que ese lugar del que salimos el hermano y yo, ese amor que para los niños es buena parte de su razón de ser, se pierde entre leyendas; ya no estáis *juntos*, pero si hay algo que la burguesía sabe hacer mejor que cualquier otra clase es *aparentar;* y además París os ayuda, porque en esa ciudad a la que nos mudamos la mentira es un arte; vosotros, mis queridos padres, en ese tiempo os alegráis de que Mitterrand aguante; vuestros tiempos lo han querido, lo han elegido, y tras su estela van vuestros amigos, vuestra *red de contactos*, como diríamos hoy, llamados a ejercer las funciones; Gatsby está ahora lejos de las fábricas que la izquierda y todo el país abandonan; empieza a trabajar en el cine; en «el audiovisual», decías tú, eso creo, para no hacer demasiado el titiritero; fijaos en que nada sucede por casualidad; está ese *aparentar: aparentar* el amor, *aparentar* que sois pareja durante las cenas en la ciudad, y va y resulta que el padre decide

dedicarse al *cine;* no me digáis que no es justicia poética; Gatsby entra en «la Gaumont», como se decía entonces; lo envían a Italia para establecer un circuito de distribución; se enfrenta con la mafia, regresa, vuelve a marcharse; desde tu punto de vista, madre, él es quien te abandona, porque sois como críos y estáis convencidos de que la culpa la tiene el otro; sería mucho más sencillo admitir que el contrato del verano de 1969 ha llegado a su fin, que el miedo os ha alcanzado, que los dos habéis buscado una cierta protección y que ahora os sentís demasiado solos; pero no, para ti, madre...

el que se ha ido es él

me dirás tú más tarde, cuando el hermano y yo ya nos habremos marchado de casa y el padre habrá reunido el valor para buscarse un apartamento; *es él*, me dirás tú, sin mencionar a «fanfan», ese banquero tuyo que, según dices en tus cartas, tan bien te hace el amor; sin explicarme lo que encuentro en los duplicados de tus archivos que tengo aquí delante: por qué aparece por todas partes en las fotos de mi infancia con el hermano; paseando los domingos, de vacaciones... la silueta de «fanfan», un *amigo vuestro*, que está ahí, que siempre está ahí, incluso después de tu muerte, hasta el punto de empeñarse en verme para al final no decirme nada, o decirme solamente *yo amé a tu madre*

esa presencia de «fanfan» cuya sola huella en las imágenes acaba de destruir la poca fe que puedo tener en lo que tú y padre llamáis un hogar; no, de eso no dices nada, madre, acerca de tus sentimientos no confiesas nada, de tu desencanto desde los primeros años de nuestra vida familiar; y sin embargo, nunca se nos contará nada de toda esa ficción que orquestasteis «de buena fe», de eso estoy seguro, nada de ese *cine* que tanto miedo te daba, madre; no, todo esto nos lo ocultáis, y seguramente pensáis que es *para protegernos;* pero esa *mentira que protege*, esa necesidad imperiosa de proteger, ¿de dónde creéis que viene?

> *nos han mentido, Teseo,* gritaba mi hermano en los últimos días de su vida*; madre jugando a la puta familia ideal y yo creyéndomelo como un idiota; haciendo como Nathaniel, que también embrujó a todo su entorno; Esther, reprochándole eso a su padre, y va y ella hacía lo mismo con su banquero; ¿y eso desde cuándo? ¿tú lo sabes, Teseo? ¿qué podemos hacer con eso, hermano, sobre la fabricación de una bonita historia para no herir a los niños?; hablas de que el padre se ha ido a trabajar en el «cine»; pero eso es precisamente lo que mejor les sale, a todos, vendernos sus historias para que parezca real cuando en*

realidad no funciona; ¡nada funciona, Teseo! ¿te acuerdas de padre y de las novias a las que llevaba a la ópera? ¿y de madre con su amante bien decente que venía con nosotros de vacaciones?; mierda, ¿a qué podemos aferrarnos si nuestra infancia se levanta sobre arena movediza?

os devuelvo lo que he recibido, mis queridísimos padres; la violencia de los pleitos inacabados que inició el hermano Jérôme antes de suicidarse; busco la calma, pero ¿cómo? cómo encontrar eso, paz, calma, si no hay nada, ni siquiera un principio de tierra en que apoyarse; si todo se derrumba y cae entre las imágenes que habéis dejado; lo tengo claro, madre, está esa convicción que tienes tú, que tenéis vosotros, tú y el padre, de que los hijos no deben escuchar nada que resulte doloroso: las historias de amor que se marchitan, lo absurdo de su nacimiento cuando se supone que son el fruto de un deseo y ese deseo ya no existe; pero *el deseo es un triángulo*, ¿a que no lo sabíais? y no hay nada que un niño no pueda escuchar si se sabe cómo decírselo; los que no podíamos entender no éramos nosotros, mis queridísimos padres; erais vosotros, Esther y Gatsby, siempre incapaces de nombrar lo que de verdad importa, el deseo, la muerte, la ternura; en lugar de eso, ibais de un lado a otro de París hablando de política, de socialismo, de Europa, de la guerra fría y de América; la verdad es una audacia, y vosotros preferisteis no incomodaros demasiado con la verdad; de modo que sí, me atrevería a decir que Jérôme tenía una parte de razón; pero solo una parte; y fue *precisamente* que os echó todo eso en cara, todas esas acusaciones...

pasa de todo y ya está

le decía yo en sus últimos días de vida *la verdad, ¿qué es eso de la verdad?*

y en cuanto a la ficción, ¿acaso al final no es todo una ficción, una amalgama de leyendas?

pasa de todo y ya está, le aconsejaba yo *todo eso forma parte del pasado,*

déjalos a ellos con sus tejemanejes y muévete, hermano, rompe con ellos dedícate a vivir tu vida...

huir del rostro de la madre
reencontrar al hermano

2017-2018

sigo sin entender nada, nada de nada; vivo en medio de un montón de cartas antiguas y viejas fotografías; leí en dos noches el texto de Talmaï; recordé algo de lo que me había enterado una noche, por boca de la madre, acerca de su suicidio; fue justo después de la ofensiva abortada de Gamelin en el Sarre y de la respuesta del Primer Ejército Alemán, comandado por Erwin von Witzleben, al principio de la «guerra ilusoria»: el treinta de noviembre de 1939; sé de qué forma se mató –una bala en la cabeza– pero su muerte devino en secreto; mi hermano Jérôme nunca lo conoció; ahora tengo aquí delante algunas imágenes suyas, en el pueblo, a principios de los años ochenta; las de la boda de mis padres en 1969, una jovencita y un jovencito que traen el futuro consigo; pero no entiendo nada, no alcanzo a ver lo que se anuda entre los tiempos ni a entender por qué golpea de esa manera, con efecto retardado, ¿qué clase de luz voy a necesitar, me pregunto yo, para iluminar todo este archivo de la ruina? busco recuerdos en mí y los dolores no me dan tregua, nada se cura, sigo desmoronándome sin cesar; es algo que me hace llorar hasta tal punto, que incluso llego a formular el deseo de que muera; me digo que todo sería más fácil si yo pudiera partir...

y pasa una sombría jornada más de este invierno alemán; el hermano que queda toma entre sus manos una foto de su madre, la coloca en el atril que ha fabricado para observarla como si fuera un músico; se pregunta si no se habrá trasladado al Este para obligarse a atravesar ese tipo de noches de las que hablan los *libros de los muertos* de diversas religiones: pasar un tiempo entre las sombras antes de que todo vuelva a salir a la luz; acaba de acostar a sus hijos –esa semana están en su casa– y aunque las fuerzas no lo asisten, se esfuerza por no abandonarlos; por la mañana, antes de llevarlos al colegio, se empeña en prepararles el *brotbox;* a lo largo de los años, por supuesto, se lo ha ido contando todo, no les ha ocultado nada: el ahorcamiento de Jérôme, el disparo del antepasado, el niño Oved que busca las palabras de la oración judía; aprovecha para evocar con ellos todo eso que la Historia destruye más allá de las guerras *después de todo, viven en Alemania*

en ese país donde la tierra es una sedimentación de los horrores del siglo

en una ciudad cuyas escasas elevaciones son cúmulos de ruinas «Trümmer-Berg = Escombros-Montaña»

y esa noche sus hijos por fin se han dormido; para él, eso significa que puede volver a la única posición que le queda; se acuesta en la cama, las imágenes lo

rodean en tropel; piensa que si debe absorber todo ese miedo es por sus críos, para que no sean ellos quienes tengan que limpiar el tiempo; espera que, si hace bien su trabajo, podrán disfrutar de una vida más clara, sin los hechizos del pasado, sin cajas llenas de viejas omisiones; también hace votos para que al principio de cada siglo pueda uno enjuagar el tiempo, lavarlo con agua abundante para deshacerse de lo que ha ocurrido; escurrir el pasado para que el agua sucia se filtre por los poros de nuestro cuerpo; cada familia enumeraría sus secretos: *este era judío, la otra intentó camuflar su fe, el de más allá fue expulsado del clan, tal otro murió destrozado por una bomba alemana, tal otro fue deportado hacia el Este, hacia el campo de Buchenwald, tal otro se suicidó el treinta de noviembre de 1939 para escapar del miedo, tal otro murió al resbalar en la ducha a principios de los años ochenta, tal otro se ahorcó de una tubería de gas a principios de los años dos mil...* todas esas sombras serían arrojadas al agua para filtrarlas, para que entrara la luz; y ahí donde se encuentra Teseo, un piso más abajo, en la plaza con los tilos descarnados, se acalla el rumor del Este; si se levantara, si se asomara a la ventana vería a unos transeúntes en la bruma de diciembre; pero él mira hacia el interior; observa la foto de su madre; su rostro bajo un gorro con motivos marinos que retoma en líneas más finas el dibujo de una vela; Esther está de pie con los dedos prietos alrededor de una driza –en el mar, la palabra «cuerda» no se pronuncia porque trae mala suerte– pero no hay ninguna anotación que le permita precisar dónde está; de vacaciones, eso está claro; al padre le gustaba navegar con su familia, la vela le daba sensación de mando –*el que gobierna el timón*– mientras que una vez en tierra firme, en la vida cotidiana, Esther retomaba el mando; y el hermano que queda, Teseo, advierte que se ha detenido en esa imagen por las manos y los puños de la madre...

> *a mis muertos,* piensa*, me los imagino formando una curiosa asamblea en el fondo del tiempo, que es donde se reúnen; ¿y entonces?* les pregunta*, responded si es que podéis: ¿cuándo empieza a temblar la infancia? ¿cuándo salimos de las fábulas que se nos han estado contando? padre, madre, ¿tenéis la menor idea? y tú, hermano, ¿tú qué dices?, ¿tú qué ves? y tú, niño Oved que amabas los grandes linajes y a los reyes, ¿dónde termina la ficción francesa?*

preguntas que apunta consciente de que, a diferencia de lo que esperaba, él no puede huir; en definitiva, imagina dos equipos que le ayudarían, que trabajarían a ambos lados de un hilo invisible para apaciguarlo y curarlo; de un lado los vivos, del otro los muertos, trabajando todos mano a mano; es una convicción que le ayuda: un plano uno de la existencia en que figuraría todo cuanto está allí, las calles del Este, sus hijos, las provisiones en la nevera, los

paseos que dará mañana o pasado mañana por el parque de Friedrichshain; y un plano dos, en que las cosas más intolerables como el suicidio de un hermano y los dolores que le impiden vivir cobrarían un sentido; se aferra a esa idea del *sentido*, de lo que el cuerpo sabe –*¿es la herida una información codificada?, ¿es el lugar en que un cuerpo y un alma se entrelazan de cara a una acción?*– porque la materia sabe más que las palabras, más que el espíritu; en ella sedimentan los estratos de tiempo; eso es lo que a Teseo le parece adivinar, tiene la intuición de un cuerpo-memoria donde habría algo que entender más allá del dolor; tiene esa perspectiva de las materias que se funden en un solo continuo, entre los árboles, las estaciones, los ciclos de los astros, las enfermedades y los muertos; y si ha sobrevivido –eso quiere creer el hermano que queda–, piensa que es para descubrir adónde lo conduce ese cuerpo-memoria; para llevar a cabo ese trabajo mal remunerado que habrá de servir a quienes lleguen después: escuchar la conexión profunda entre los vivos y los desaparecidos, así como el efecto de retroalimentación que atenaza a los que sobreviven...

así que se obstina en sondear las imágenes para forzar su cuerpo, para obligarlo a recordar; y madre, tus manos están agarradas a una driza, tu rostro vuelto hacia atrás, cargado de aprensión; es algo que me ayuda a imaginar tu vida, una vida que comienza el veinticuatro de abril de 1945, al final de la Segunda Guerra; tú no lo sabías, pero Buchenwald acababa de ser liberado y de allí regresará tu tío; el hermano de Nathaniel, de Oved, el tercer hijo del antepasado que no les había dicho *adiós;* el tercer hijo volverá vivo, su cuerpo decaído y silencioso, todavía más mudo en el arte de decir las oraciones que Oved cuando murió; y ese veinticuatro de abril, pocos días después de la muerte del presidente Roosevelt, en esas horas de espera y esperanza en que los soviéticos rodean Berlín mientras un último impulso reúne en el valle del Elba a los ejércitos del Oeste y del Este para el asalto final que habrá de precipitar los tiempos venideros, los de la Reconstrucción, y luego los del «Sueño Económico Europeo» que te tiene por una de sus hijas; y en esa imagen –hay tantas que trato de quedarme con las que más me impresionan–,

para mí tus dedos sobre la driza apuntan hacia el hermano, hacia la «cuerda» con la que se habrá de matar; tu mirada me obliga a detenerme, la misma mirada de tantas otras veces, inquieta; en ese gesto me parece ver una encarnación de tu cuerpo dividido entre lealtades diversas; y las nombro, Esther, para que las percibas conmigo: en tu juventud está presente ese nuevo orden de las mujeres que se liberan, y, sobrevolándolo, está la gloria de tu padre, Nathaniel, y estás tú buscando su aprobación; querías tener éxito, *hacerte un nombre*, pero a pesar de todo, te pasaste la vida entera buscando la consideración de tu padre; luego también está, aunque eso llega más tarde, esa lealtad estúpida que creías deberle a tus hijos –tus dos hijos, Jérôme y Teseo–, y que dejas en manos de una madre por delegación; la impronta maternal, por mucho que te entristeciera, le acabó correspondiendo a ella; porque en materia de infancia todo es más animal, el vientre se une a la mano que nutre; y tú, tú estabas trabajando, llegando tarde por la noche, escribiendo tus artículos de madrugada, redactando, pasando a limpio; pero lo que más te agota, madre, son los problemas que conlleva tu liberación; te ves como una mujer que avanza, que se afirma, pero más allá de la preciosa libertad que comporta el hecho de realizarse, te desgastas tratando de controlarlo todo; te gustaría proteger a los tuyos –a tu padre, a tus hijos, a tu marido– y no prestas atención a lo que eso te cuesta; y es que hay demasiados hombres a tu alrededor, madre; en la prensa defiendes tu parcela; y una vez lo has logrado, proteges a tus hijos porque quieres que tengan éxito; y están también tus hermanos, que te fastidiaban cuando eras niña, que se burlan de tu trabajo diciendo que *los periodistas son estúpidos;* es verdad que no dicen *estúpidas;* para las mujeres tienen otras palabras como *putas;* ¿te acuerdas, madre, de la presión de esas miradas de los hombres? tus hermanos te quieren, eso está claro, pero no lo dicen porque en esa familia las emociones se las dejan al antepasado, a ese *kadish por Oved* del que nadie habla; además, es algo más fuerte que ellos, son chicos que nada entienden de toda su violencia; hacen comentarios sobre las faldas, los trajes de baño, las siluetas de las chicas que les pasan por delante; lo llevan dentro desde el colegio, no es que sean malos; tú los definías diciendo *machos*, pero es una palabra tan anticuada; en ese entrelazado de miradas masculinas *pre-me-too*, tú eres la única chica, tu padre está demasiado ocupado en sus asuntos como para protegerte, demasiado ocupado en su prosperidad, en su seducción; en cuanto a tu madre, no acierta a darse cuenta de cuán importante es defender tu voz; pertenece a otra época, no es consciente de la urgencia de reforzar un linaje de mujeres, un poder de mujeres, una relación de mujeres en el mundo para contrarrestar el reinado y el linaje de los hombres que mueren; mientras que tú, por el contrario, sí que lo has comprendido; tú deseas escapar de esas risotadas, de esas burlas de los hermanos, de esas palabras de los hombres poderosos que disimulan su

miedo; quieres labrarte una vida libre en ese oficio que tanto amas: la prensa; pero yo me he dado cuenta, es una lástima, Esther, pero nunca llegas a librarte del todo de esos ojos que te miran, porque en ti, mal disimulado, también habita ese mismo reproche...

¿en serio Esther no se ocupa de sus hijos?

cena fuera más de tres veces por semana

nunca va a hacer la compra, no se encarga ella misma de criar a sus hijos

¿y todo eso se lo encarga a una madre

por delegación?

es un sentimiento de culpa que no deja de perseguirte: dejar que se ocupen de tus hijos, confiárselos a una «mamá» sustituta; así que la llamas por teléfono, conviertes a esa mujer en tu confidente; Gatsby no se ocupa de nada, no sabe hacerse un huevo frito ni cambiar un pañal; a quien tus hijos llaman mamá es a ella, tan tierna, tan devota, la que está allí para ellos, la que les prepara la merienda y va a buscarlos al colegio: *¿están bien?* le preguntas dos o tres veces al día, *¿han llegado?* te sirves de ella para recuperar vía teléfono esos pequeños momentos de la existencia que tú te pierdes por trabajar día y noche; debo decirte que ese sentimiento que va creciendo en ti con el paso de los años, la sensación de ver pasar la alegría de la vida cotidiana, cuando los niños vuelven del colegio, cuando cuentan cómo les ha ido el día, el placer de ver cómo devorarán lo que les pones en el plato, esa la sensación de haber visto pasar de largo esos momentos tan preciosos, a mí me ha marcado hasta tal punto que yo he hecho lo contrario, mi queridísima mamá *sobre todo, no hacer carrera*

ser un hombre de interior

saber freír un huevo y cambiar los pañales estar lo más cerca posible de los pequeños detalles de la existencia

por otra parte, más tarde, cuando todo empezó a oscurecerse, ¿acaso no estuve a tu lado? cuando murió tu hijo, ¿no me quedé junto a ti, dejando todo cuanto entonces me ocupaba? ¿acaso no estuve también ahí para el hermano, en los días antes de que se suicidara? ¿acaso no abandoné mis proyectos cuando, al final de todo, había que bañar al padre? en esa vida del Este, en esa ciudad en

la que, a diferencia de París, los hombres y las mujeres vuelven pronto del trabajo para ocuparse de sus pequeños, donde nunca ves a una *nanny* en el parque ocupando el vacío de unos padres desbordados, me he convertido en un hombre-madre; estoy en ese lado del mundo y no puedo dejar de mirar a todos aquellos que corren apresurados por culpa de sus ocupaciones, que se dicen «sobrecargados», como poseídos; mira, Esther, yo trabajo en casa; las semanas en que tengo a mis hijos, no consigo confiarlos a una *baby-sitter*, ni siquiera para ir al teatro o trabajar más tiempo; estoy como enganchado a esa cotidianidad de la que huiste tú, y creo que eso me viene del terror que siento por si un día, en lugar de la ausencia, los niños conciben un gran deseo de muerte, de suicidio *cuando ya no perciben cuál es el deseo ni la esperanza del que nacieron*

cuando nadie antes que ellos ha hecho el trabajo de comprender el flujo informe y violento de las historias que nos atraviesan

desde que os fuisteis, madre, desde que el destino unió vuestros tres cuerpos ciñéndolos al siglo que hemos dejado atrás, a toda la demencia de Europa, de las naciones, de las creencias que callamos, de los nombres que ya no se pronuncian, yo cuido de mis hijos como una vieja loba; no quiero arriesgarme a pasar por alto su fragilidad: la seriedad de mi hija que se alzó contra el ciclo de las malas noticias y no conoció ni a su tío ni a ti, su abuela, y los miedos de mis hijos que vinieron después, cuando todo ese triste mecanismo ya estaba en marcha; mientras que tú, tú ese trabajo sobre el pasado, sobre la vida íntima, lo reprimiste para entregarte a la Actualidad y a la Alta Política; para entrevistar a esos grandes simios que creen gobernar y empujan su desesperante crecimiento hacia una ruina aún más vasta... al pensar en todos esos *líderes* políticos y económicos con los que te relacionaste a lo largo de tu carrera, pienso en una frase: «puesto que este desorden nos supera, finjamos que lo hemos organizado nosotros»

así es como se comportan

esos Grandes Hombres

que tú vas a entrevistar en Davos, en los islotes sobreprotegidos del Poder

en los Pasillos Deslucidos de la República y yo te pregunto, madre, ¿te parece que esa Actualidad a la que entregaste tu vida de verdad te necesitaba? y ese Poder de los hombres ¿valía la pena ponerlo por delante, siempre por delante? ¿era necesario malgastar tanta tinta y papel para conocer mejor qué es lo que

los mueve, qué es lo que hace que esos machos se pongan *cachondos* en busca de dinero y de reconocimiento? ¿no te parece que la Historia se acomoda a nuestra deserción? un solo artículo, madre, ¿merece que te pierdas una hora de la vida de un niño que tiembla? no me malinterpretes, no te reprocho nada, tanto me da que no hayas estado con nosotros más que muy de vez en cuando; hasta me habría puesto de tu lado si esa vida tuya tan saturada te hubiera hecho feliz; si al menos te hubieras asumido como una *working girl;* pero estaba esa preocupación que no te dejaba en paz, es la preocupación que me recuerda esa foto y que, de haberla tenido tú en cuenta, te habría llevado a sondear las mismas sombras en las que ahora vivo yo; ese terror que está ahí, en el corazón de tu linaje, que viene de Oved, del antepasado y quizá de aun más lejos; pero no, tú corriste tras una falta que no habías cometido; y esa falta, en los últimos meses, te atenaza...

no he sido una buena madre

dices

he hecho lo que he podido

añades apretando los puños

si por lo menos te hubieras relajado, si le hubieras dicho a tus hijos: *apañaos, yo ya tengo bastante con mi vida;* solo que tú no quieres dejar nada, tú quieres estar en todas partes; tienes miedo y no sabes por qué, no sabes nada, no quieres saber nada de lo que ha sucedido, de la razón por la que todo se derrumba; y aunque quisieras investigar, cuestionar la historia del miedo de los hombres, no podrías hacerlo; porque está esa ley, la ley que gobierna tu familia desde el suicidio del viejo Talmaï...

«no hay que abrir las ventanas del tiempo»

así que velas por tus hijos desde tus miedos; llamas a tu confidente, a tu amiga, a esa mujer a la que yo tendría que llamar *la madre de tus hijos*, y le preguntas si han tosido; tu inquietud envuelve a cuantos amas; vives en un mundo de terror en el que uno puede morir por una zancadilla, por una rama caída solo con que sople una ligera brisa; te montas películas en las que tus hijos se rompen la cabeza de un tropiezo, alguien los secuestra en una estación, se pierden, los olvidan en medio del bosque, y nunca llegas a identificar de dónde sale tantísima preocupación; y luego está esa tensión creciente entre lo que quieres callar y lo que quieres que creamos: tu familia perfecta, tus hijos, tu marido perfecto; no te das cuenta de hasta qué punto esa vida escondida que llevas, tu amor menguante por el padre, tu deseo oculto por el otro, el banquero, y todos tus miedos, resultan irrespirables *nuestra madre es tóxica,* me dijo Jérôme en los últimos días de su vida*, ¿te das cuenta?* y otra vez, gritando: *joder, Teseo, ¿no ves que esa angustia suya por nosotros, sus hijos, nos está destruyendo? nos han criado en el interior de sus putos miedos...*

lo descubrirás durante los últimos meses de vida de Jérôme, cuando él te lo eche todo en cara; entonces te derrumbarás; pero ahí, en ese velero, agarrada a la driza –en el mar nunca se dice «cuerda»–, con esa mirada ya tan trágica, todavía lo ignoras; te limitas a *aguantar*, que es lo que aprendiste a hacer de niña bajo la férula de tu padre, el glorioso Nathaniel: *aguantar* hasta el punto de comportarte violentamente con tu cuerpo; durante años los medicamentos te ayudarán; los hay para la mañana, para levantarte, para entrevistar a los

poderosos y definir los puntos de vista de los artículos por escribir; y los hay para la noche, los que te ayudan a dormir; eres una *moderna*, Esther, o eso es por lo menos lo que tú te crees; para ti el cuerpo es una máquina que debe obedecerte; de modo que lo fuerzas, lo presionas; y así es como cubres la actualidad para tus periódicos, ¿qué cubres? todo, la oposición al gobierno, el cierre de fábricas, las consecuencias de la caída del Muro, la apertura al Este, la esperanza de la prosperidad europea, la moneda única, Delors, Internet, la burbuja digital; corres de urgencia en urgencia hasta que tu hijo se ahorca; y a partir de ahí, madre, se acabó el sueño; el hermano que queda, yo, lo recuerdo perfectamente, paso por tu casa a ver cómo te encuentras; tu rostro se derrumba, es una fachada llena de grietas que hay que maquillar; y lo que yo leo en ese rostro tuyo no es ya una simple aprehensión, sino una falta que socava en ti auténticos abismos de impotencia y de vergüenza; porque va a haber que vivir con ese veredicto *Esther, la hija de Nathaniel*

ya sabes, la que tiene la mejor libreta de direcciones de París la Periodista

que entrevistó a Fulano y a Mengano y a Zutano y escribió el perfil del ministro de Economía y Finanzas ¿sabes quién te digo?, Esther

ah, sí... la madre del hijo que se ahorcó

durante las semanas que siguen a ese día gélido, ese día maldito en que mi hermano se suicida, repites como una posesa *he hecho lo que he podido, he hecho lo que he podido;* de momento, te obstinas, *saldré de esta, soy una mujer que aguanta, yo no me avergüenzo*, es lo único que has aprendido: la voluntad; pero ahora están esos pleitos que una madre ya no sabe a quién endosar; vas a tu periódico, a tu redacción, pero aquellas y aquellos que allí te esperan ya no saben ni cómo ayudarte ni cómo hablarte; tú te agotas, madre, negándote a concederle a los demás la imagen de tu derrota; el orgullo y el pudor que hay en ti se niegan a compartir nada; después de la muerte del hijo, tienes una esperanza secreta; se lo dices a tu amiga, a tu confidente...

quisiera dormirme, no volver a despertar

quisiera morir

y yo me acuerdo de nuestro último almuerzo el día de tu muerte, tú tratas de tranquilizarme, *te lo prometo, tengo cuidado;* pero, Esther, ese es otro episodio de tu ficción, el enésimo episodio de la *working girl* que soñaba con que todo se mantuviera unido, sus vidas secretas, su carrera, su destino de

madre; sin embargo, yo hacía meses que me daba cuenta, desde el uno de marzo del 2005 en que Jérôme, mi hermano, se ahorcó; ya no podías pensar más que en lo que había ocurrido, que a pesar de todo, de tu poder de madre que creías infinito, ya era irreparable; y tu deseo, *quisiera dormirme*, fue concedido; el veintiséis de enero, al final de la tarde, cuando sales del periódico, te quejas de un dolor de cabeza; algunos colegas te miran preocupados al marcharte; te sientas en la parte trasera del bus 83 y allí te duermes; exhausta, te sumerges en el sueño; y la policía me llamará a mí *¿es ella,* preguntan*, es tu madre?*

estamos a la espera de los resultados de la autopsia pero creemos que se trata de una rotura de aneurisma sí, una rotura de aneurisma

el día del nacimiento de tu hijo, Jérôme

a la hora exacta en que nació treinta y cuatro años antes el 26 de enero de 1973, al principio de una crisis que ya no terminará

y algunas noches de su invierno alemán, en el Este, el hijo que queda siente que no va a llegar; que no bastará con escuchar sus heridas, con seguir el meridiano de los antepasados, el *dai mai*, la línea de unión entre el cielo y la tierra; *que no va a funcionar;* que por mucho que perfore el velo de ficción en que ha crecido, nunca llegará al otro lado, el plano dos de la vida, allí donde todo se comprende y se reúne en una sola historia, donde los miedos del antepasado se entrelazan con los de Nathaniel, quien se los deriva a su hija, Esther, quien se los transmite a su hijo Jérôme envolviéndolo todo en silencio; por más que Teseo ponga a prueba lo que percibe y se enfrente a las evidencias *–the pieces of evidence–* que hay repartidas por el suelo, por el suelo alemán, no va a ser suficiente; porque lo que ahí descansa, esas imágenes esparcidas, esa masa inerte del tiempo que lo derrumba, es la causa por la que, para él, hay demasiado pasado y ya ningún futuro; y aunque espera atravesar esa noche, los meses siguen pasando y todo se vuelve más grave *estas cajas llenas de archivos,* anota*, pesan sobre mis huesos; sé que, en otras familias, las guardan en sótanos o buhardillas; a veces almacenan su contenido en discos duros o en lejanas* clouds*, para que los del futuro puedan vincularlas con sus propios nombres; creyendo aligerar, desmaterializamos; en otros países, menos preocupados por conservar el pasado, el archivo se destruye convirtiendo el borrado en la imagen invertida de la materia; pero más allá de la técnica utilizada para retener el tiempo o para anularlo, está esa ineludible realidad que a mí me lleva al derrumbe: el peso, el peso de todo cuanto ya no es...*

ese peso está en el origen de su caída, y Teseo lo siente; capta el modo en que su cuerpo se ha tensado al encontrar los archivos: la huida, las múltiples formas del olvido; luego siente cómo acababa por romperse; tenía la esperanza de ofrecerle a sus hijos una tierra nueva, pero ha fracasado: el peso de la memoria, de cuanto queda de los suyos, de su lucidez ausente, de sus miedos no formulados, ya no lo abandona; y al reencontrarse con sus rostros, comprende que la única salida es derrumbarse de verdad; pobre hermano, a ese joven de repente tan viejo le gustaría tanto ocuparse de otra cosa; de sus hijos, de la vida tal como llega, del presente que está en llamas, del futuro que lo apela; le gustaría partir a la India o al mar Mediterráneo para curar ese mundo enfermo; pero ya no puede nada, el cuerpo se lo impide, lo arrastra, lo obliga a permanecer acostado...

piensa

el cuerpo cae porque la herida es el sentido que nos queda el dolor está ahí para conectarnos con el mundo con la materia

con lo que el cuerpo sabe que no queremos ver el dolor es lo real, es la Tierra

cuando el poder ha terminado

de agotarla

y ahora su cuerpo le obliga a *abrir las ventanas del tiempo*, a seguir las señales que se elevan desde el corazón, los pulmones, la médula espinal, a interrogar el pulso que late en sus sienes, el plexo y el diafragma anudados en él hasta el punto de asfixiarlo; ¿qué sabe ese cuerpo que él no sabe? ¿acaso esa memoria, esa larguísima memoria, es como el lecho de los ríos y no necesita palabras?

se entrena para sondear ese cuerpo-memoria escuchando lo que en él acecha comprimido; por eso aprende a meditar; se convierte día a día en un disciplinado soldado de la escucha: beber mucho, renunciar a toda proteína animal, caminar aunque el dolor se lo impida, acostarse una hora por la mañana, una hora por la tarde y una hora por la noche para experimentar ese poderoso arte de la escucha; y eso es todo: una salida de la escuela, unas compras muy modestas, una comida que preparar cuando sus hijos están en casa... ya no puede cargar con nada; cualquiera que se cruzara con él de

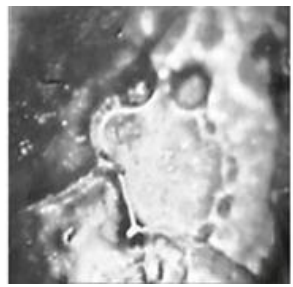
camino entre el *Denn's* y su casa, lo vería de puntillas como un curioso pajarillo impedido; levantarse le duele, agacharse le duele; hay días en que tiene que pedir ayuda para atarse los zapatos; a menudo se los pone sin siquiera meter el talón; es dura esa vida de Teseo en el Este, no es fácil imaginárselo; un padre estropeado a quien sus hijos ayudan cuando viven en su casa, que tiene que aprender a vivir con ciertos gestos: no darse la vuelta, reducir la amplitud del movimiento, no salir casi nunca; se ve como un Oblómov de la desgracia; y descubre el largo viaje de los meditadores; ya no puede ni correr ni caminar de verdad, mucho menos jugar con sus hijos; pero se consuela explorando ese continente que no conocía y que descubre meditando; por ese camino lo guía un amigo terapeuta; Anselme, que ese es su nombre, ha sabido reunir para sus pacientes los conocimientos de las medicinas integradoras: ayuno, escucha activa... Teseo se remite a su magisterio; durante horas viaja en la posición que los indios llaman *savasana* –«la postura del cadáver»– echado de espaldas, con los ojos cerrados, los brazos a lo largo del cuerpo y palmas hacia arriba; y así espera, a veces llorando, a menudo rezando; confía sin creérselo demasiado en que el cuerpo llevará a cabo las operaciones necesarias, eso que la ciencia llama la autopoyesis...

> *llevará su tiempo,* le dice Anselme; *puede que dos o tres años; lo más urgente es liberarte de los medicamentos; así que, de eso, ya vale; y créeme, con un poco de práctica tu cuerpo empezará a movilizarse; verás cómo aparece un cuerpo-memoria* –el primero en utilizar esa expresión fue él, Teseo lo recuerda...– *el cuerpo-memoria es lo que el cuerpo sabe, lo que te lleva a descubrir;* y para explicárselo mejor, añade: *no tienes más que pensar en un acantilado en lo alto del cual hay unos árboles; imagina que tu vida es la capa exterior de los árboles en la cima, mientras que lo que está en tus huesos, lo que ha sedimentado a lo largo de los siglos, son las rocas de los antepasados, todas aquellas y aquellos que te han precedido; eso es lo que el cuerpo quiere que descubras, toda esa piedra que se ha forjado alrededor del agua, esa agua del tiempo que fluye en ti; por eso hay que seguirla, para ponerse a la escucha de cuanto sabe...*

Anselme se niega a escuchar las quejas sobre el padre, sobre la madre; en su gabinete le lee pasajes de *La energía humana* y del más reciente *El corazón de la materia,* de Teilhard, viejos tratados de medicina china; le habla de François Roustang, de *El fin del lamento;* lo pone en guardia contra ese placer siempre sospechoso que a veces experimentan aquellas y aquellos que se presentan como *seres sufrientes;* lo acompaña inculcándole las técnicas de lo

que él llama «un viaje en el tiempo»; para el hermano que queda resulta extraño, muy extraño verlo navegar entre esos conocimientos de iniciado con semejante agilidad y sin vacilación; Anselme está convencido de que, a través de las fuerzas del espíritu, uno puede reprogramar su agua, y por lo tanto, su vida; eso para Teseo significaría salir del laberinto; pero el dolor no cesa y nada de cuanto le enseñan tiene aún efecto alguno...

molécula de agua vista en el microscopio
en un momento en que suena
la grabación del sonido del universo «Om»



molécula de agua atravesada por los gritos del cantante de Metallica

Anselme se adueña intuitivamente de los resultados de Masaru Emoto, el japonés que estudió las diferentes estructuras del agua y la variación de los cristales en función de la información que los atraviesan; sostiene que nuestra materia humana *es agua*, y que es importante relacionarse con ella para reformar sus cristales; aunque no lo exprese claramente, trabaja con la idea de que la vida, el dolor, la angustia, el miedo, la ira, el odio y, con ellos, la química de lo que comemos, todo ello transmite información a los cristales de nuestras aguas; y si nos cuidamos de inyectar en esos cristales pensamientos de amor, de gratitud, si los alimentamos con material no contaminado,

vuelven a encontrar el camino de una mayor vitalidad y pueden reparar las estructuras viciadas; un día, Anselme le enseña una molécula de agua atravesada por los gritos del cantante de Metallica; luego otra envuelta por las oraciones de unos monjes tibetanos, el agua modificada por «Om», el sonido del universo; y le explica que poco importa si él, el hermano que queda, cree o no cree en los resultados de esos estudios y en esas imágenes del agua bajo el microscopio...

«... nuestros pensamientos se originan en la química del cuerpo en las tensiones que en él se imprimen

somos una materia que no deja de presentarse en forma de lenguaje

y la meditación es el arte por el cual salimos del recinto embrujado de la lengua

gracias a ella, ofrecemos descanso a cuanto vive sin palabras, un descanso sin el cual la materia, y por consiguiente el cuerpo, no pueden hallar la paz

y acaban desgastándose, agotándose, tratando de obedecer a las palabras, a lo que le exige la mente ese terrible tirano...»

Anselme continúa enseñándole que los científicos estudian los cerebros de los meditadores para entender cómo reaccionan ante las señales que se les envían; cruza los resultados de diversas investigaciones en neurociencia, en cancerología, en biología celular, musicología neuronal, antropología, dietética; sigue los trabajos científicos sobre los efectos del ayuno, sobre los procesos del envejecimiento, sobre la acetosa que *estimula* el espíritu de quien ayuna; compulsa los artículos sobre los vínculos entre medio ambiente, alimento y sistema inmunitario; le anuncia al hermano que queda que, gracias a la práctica continuada de la meditación, pronto asistirá a una metamorfosis; le dice que no hay otra forma de darse cuenta que practicando, día tras día, semana tras semana; entonces Teseo se acuesta y escucha...

«el agua, el agua de los huesos, el agua de los tobillos, el agua de las rodillas, de las caderas,

el agua del esternón y el agua de las vértebras el agua del corazón...»

sigue la guía del amigo Anselme, aunque todavía se resiste; esos saberes están demasiado alejados de todo lo que ha aprendido él, el moderno; piensa que de

estudios existen muchos, y muy a menudo son discutidos; ¿acaso no vio cómo su padre, en los últimos momentos de su cáncer, confiaba en los curanderos? sin embargo, Gatsby, su padre, no se salvó; el cáncer siguió su camino... Teseo tiene numerosas razones para no creer en esa fuerza de autocuración, la *autopoyesis* oculta en el corazón de los vivos; pero como no le queda otra salida, como ningún doctor consigue ayudarle de otra manera, lo acepta; por lo menos transige con confesarse vencido y aprende a abandonar sus certezas; en particular, las que fundamentaban su fe de moderno; lo racionaliza pensando que lo viviente es un grandísimo enigma, que el cuerpo y el mundo están unidos por infinitos vínculos, que ningún aparato permite estudiarlos todos; *bien que puede refugiarse en la meditación;* en el peor de los casos, no lo salvará; por supuesto añora la comodidad de la vieja confianza en la ciencia, que es como fue criado; esa idea tan francesa, tan cartesiana, de que el cuerpo es una máquina, que era lo que pensaba su madre, su padre, pues vivían en la estela de un dogma establecido, *a la manera de Pasteur*, según el cual los agentes infecciosos son entidades susceptibles de ser destruidas gracias a los medicamentos adecuados; y cuando Teseo vuelve a ver a Anselme entre las sesiones de meditación, el amigo se ríe de su resistencia...

> *recuerda,* le dice Anselme*, lo más importante es la expiración; dos o tres segundos de pausa; ahí sentirás que tu sistema parasimpático se activa; se trata de la parte del sistema nervioso que trabaja para calmarte, para regular la producción de noradrenalina; si meditas regularmente, eso aliviará los vínculos corazón-cerebro;* luego añade: *cuando la gente tiene miedo, inspira, y entonces ventila; cada vez que esto sucede, el cuerpo lo comprende y acelera; la inspiración es la señal de esa aceleración; es lo que hacemos también cuando bebemos café, cuando vemos una serie, cuando nos cabreamos delante de la tele; el sistema simpático se dispara; la gente en situación post-traumática, como tú, me refiero a cuando encuentras a tu hermano en el suelo después de que tu padre lo descuelgue... esas personas muchas veces ya no pueden volver a bajar; es como cuando en* La naranja mecánica *al tipo le abren los ojos de par en par; tú estás pegado a una película de terror y no puedes apagarla; eso significa que tu sistema nervioso ya no puede frenar; bajo la influencia del estrés, lo parasimpático permanece en alerta constante; como eso que me dices que cada vez que suena el teléfono crees que va ser alguien comunicándote la muerte de un ser querido; lo que has visto te asusta tanto, tienes tanto miedo de esa cosa que se llevó a tu hermano que ya no puedes volver a bajar; examinando tus pruebas de* EMDR *–Eye Movement Desensibilization and Reprocessing,* una terapia para tratar

los síntomas postraumáticos a la que recurrió Teseo–*, veo que vives con el mismo nivel de alerta que un soldado en plena misión...*

Teseo, ignorante, moderno y vencido, debe reconocer que ahí es donde se encuentra: en él el pasado es una mina que explota, que ya se ha llevado por delante a su hermano y que espera un poco más allá para llevárselo también a él; tiene miedo por sus hijos, pero ignora de qué; es una alarma que nunca se desconecta y que anuncia una catástrofe venidera, pero *desde el pasado;* desde las imágenes a sus pies, desde las cartas de su hermano, de su madre, desde lo que ha leído en el manuscrito errante que parece un hechizo; entonces medita, aprende a exhalar; le habla a su agua mientras trata de acallar las voces que se alzan en contra: va a ser que no, piensa, esa idea del cuerpo que se cura él solito, que si le damos tiempo encontrará el camino él solito, venga hombre; me la están pegando, como mi padre en sus últimos días, como mi hermano; estoy reproduciendo los mismos errores que ellos; ellos también creyeron que se iban a curar; el padre prendiendo cirios y aprendiendo a mantenerse en la posición del loto, el hermano saltando al vacío...

el cuerpo es una máquina del tiempo, dice Anselme, *a través de la escucha, puedes intentar escuchar la información inscrita en el fondo de tu materia, de tus células, en tus cromosomas; el agua* –esto es algo que repite a menudo– *supone el setenta por ciento de tu masa corporal; el noventa por ciento de tu sistema nervioso; así que lo que vas a hacer es hablarle a toda esa agua que circula por tu interior; y cada vez que te acuestes, te entrenarás para seguirla; levanta los talones, los pies, los dedos de los pies, y escucha el agua en los fémures; mientras lo estés haciendo, piensa en lo que te han transmitido los antepasados: las alegrías y los sobresaltos que experimentaron; no tienes más que decirte que lo que hay ahí almacenado son discos duros del pasado; interroga todas esas tensiones en cada lugar de tu cuerpo; tienes que aprender a leer en ellas como en un libro abierto...*

y ese conocimiento otro, profundo, iniciado que así descubre le parece un extraño poema orgánico o una oración sin dogma, sin ritual; no sabe adónde lo llevará, siente un oleaje interior que no acierta a nombrar; se da cuenta de hasta qué punto ha estado viviendo en la ignorancia de esa cosa llamada «cuerpo»; se centra en expirar como le ha enseñado Anselme; el músculo del corazón golpea, sus sienes repiquetean; al meditar, tiene la impresión de estar conociendo partes enteras de aquello en que se ha convertido; una masa compacta de recuerdos traumáticos y de miedos; de momento, sobre todo

toma conciencia de lo que ha estado ocultando: unos terrores que no sabe de dónde vienen; mientras permanece acostado, a la escucha, trata de frenar el flujo de sus pensamientos; porque su espíritu se separa, se aleja del cuerpo; la palabra «miedo» se le hace presente, se siente arrastrado hacia los recuerdos, hacia las imágenes; otras veces es la palabra «cólera» o la palabra «muerte»; al meditar, tiene la sensación de habitar en el limbo, entre la lengua y las cosas, allí donde se produce el corte, la desconexión; recorre el enorme laberinto en él, donde habitan las imágenes que tanto teme; trata de ya no querer nada, de acoger la ausencia y el vacío; se sumerge en las aguas del tiempo dejándose guiar por los temores de la materia, por los nudos de sus nervios; hay momentos en que se siente arrastrado por las visiones; porque el espíritu –eso los meditadores lo saben– tiende a tomar el ascendente; entonces ve la imagen de su hermano justo después de que el padre haya desatado la cuerda; y día tras día, va comprendiendo con mayor precisión que sus nervios han reproducido en él la sensación del ahorcado...

¿qué pasa cuando uno está ahí

se pregunta el cuerpo de Teseo

como el hermano, atado a una tubería de gas?

¿qué sucede en los últimos momentos
cuando la cuerda se tensa, qué músculos se contraen?

¿qué ven los ojos del hermano cuando la sangre ya no los irriga?

¿qué sienten los pies cuando pesan en el vacío?

en ese instante ¿la producción de endorfina permite desconectarse del cuerpo

tal como afirman aquellas y aquellos que practican los rituales de suspensión?

¿acaso la endorfina que se produce permite salir de sí mismo tal como afirmaba «Fakir Musafar»?

¿acaso la endorfina permite
encontrarlo todo al final de la noche que viene?

¿un resplandor de luz?

a ti, hermano, en los últimos momentos,
¿te asaltó la sorpresa de recobrar las palabras
olvidadas de la oración?

por mucho que trata de recuperar las fuerzas gracias a ese curioso sueño del cuerpo, a ese paradójico sueño en que el espíritu vagabundea y los nervios disponen del tiempo necesario para llevar a cabo sus operaciones, Teseo pierde la esperanza; teme que eso que intenta escuchar *desde la materia* no lo lleve a ninguna parte, que al final la vida sea simplemente estúpida y carente de sentido, que el agua no siga las vibraciones de sus emociones, que la gratitud no cambie nada; ni la bondad, ni el amor; teme hacer todo ese esfuerzo en vano, que la fe de Anselme en la autopoyesis no sea más que un cuento; un bonito cuento de la respiración y del agua; un mito de la resurrección para los tiempos venideros; bascula entre la esperanza y la derrota, entre el esfuerzo y el colapso; le gustaría tanto no tener que volver a sumergirse en esa materia, dejar que todo se desvaneciese y *volver a la vida, al presente;* pero no tiene elección; el agua, el agua del cuerpo, la memoria que reside en los huesos... lo hace todo como le ha enseñado Anselme; luego se levanta y detiene la voz que lo guía, abandona *savasana*, la posición del cadáver; se levanta con prudencia por miedo a que los dolores de espalda vuelvan a atenazarlo; lleva su mano una vez más al montón de imágenes para comprobar si, ante los recuerdos de los suyos, los dolores se han calmado;

ahora que sabe respirar ¿tiene menos miedo del archivo derramado sobre el suelo alemán?

> *voy a alejarme de tu rostro,* le dice Teseo a Esther, su madre, dejando caer su fotografía; *intentaré no volver a pensar en ti ni en tus pleitos pendientes; intentaré acercarme a mi verdad de niño; atravesar esos años dolorosos, esa época de los muertos; trataré de no dejarme arrastrar por las emociones de los últimos meses de vuestras vidas; por la rabia que sentías contra la mujer del hermano; ella, a quien acusabas de su suicidio, quien según tus palabras, con su vida tan ordenada y sus caprichos higienistas de madre joven, lo había empujado a darse muerte; en tus acusaciones, te ensañabas con la pareja, con la mujer de Jérôme, con la vida de la que él estaba huyendo; pero yo quiero alejarme de tus pleitos, Esther, de tus cegueras, así como de vuestros años gloriosos, tuyos y del padre, de ese «Sueño Económico Europeo» en que os quedasteis con todo; quiero ir al encuentro de mi hermano y, con él, de mi infancia...*

por más que Anselme le diga a Teseo que abandone esa senda tan quejumbrosa de la madre, el padre, el hermano –toda esa enorme estela del análisis que tiende a encerrar a los seres en el lenguaje, en torno al drama que es toda familia–, por más que le enseñe que hay que pasar por la materia, por el cuerpo, él sigue en el mismo lugar; necesita plantarle cara a las imágenes, lo siente; no son solo el agua y los vínculos corazón-cerebro; necesita encontrar un hogar, un pasado, una genealogía, y eso que él siempre odió hacer algo así; a tal efecto busca la ternura, una imagen del pasado a la que poder aferrarse para darse valor; en ese momento, de entre todas las fotos en blanco y negro surge una en color; la coge, la pone sobre el atril tras arrojar la imagen de su madre al montón del suelo, y la observa, al principio con un sentimiento de extrañeza; en ella encuentra el rostro del hermano a los ocho o nueve años; una edad en la que la vida todavía era placentera...

> *eso es lo que es ese rostro,* piensa: *un rastro de la indestructible infancia, cuando las grietas que habrían de vencerlo aún no habían aparecido; antes del traslado a París que nos arrebató los bosques; antes de que fuéramos arrastrados a las aciagas tensiones de las disputas contenidas; antes de que el hermano comenzara a pronunciar sus frases de poseído: «no tengo cojones, Teseo, tengo miedo y no sé de dónde viene...»*

gracias a esa imagen, se las arregla para escribir *yo tuve un hermano*

con esa ternura que se refleja en la foto tomada por el padre, lo mismo que casi todas las fotos, señal que quien escribía la leyenda era él; una leyenda feliz, aventurera, llena de vacaciones al sol, de viajes de cabotaje en velero, de isla en isla por los archipiélagos; aquí, en esa foto, la historia es la del padre y el hijo que zarpan al amanecer para ir de pesca; Gatsby habló de ello en su discurso de despedida del hijo, en la capilla de los sacerdotes obreros que el hermano muerto había aprendido a amar: *la capilla de los sacerdotes obreros* bajo la estación de Montparnasse, bajo los muelles abarrotados y ruidosos, como si se tratase de la sentencia inadvertida de todo lo que estaba condenando al suicidarse: el capital, el poder, y cómo una familia, para responder al miedo, al temblor, se replegó bajo la protección resiliente de un relato del éxito: *la capilla de los sacerdotes obreros* para «Jérôme», mi hermano, ese nombre que como el de mi madre Esther, la que no confiesa su fe, encubría malamente la vida judía, pues aludía a quien recibió el encargo de realizar ese rapto de la primera traducción del hebreo, del arameo, al latín, al cristianismo... así que el padre, el día de la misa de despedida de Jérôme, habló de esas jornadas de pesca con su hijo; al hermano que queda, Teseo, le viene a la memoria cuanto le gustaba al hermano muerto: irse con Gatsby a unas calas, al abrigo de las miradas: entonces tenía a su lado al padre siempre ausente; para Jérôme, la pesca era un tiempo de serenidad, en un mundo en que la serenidad brillaba siempre por su ausencia; pues así era mi hermano, ni fuerte ni poderoso: *era un muchacho dulce;* y Teseo se ve embargado por una tristeza repentina cuando, ante esa imagen, constata que logra decir *esto es mi hermano*

aunque reconoce que Jérôme ha podido tomar otras mil caras, aunque el hermano muerto haya podido ser irónico, desengañado, solitario, generoso o burlón, él sostiene que esas otras formas se desarrollaron más tarde; sostiene que ese que acabará acusando a la madre, al padre, destruyendo violentamente con su muerte la ilusión de la familia feliz, ese que al final cayó en sus brazos llorando, gritando: *tengo miedo, estoy aterrorizado y no sé de dónde me viene, no sé de dónde me viene ese puto miedo*, ese también llegó después; lo que de él aparece con motivo de ese día de pesca es cierto; en la imagen, Teseo observa el lago, el sombrío avance del acantilado en segundo plano, el chaleco rasgado; reconoce a Jérôme, por supuesto, el hermano mayor que estuvo a su lado durante todos los años de la infancia; mas percibe también una distancia, una cierta extrañeza; es el velo que ha colocado entre él y su pasado; y no llega a conectar esa sonrisa, esa mirada de tímida bondad, con una *memoria interior;* todo en la foto permanece tristemente, fuera de sí; nada remonta desde el cuerpo porque, en lugar de la ternura, del rostro dulce del muchacho que pesca, él ve a Jérôme en sus últimos días, en casa, cuando sus ojos de angustia apenas lograban fijarse; y ese café donde le hizo prometer que no se mataría, donde hasta llegó a pegarle para asegurarse de que iba a cumplir su palabra; el frío que hacía aquel día, las preguntas insensatas que repetía Jérôme; luego su partida, cuando se fue hacia el apartamento desierto... y finalmente, esa tarde en que tratan de localizarlo, en que el hermano que queda se mete en un taxi y recibe un mensaje diciéndole que tiene que *acudir rápido, rápido...*

seguir el hilo de la herida

enero de 2019

en la noche de invierno, en el Este, a Teseo, el hermano que queda, le toca interrumpir su investigación, pues se siente asaltado por una ira genealógica y un odio impotente; entonces se va a gritar a los parques de los alrededores, en esa ciudad donde nadie lo conoce, donde en medio de las calles encuentra alcobas de soledad, páramos todavía salvajes...

no debo permitir que la violencia se apodere de mí piensa

y camina por la noche alemana tratando de iluminar su pasado, tirando del hilo de la herida; y así puede parar de mirar las fotos durante días, dejando ir el flujo de los miedos que le legaron los suyos; *amar*, piensa, *amar a los míos a pesar de todas las cargas que me han transmitido;* y esa esperanza de paz y de un amor recobrado lo embarga; *no dejarse arrastrar por el odio, no envolverse jamás de sufrimiento;* pero hay días en que no tiene fuerzas para tanta esperanza y se dice que, si se dejara llevar por la guerra familiar, todo sería más sencillo; como el hermano que falta, Jérôme, que los acusó de todos los males y especialmente de haber causado su desgracia; también él podría seguir ese camino, el camino de la muerte y las acusaciones, echarle *la culpa al otro, pero ¿qué otro?* podría considerar a su padre, Gatsby, un enfermo y un anciano, un «fracasado»; a la madre una «angustiada terminal», y sembrar por doquier el veneno de su herida: el dolor de ser; pero ¿a quién dirigir sus quejas? ¿a quién escribir ahora que ya se han ido? lo que en él grita en silencio –Teseo no deja que nadie lo vea– es el dolor físico –¿por qué a él?– y el horror; durante los trece años que siguieron al suicidio de su hermano mayor, ha estado incubando la sensación de que lo han arrancado de *su existencia;* esa *existencia* que no consigue encontrar de nuevo, ya que su cuerpo no lo deja en paz; ya que se debate con el recuerdo de Jérôme, el traductor, el que debería haber suturado todos los textos del pasado y que no respetó su promesa; pues le había anunciado con una frase solemne...

no me mataré, Teseo, no me mataré

no te preocupes

y sobre todo, no solicites la HDT

–la hospitalización a demanda de un tercero– *te lo prometo, díselo al padre, a la madre no voy a matarme*

y al suicidarse cuatro días después de jurarle eso, *no voy a matarme*, Jérôme le robó su alegría y también eso que él, hasta entonces, había considerado su

suerte; desde entonces, sus huesos son de arena y la pena deshace la forma que creía haber tomado, destruyendo sus defensas grano a grano; se disuelve en la noche, no confía en que un día pueda recuperar algo así como una vida; su hermano mayor le robó su posición de *segundo*, ahora Jérôme muerto es mucho más joven que él; y los miedos de su linaje, después de haber pesado sobre su hermano, han empezado a fundirse en él; Teseo tiene la sensación de haber sido extraído del presente por la muerte de los suyos; les guarda rencor por haber sido tan ciegos, por haberlo privado de los años más bonitos junto a sus hijos, cuando todo debería haber sido impulso, ganas, sed; los sucesivos lutos lo han vuelto viejo y ahora se pregunta si, buscando el perdón, sigue el camino correcto; si lo hiciera al revés y les devolviera la violencia acumulada, ¿lograría ponerse en pie? siente que sus huesos se agrietan, la región media de su cuerpo lo atenaza, las raíces de sus dientes se están pudriendo; Teseo debería acceder a cuanto saben sus huesos, a lo que se le aparecerá más tarde cuando llegue a oír la coherencia de los recuerdos, de los flujos de sangre, de las energías retenidas; pero sigue igual de sordo a ese hilo que lo conecta con las profundidades de las edades; de niño, cuando observaba las estrellas o se dejaba empujar por el viento, le parecía intuir una presencia; mientras contemplaba los astros desde su ventana, conversaba con espíritus inmateriales; se sentía un eslabón minúsculo entre la velocidad de expansión del universo y su cama infantil; pero desde entonces se ha pasado años cubriendo sus intuiciones con mil especies de deferencias modernas; y el miedo también las ha sepultado...

sin embargo, él se empeña

la herida debe de llevarme a algún lugar piensa

me muestra un camino

y aunque se equivocara

vista la forma en que se derrumba mi cuerpo no tengo otra opción

de modo que, a pesar de la apretura que siente en el cuello –¿la cuerda del hermano?–, a pesar de eso que le parte las costillas y le comprime los pulmones –¿el dolor de su padre?–, a pesar de la presión en las sienes –¿la bala atravesando la cabeza de Talmaï?–, se obliga a salir para caminar, para que su espíritu se airee, para exponer su piel al frío del invierno del Este, para que sus piernas no olviden los gestos que han aprendido: echarse hacia delante, reavivar la esperanza de que la tierra lo reconducirá y empujar más lejos el desequilibrio de vivir, el vértigo de existir; pero Teseo siente dolor, y ya ni siquiera puede *caminar*, ya no lo consigue; roto, encorvado, agrietado cuando hacia las once sale de casa, es como si a los fantasmas de la ciudad añadiese su silueta en pedazos...

piensa

he pasado cuarenta y tres años

en la Tierra

ya no puedo hacer nada, todo mi cuerpo se derrumba médicamente, Teseo ha perdido
el ochenta por ciento de su capacidad motora piensa

todo se derrumba y la vida está maldita y a los ancianos con los que se cruza en la calle los ve como a hermanos, porque ya sabe lo que es perder, temblar, cojear, comprobar que la muerte se aproxima; busca apoyos igual que ellos, un banco, un muro en que apoyarse; a veces se ve obligado a usar un bastón para que la presión que lo aplasta disminuya; siente el peso de varias vidas, pero no sabe cómo deshacerse de ese peso; tiene la impresión de que el pasado lo atropella; en los meses de ese invierno, más de trece años después de la muerte de su hermano mayor, se siente atraído por el suicidio *el suicidio,* piensa, *no es un acto libre, no es un hecho social*

es una solución

para liberar las almas muertas que pesan sobre nuestros cuerpos

una solución que evitaría esa travesía que tengo que llevar a cabo

y ahora duda si va a poder levantarse se pregunta

¿quién nos enseña a vaciar nuestros cuerpos del fantasma, de quienes se obstinan en vivir,
a través de nosotros?

Teseo está en el laberinto, Teseo tiembla entre los cuerpos yacentes de aquellas y aquellos que lo han precedido, Teseo oye al monstruo, a lo lejos, detrás de una pared, oye al monstruo que le espera, pero se obstina en avanzar, no por valentía sino porque su cuerpo no le deja otra elección; hace años le hizo prometer a su hermano que no se mataría, que regresaría al tiempo; él no querría traicionar el tiempo y lo que la existencia material exige; *aguardar* hasta dar testimonio de lo que en nosotros se transforma; *atravesar* el miedo de los hombres; y esa fe, esa esperanza que deposita en la materia,

en *eso que el cuerpo impone*, le ayuda a acoger el dolor; sin embargo, hay días como este en que quisiera renunciar; siente el aliento del abandono –*qué alivio sería no sentir nada más*– pero algo en él se obstina; ¿será precisamente la fe en que la materia es Dios?, ¿acaso una especie de intuición de que eso que lo abruma no le pertenece –¿*almas viejas atormentadas*?– y que hallará el modo de desprenderse de ello? para no ceder, Teseo se obliga a caminar; a pesar del dolor, camina... camina con la esperanza de levantarse; y al salir de su casa, después de haber bordeado el parque en que los niños de todo el barrio, cuando llega la primavera, se reúnen para jugar y reír, gira a la derecha para llegar a la Kollwitzplatz, donde le espera una escultura; es la figura de una *madre* que ese país en que él creía que iba a hallar refugio venera: Käthe Kollwitz, mujer artista que, durante la Gran Guerra, perdió a un hijo y se unió a los pacifistas, en una Europa febril que buscaba una salida a su declive en las voces escandalosas de los jóvenes fascistas; ella, Käthe Kollwitz, la muy virtuosa Käthe Kollwitz, durante los años oscuros, en medio de la bancarrota alemana, en medio de lo que en ese país busca y desea la muerte, se dedica a cuidar de los huérfanos...

y hoy, durante su paseo alemán, escucha los gritos de las vidas destruidas que aquí son numerosas; las voces de los desaparecidos se mezclan con las de los niños de los *Klettergerüste*, como si su cuerpo vibrara en la frecuencia del pasado; atraviesa los adoquines dorados, grabados en memoria de los desaparecidos, que constituyen el suelo de la ciudad del Este; pero se sigue negando a escuchar los lazos que en él se anudan entre las edades; Teseo es

un moderno, se obstina en ser un moderno y rechaza las *existencias invisibles* con las que de niño sí comulgaba; no ve más que el fracaso de su huida, las fuerzas que lo abandonan y la locura que acecha; baja hacia la Prenzlauerallee, por donde pasan los tranvías, y desde allí contempla eso que él llama su *Trümmerberg,* allá detrás de la masa descarnada de los árboles del Volkspark Friedrichshain; su *Trümmer-Berg*, su Montaña-de-ruinas...

¡cuéntame!

le dice la colina abultada con los escombros del siglo *¿cómo van tus fantasmas?*

¿hoy vas a lograr caminar hasta la cima?

... y antes de comenzar la ascensión, Teseo se sienta a descansar; en esos momentos busca algún apoyo, un poco de aliento; moviliza sus fuerzas *contactando* con lo que ha aprendido a identificar como el «centro», eso que en Japón llaman *hara* y en la India *svadhisthana*, el enlace entre las energías celestes y terrestres, el punto de encuentro de las fuerzas del espíritu y de la materia, bajo el ombligo, precisamente en el lugar en que, en él, todo cede y todo se agrieta; y además de buscar eso, ese *centro del ser* cuyo poder tanto le han alabado y que él no encuentra o acaso es tan débil, implora a los abedules, a las hayas, a los robles que le recuerdan su infancia, las alegrías con el hermano en medio de los bosques; luego se pregunta qué clase de oración –una oración a los vivos, a los animados y a los inanimados, *una oración material*– intenta elevarse en él

luego, al rodear la fuente en la entrada del parque, se da cuenta de que han ido

pasando los meses desde que llegó al Este y sigue sintiéndose igual de extranjero; esa fuente invernada, aquí se conoce con el nombre de *Märchenbrunnen*, en ella están esculpidos los personajes de los hermanos Grimm, de quienes su último hijo aprende los cuentos en la lengua del Este; y al pasar mide esa condición de extranjero; puede que se trate sobre todo de miedo, un miedo que no puede comprender pero que su cuerpo ha venido a buscar, a descubrir como al monstruo en el corazón del laberinto: Alemania, la lengua alemana y esos cuentos, *Hänsel und Gretel, Rotkäppchen, Schneewittchen und die sieben Zwerge*...

he querido destruir el francés

piensa

todas las palabras en las que crecí para

no volver a oír hablar de... no volver a oír hablar de ellos...

para renacer en otra lengua

pero ¿a qué podría aferrarse ahora Teseo?

¿cómo podría yo relacionarme con esas sonoridades «Trümmerberg», «Märchenbrunnen»?

y en esa ciudad, ¿puede Teseo aspirar a encontrar algo más que el rastro de una oración desaparecida y el recuerdo de Oved?

en cualquier caso, empieza a sentir que la energía de los primeros meses tras su salida de la ciudad del Oeste lo ha abandonado; que aquí su soledad ha acabado sumándose a sus lutos; su hogar sonoro, los nombres de los suyos, desaparecieron con la muerte del hermano, de la madre, del padre; luego, a esa destrucción añadió la de su lengua –el francés– que había sido la base de su hábitat; Teseo se ha adentrado tanto en ese camino de la desaparición, que ya no sabe con qué relacionarse; ya no tiene ni lengua, ni país, ni dogma, ni creencia; ni siquiera esa pobre fe en ser un moderno; lo que encuentra en lugar de los recuerdos de su infancia –la ficción francesa y la *success story* del glorioso Nathaniel– es una casa destruida; ¿y cómo reconstruirse a uno mismo a partir de unas ficciones hechas jirones, a partir de tantas leyendas, de tantos secretos? con esa pregunta en mente, se levanta y se lanza al asalto de la *Trümmerberg*, la Montaña-de-Ruinas, implorando a los árboles, al cielo de nieve y a los frágiles rayos del sol...

agárrate a esa luz, piensa

porque es la luz de un mundo que quiere nacer y luego

¿cuánto tiempo llevo atrapado en esta lucha contra el pasado acechante?

y también esto

¿qué he venido yo a hacer aquí, en la ciudad del Este, sino reencontrarme

con el judaísmo errante de los antepasados?

y mientras sube con esfuerzo hacia la cumbre, siente que su corazón está tan rígido, tan frío que ya no consigue ni reír ni llorar; su *dai mai* –el meridiano que separa la partes inferior y superior del cuerpo– le parece tan quebradizo como polvo de vidrio; los músculos de sus piernas ya no le obedecen; ahí lo tienes, pobrecito, sigue usando los métodos que le transmitieron siendo un niño, los *métodos de Nathaniel*, la voluntad, la voluntad, la voluntad...

no volver a creer en el esfuerzo

piensa

en todos los valores muertos de mi familia en esos relatos del Poder que ocultan la fragilidad no volver a creer en la vida francesa, en la reconstrucción alemana en el Melting-Pot Europeo ni en el Crecimiento resignarse al derrumbe

¿o es que en francés no se dice «sostenerse», «sostener a alguien», «sostener algo»?; pero Teseo ¿qué puede él sostener, si no son esos árboles cubiertos de nieve, esas ramas que parecen envolverlo?; mientras camina, se le aparecen ciertos vínculos del cuerpo con las palabras, aunque el dolor no lo alivian; y él entiende que la lengua del Este lo ha debilitado; en el Este se ha sentido cada vez más solo, cada vez más desequilibrado e inquieto; cuando se le aparezcan los vínculos con el kadish de su bisabuelo, el texto errante en homenaje a Oved, comprenderá cómo en él, el alemán se adentra hasta el corazón del miedo y despierta recuerdos sumergidos; pero de momento lo único que puede hacer es sentir su inquietud, y para recuperar el valor contempla los árboles desnudos; yo lo veo, vacilando en el camino que conduce a la cima de la colina, tembloroso de frío, rodeado por los abedules cuyo consejo desearía recibir...

¿por qué además de los duelos debe encajar también el dolor?

se pregunta

¿tiene algo que entender

o es solo eso

una fiebre de la memoria que se lleva la vida consigo?

esa mañana, en el sendero pavimentado que serpentea alrededor de su montaña, sobre la alfombra de hojas muertas, entre los árboles, se ha posado una fina capa de nieve; mientras avanza puede seguir su rastro, tras unos pasos se da la vuelta para mirar sus huellas *si ahí detrás quedan mis pasos*

¿tal vez también los habrá por delante?

y el estruendo de la ciudad a lo lejos queda sofocado por el follaje de los árboles; pero toda esa energía urbana que allí adivina, y a la cual trata de vincularse, piensa él, es la de un mundo que existe; la prueba de que, después de la más larga de las noches, todo puede volver a latir, a vivir; lo único es ese dolor que no lo abandona, cuánto desearía que la vida aún fuera soportable; a unos metros de la cumbre, la silueta de las oscuras ramas de un castaño sobre la planicie nevada del cielo lo conmueve; el perfume de la madera, de las hojas descompuestas, de la tierra...

¿estaré recuperando las sensaciones de mi infancia piensa

cuando el hermano y yo íbamos a jugar?

¿he venido hasta aquí para encontrar en otra lengua aquello que en la mía quedó destruido?

tú y yo, Jérôme,

dos judíos en bicicleta jugando a ser los niños de E.T.

avanzando, avanzando

a la velocidad de la luz en los bosques de momento, Teseo llora al verse separado de esa energía de los bosques; tan lejos de su infancia con el hermano, de la verdad de su infancia cuando salían juntos a correr y a jugar y a pedalear, contándose historias sobre los monstruos que vivían entre el follaje, en lo más profundo de recónditos senderos; eso fue antes de que Gatsby y Esther los arrancaran de la inocencia de esa vida, antes de que los arrastraran a su existencia agitada y llena de omisiones; caminando sobre los adoquines de la *Trümmerberg*, Teseo trata de acoger esa inteligencia del cuerpo, de la materia; allí donde la herida ya no sería una desgracia sino una suerte, el hilo del que tirar para entender por fin la causa de cuanto le sucede y devolverlo al presente...

si hay algo que pueda aprender

piensa

si a pesar de todo lo que tengo que pasar existe un sentido no lo habré perdido todo

y si llega por fin a la cima de la colina es porque cree en el sentido, porque él, el idiota, se aferra a ese sentido, a esa creencia loca en que, a pesar de todo el desorden, de toda la pena, *debe de haber un sentido*...

entonces el hermano se puso a hablar

primavera de 2019

estamos en mayo, Teseo tiene cuarenta y tres años, tras largas horas de tren a través de los bosques y a lo largo de los lagos, llega por fin ante la tumba de Jérôme, su hermano; es un día fresco de primavera en suelo francés, a pocos minutos en coche de la frontera suiza; avanza por la parte baja de un cementerio en suave pendiente, a unos minutos a pie de lo que, durante su infancia, fue la *casa de la familia*, un paraíso de verdor y rosaledas, de frambuesas, de robles y afilada gravilla que creó Nathaniel para reunir a los suyos y ofrecerles la dulce sensación de vivir en un país en paz, próspero, alejado para siempre del dolor de la Historia; y allí, junto al ayuntamiento en que se casaron sus padres en aquellos tiempos benditos del verano de 1969 –uno de los últimos veranos de la energía infinita y de la abundancia francesa–, llega junto a la tumba donde los enterró uno tras otro, primero a su hermano, luego a su madre y por último, como cerrando un ciclo, también al padre, al final de eso que llaman tan púdicamente *una larga enfermedad;* y ese día, las cimas de las montañas al otro lado del lago también están cubiertas de nieve; a su alrededor todo permanece en silencio; en la piedra lee las fechas del hermano, de la madre, del padre, luego se sienta en una repisa junto al rosal que dibuja un arco sobre la tumba; y como ahora sabe hablar con los muertos, Teseo cierra los ojos e inspira; por fin alcanza a escuchar lo que le dice su hermano...

¿qué sentido? *le pregunta a Jérôme* ¿qué sentido has encontrado en esta vida?

y también

cuéntame, ¿qué has entendido?

te he estado siguiendo, Teseo, prosigue el muerto; desde que estoy aquí, enterrado, te he visto vivir según esa creencia de que *la herida nos guía* y te he visto caer; te he visto cojear como un viejo en esa ciudad que elegiste para huir, al Este, y te he visto llorar; pero dime, ¿qué crees que estás haciendo? ¿crees que entregándote a la herida, al derrumbe, vas a salirte con la tuya allí donde yo fallé? ¿te gustaría, hermano mío, recuperar las oraciones, convertirte en un Rey judío de Alemania? ¿crees que la lengua y los libros están ahí para reparar algo? ¿piensas que con todo eso, los archivos, las imágenes, las cartas, las palabras que tratas de poner en lugar de nuestras voces, de nuestros cuerpos, vas a conseguir *limpiar el tiempo*? dime, Teseo, ¿quién te ha metido en la cabeza esa idea absurda de que los libros calman y el perdón existe? ¿crees que la vida judía, escondida a lo largo de los siglos, te ayudará a curar a los muertos? ¿en serio te parece que mi nombre, Jérôme, fue un lapsus de nuestras vidas marranas, de nuestro miedo a ser señalados? ¿esperas al

Mesías, Teseo, o solo una aparición de tu dios de los bosques, de los lagos, de los ríos, de los océanos y los glaciares? ahora crees que puedes hablar con las almas, conectarte con la vida invisible allí donde los huesos hablan, donde la materia es una e indistinta; tienes esa idea, ya lo veo, de que es tu deber de superviviente...

poner fin a todo lo que devora y relanzar la vida pero ¿quién te has creído que eres, Teseo? ¿crees que mi suicidio y el del antepasado y la muerte de Oved y los padres que tiemblan, los hijos que mueren, los hombres que caen, conforman un enigma que deberías descifrar tú? ¿crees que ese pasado, el que se oculta tras las leyendas del éxito, dibuja un destino que sería el tuyo? dime, hermano, ¿de verdad te parece que uno puede sentir nostalgia de una lengua que nunca supo? ¿de una oración que nunca aprendió? ¿crees que los sobresaltos de los antepasados quedan impresos en la materia de los cuerpos? ¿estás convencido de que los tejidos y el agua de que estamos hechos son como esa tierra destruida por la historia del Poder, de la Guerra, de la Técnica, cargada, llena, contaminada con nuestros desperdicios y legible para aquellos que saben escuchar? si has venido hasta aquí para verme, ¿es porque has encontrado algo? dime, Teseo, esa agua que andas buscando en tus meditaciones, ¿te ha devuelto la vida? ¿en serio piensas que vas a poder corregir la historia entresacando de la fragilidad, de las vacilaciones, la fuente de un segundo nacimiento?

ahora Teseo se vuelve hacia las cimas de las montañas, hacia el azul oscuro del lago que refleja el cielo; abre los ojos y luego los cierra y deja que los gritos circundantes de los abejarucos entren en él, como si esas vibraciones conectadas al mundo fueran parte integrante de su piel; inspira, expira, y cada vez es la totalidad del mundo lo que entra en él; ¿qué sentido tiene quedarse allí, se pregunta, en ese campo de piedras del cementerio? ¿no sería mejor abandonar a los muertos y sumergirse en el flujo de la vida? al acoger esa voz de ultratumba del hermano, piensa en los otros cuerpos bajo las piedras, en esa manera nuestra de rendir homenaje a quienes fueron nuestros seres queridos, olvidando la inmensidad de los vínculos que forman el todo de lo viviente, acurrucándonos sobre nuestros duelos humanos, en lugar de que nuestros muertos nos conecten con la Tierra...

hay una intuición que no te ha engañado, hermano *le dice Jérôme*

cuando creemos ser *existencias modernas*, comprometidas con el mundo, esa creencia arcaica nos apresa, nos posee; yo lo veo desde la muerte; veo esa especie de continuidad, en eso tienes razón, cuando estaba vivo no la advertí;

todo el tiempo queda reducido, como comprimido; los nombres van encajando entre las generaciones, hasta tengo la sensación de que la cabeza del antepasado está con nosotros en esta tumba; porque ese flujo entre las edades nos desborda, nada está separado; todo se entrelaza; veo qué es lo que has podido encontrar tú en «la posición del cadáver», *meditando;* veo las fechas que son como rebotes de vida en vida; la tensión que se apodera de ti en el lugar de los dolores antiguos; y tienes razón, todo parece anudarse en un solo ovillo; veo la generación de Talmaï, el antepasado, y la muerte del joven Oved, y el miedo; luego veo ese miedo apoderándose del linaje; oigo las palabras alemanas, el temblor que esa lengua revive en ti, desde el pasado; veo ese nombre judío que no debe ser pronunciado, el recuerdo de los exilios, de las errancias alrededor del mar, y ese extraño deseo de *devenir francés;* veo las oraciones olvidadas, la modernidad imponiéndose; en el ovillo hay secretos y hay una bala que atraviesa una cabeza; después el impulso, después la guerra, después la destrucción, para levantarse desde la nada; veo eso que Nathaniel construyó, el hijo glorioso del antepasado, su Imperio, su Industria, una empresa para alimentar a Francia; veo su fuerza y a nuestros padres y veo a Esther, su hija, veo cómo se comprometen por el futuro para alejarse de las oscuridades asesinadas; veo esa escena del Crecimiento, del «Sueño Económico Europeo», de ese continente europeo que espera curarse de sus identidades amargas, de su loca racionalidad; veo los años cincuenta y los *sixties* y los *seventies* y ese pobre mimetismo americano; luego el golpe de la crisis –octubre de 1973– y a partir de ahí, veo desmoronarse el relato glorioso de la revolución social, de la distribución justa de las riquezas propugnado por Nathaniel; y esa fachada, ese monumental *dead-washing* –igual que uno dice *green-washing* o *social-washing*– desapareciendo; el velo moderno que se desgarra, el regreso de las viejas heridas en el corazón de los años ochenta; y los pasados que de repente se funden sobre nosotros, los últimos del siglo; luego lo que se impone: el vasto retorno de cuanto había sido enterrado; eso es lo que veo, Teseo, hermano mío, mientras que nosotros, los modernos, teníamos la mirada fija en el futuro; pero en su avance hacia delante, los hijos del *baby boom* olvidaron lo arcaico: las viejas heridas, los miedos, las oraciones olvidadas y eso que apela a nosotros en la angustia, desde el vacío de la oración; un vínculo con la vida integral, con los pasados y los futuros; bajo el barniz de lo moderno, en eso tienes razón, hay una vida temblorosa que se apodera de nosotros, que se despierta; a fin de cuentas, ¿qué es el siglo veinte sino tres generaciones que creyeron en el futuro hasta que la fe en la promesa menguó? ahí es donde aparecemos nosotros, Teseo; también nosotros queríamos inventar el futuro, pero caímos en manos del temblor...

al salir del cementerio, después del entierro de Jérôme –¿o fue después de la

muerte de la madre, acaso del padre?– a Teseo se le acercó una anciana para confiarle que, tras la muerte de su hijo, ella mantuvo una conversación con él; la anciana le aconsejaba que hiciera lo mismo; luego añadió, confiada, que desde entonces ya no dudaba en pedir ayuda a su hijo fallecido; *puede hacerse*, le dijo, *pedir ayuda a los muertos no es ninguna vergüenza;* y Teseo sonrió, porque ahí, en aquella época, todavía era un moderno; pero desde que su cuerpo lo echó por los suelos, desde que no encuentra una explicación médica razonable, ha tenido que abrirse a los saberes improbados; volverse, a su manera, hacia la fe, hacia el misterio; y ahora, mientras el sol se va poniendo detrás de las montañas y una sombra envuelve la parte superior del cementerio, se pone a hablar con Jérôme como si estuviera allí...

entonces, *le dice*, ¿me oyes?

> te oigo, *responde su hermano muerto* aquí me tienes, *le dice*,
> soy yo, Teseo, tu hermano menor sé quién eres; ahora,
> sé tu nombre

¿me has visto batirme como Jacob con el ángel?
y yo que pensaba que era la muerte...

> los dolores, Teseo, los dolores, eso es lo que nos guía; todos juntos
> forman el revés de este mundo que cree en sus riquezas, en sus poderes

he intentado comprender por qué te mataste, Jérôme; supongo que lo he hecho para tratar de curarme; porque me ha tocado admitir que, sin ti, sin una respuesta a esa pregunta, no podría volver a vivir...

> ¿y crees que es eso? *le dice Jérôme*, ¿te parece que esa presión en tu
> cabeza es un rastro de la bala que
> se descerrajó en el cráneo Talmaï,
> el antepasado? ¿crees que la herida es una señal que puede leerse como una
> carta? y la cuerda con la que yo me
> ahorqué, ¿qué resto ha dejado en
> ti, Teseo?

he hecho lo que he podido, *dice el hermano vivo*, mi cuerpo ya no me lleva y tengo que buscar un sentido...

> pero podrías haber intentado otra cosa, *dice el muerto*, algo distinto a la oración, el sentido o la esperanza; podrías haberte aferrado a nuestra infancia; cuando
> éramos solo eso, dos hermanos; podrías haberte reencontrado con las sensaciones de nuestras salidas en bici; los Jorgondas, recuerdo su nombre, aquellos que
> nos escupían cuando pasábamos
> por debajo de sus ventanas;
> y el sonido de la *injuria francesa*, y nosotros que ni siquiera sabíamos qué era eso de ser judío, que les devolvíamos una peineta y luego pedaleábamos
> a toda prisa para llegar al bosque;
> podrías haberte acordado de eso,
> hermano, de toda esa energía infantil, de cómo después de ver *E.T.*
> soñábamos con volar si
> pedaleábamos más fuerte

he borrado nuestra infancia, *responde Teseo*, he anulado todo mi lado izquierdo; lo condené a callarse el día en que te vi, mi querido zurdo, echado en el suelo, duro y frío en el apartamento con el padre postrado, sentado a tu lado; y tienes razón podría haberme remitido a la alegría de nuestros años de juventud, pero de eso no quedaba nada; te lo llevaste todo, nuestras risas, nuestras ganas; cada vez que trato de recordar, se me aparece tu cuerpo y el padre descolgándolo, directamente desde el pasado...

> ¿y crees que es eso? *pregunta Jérôme*, ¿un sentido que te llama, el de los bosques, los lagos, los ríos, el que está en cada cuerpo, cada célula de la piel?
> ¿te parece que el dolor es un lenguaje que hay que aprender a leer y que Dios es el flujo mismo de la materia?

no lo sé, *dice Teseo*, lo único que digo es que debe de haber un sentido; ¿sabes a qué día estamos?

en ese momento, el hermano muerto parece ausentarse, dejando que en el aire se eleve el sonido de las turbinas de una lancha fueraborda que estalla en mil ecos contra las paredes de los montes, alrededor de las aguas nacaradas del lago; Teseo levanta la mirada; si lo sagrado no existe, piensa, si la vida material no es precisamente todo cuanto hay de sagrado, entonces este mundo no existe; y Teseo se entrega a la calma del cementerio convertido en un teatro hacia las cumbres, hacia las aguas pálidas y heladas; esa es la *presencia*, piensa, ese es el aliento que anima el mundo; y se atreve a forjar la esperanza de que, un día, será lo mismo en él...

a dos de marzo, *dice Teseo;* estamos a dos de marzo; es la fecha que figura al final del manuscrito del antepasado; puede que yo haya venido aquí, a tu tumba, por esa razón, Jérôme, para darte a leer ese texto: «La vida no se detiene ahí, *escribió Talmaï, el padre de Oved*, no voy a encerrarme en un

panteón con mi hijo; tampoco quiero dejarlo al borde de mi camino y olvidarlo; venid conmigo, todos, mis hijos, sus hermanos y hermanas, tomémoslo en nuestros brazos, llevémoslo juntos en los días buenos y en los malos a lo largo de todo el camino que nos queda por recorrer...»; ¿sabías, Jérôme, que después de haber escrito esas líneas puso esa fecha del dos de marzo?

y yo, *pregunta Jérôme*, ¿yo qué día morí?

tú te mataste un uno de marzo, *dice Teseo* no son más que coincidencias, *responde Jérôme*, uno de marzo, dos de marzo tú moriste, *dice Teseo*, justo antes de que ese texto llegara a ti

estás loco, *dice Jérôme*

ese texto fue escrito para nosotros, los hijos del después, pero nunca nos llegó; hablaba de genealogía, de un Rey, de una cisura, de una oración olvidada; hablaba de luto y de esperanza; alzaba testimonio de la pérdida de un hijo; trataba de hacer de la muerte una vida y fue concluido el dos de marzo, tú moriste el uno

más de medio siglo después, *responde Jérôme*

podemos descartar las señales que nos molestan, *dice Teseo*, obstinarnos en ser modernos; a menudo lo hacemos, disfrazamos nuestra ignorancia diciendo: *es una casualidad;* descartamos lo que se presenta ante nuestros ojos; pero yo, hermano, yo no he tenido otra opción; de no haber sido por el dolor, no me habría puesto a escuchar esas señales; como todo el mundo, habría dicho: *es una casualidad;* sin embargo, mira todo lo que hemos aprendido observando con el microscopio, lo que hemos podido oír con los estetoscopios; la herramienta crea un cierto conocimiento que nos ayuda a llegar más lejos, a traducir los misterios; ¿cuántas cosas han surgido ante nosotros, con el correr de los tiempos, que antes rechazábamos? lo que yo leo, lo que yo entiendo a partir de las huellas que me habéis dejado, ¿por qué no iban a ser, también, señales que una herramienta futura pudiera llegar a descifrar?

¿cómo registran nuestros cuerpos los disparos los asaltos de las guerras, los miedos, las epidemias?

¿acaso la roca no ha registrado los pliegues y los derrumbes que ocurrieron

en tiempos remotos?

¿por qué nuestra materia humana habría de ser tan diferente si está compuesta por agua y por todas las moléculas que se han formado aquí, en ese mundo?

> si yo hubiera leído el texto del antepasado, *retoma Jérôme*, si hubiera conocido mejor lo que pasó lejos, en el otro siglo, ¿crees que habría vivido?

los *síes* no sirven para salvar a los muertos, *dice Teseo*, no hay *sí* que valga, ni para ti ni para el padre o la madre; yo no investigo por eso; los *síes* son recursos ofrecidos a los vivos; ayudan a cambiar el futuro, a reconfigurar el pasado, a reprogramar una genealogía para que le entre la luz y un poco de verdad; eso es, Jérôme, lo que se agita para nosotros, los vivos, cuando formo esas frases *si hubieras sabido que Oved acechaba en nuestro linaje si hubieras conocido la historia de Talmaï, nuestro antepasado, y la pena que sintió*

si hubieras tenido acceso a cuanto se reprime en nuestra historia hecha pedazos

si hubieras podido entender ese destino marrano la odisea de los secretos, de las oraciones olvidadas si hubieras escuchado los miedos de los tuyos y nombrado las sombras si hubieras comprendido que la gloria de Nathaniel su empeño por alimentar este mundo, por proteger a los suyos ocultaba un miedo formidable yo busqué, *se defiende Jérôme*, me empeñé en comprender de dónde venía mi miedo

buscaste como hacen los modernos, *dice Teseo*, te quedaste atrapado entre la acusación del padre y de la madre, detrás de ese primer velo de quejas me acuerdo de esa vez que fui

> a tu casa, *dice Jérôme*, la semana antes de suicidarme, entonces
>
> ya hablamos de eso, de profundizar en nuestra investigación para averiguar de dónde venía el miedo; para averiguar lo que había de podrido bajo el barniz

de nuestra infancia

la fragilidad, *responde Teseo;* la piedad y el sentido del amor; el *kadish por Oved* no llegó a su destino; y tú, tú me has forzado a escribir su historia; me has obligado a tirar del hilo de la fragilidad, a perforar la fortaleza del Poder de Nathaniel; si he leído el texto del antepasado, es porque tú estás muerto, y porque mi cuerpo se ha derrumbado; a partir de ahí, he podido percibir el miedo, el miedo de los hijos que pierden a su padre, de los padres que pierden a su hijo; y más allá, la suma de todas las cosas que la leyenda ha confinado en el silencio ¿crees que he muerto de guerras?

pregunta Jérôme, ¿de la Historia? ¿crees que he muerto como judío? ¿crees que debería haber escuchado lo que había en mi nombre: «Jérôme», ese deber
de traducir las oraciones, las creencias y los textos sagrados?

leyendo las fechas de tu tumba, *dice Teseo*, me he dado cuenta de que ahora soy diez años mayor que tú; acepta, pues, que te haga llegar lo que he aprendido; por supuesto, reprogramar una genealogía no es poca cosa, pero admite que tú trataste de hacerlo; ahora yo soy más viejo que tú y conozco las oraciones... acepta que pueda hablarte como si fueras el segundo, tú que siempre tendrás treinta y tres años; he aprendido cosas terrenales que ya no te conciernen; las he aprendido porque vosotros me abandonasteis, tú, la madre, el padre, con ese peso del *después;* y como sabes, hermano, yo rechacé esa carga, tenía la esperanza de acabar con ella marchándome al Este; pero en ese país de tantas ruinas, en Alemania, donde mi cuerpo se derrumbó, comencé a buscar para tratar de oír lo que la materia sabe y nosotros ignoramos; y lo he visto, así es, Jérôme, he visto algunos de esos vínculos que se nos escapan, y los quiero compartir contigo...

las cartas de Nissim

1914-1918

los primeros movimientos de Nissim al comienzo de la guerra son incomprensibles; lo envían aquí y allá, al norte, y en sus cartas cuenta que los enemigos avanzan; van a entrar en París, dice, será largo y duro, pero al final, de eso él no tiene dudas, al final triunfaremos; el uno de septiembre de 1914, escribe: «Querido hermano, trato de hacerte llegar esta carta por medio de un amigo; espero que te encuentres bien y que hayas recibido mis postales; físicamente estoy en forma; sufro de una absoluta falta de sueño, pero me las arreglo; no puedo darte detalles, aunque ya habrás deducido que retrocedemos; ante nosotros tenemos una buena caterva del ejército alemán, y desde la frontera belga, no podemos enfrentarnos a ellos más que con soldados de reserva; sin embargo, estoy convencido de que todo irá bien, nuestro ejército necesita rehacerse y yo conservo mis esperanzas»...

mira, Jérôme, estas cartas que han llegado a mis manos como el manuscrito de Talmaï:

viejos textos estrechamente vinculados con nuestras vidas y aunque querríamos apartarlos para avanzar hacia el futuro resulta que atraviesan los años

me gustaría que las escucharas
hasta su desenlace

para que veas cómo se pone en marcha la mecánica en el linaje de los hombres que mueren con el fin de que sepas lo que mata, lo que nos vacía de nuestras fuerzas así que,
para empezar, te presento a

Nissim

en 1908, Nissim es francés desde hace poco; nació en Adrianópolis, en el Imperio otomano, estudió en la Alianza Israelita Universal como su hermano Talmaï, nuestro bisabuelo, que es con quien vino a Francia; por lo que yo sé, su partida fue una huida de una vieja tiranía, porque allí, o eso es lo que pensaban ellos, allí les esperaba un futuro viciado, condenado al gueto de las minorías, mientras que, según sus cálculos, el Progreso era una luz que se dirigía hacia el Oeste y convenía seguir...

¿sabías, querido Jérôme, lo que aprendieron en «la Alianza»
que es como se llamaba entonces,
«la Alianza»?

aprendieron una lengua que, en esa época, reivindica el derecho a pensar el Universo ¿y sabías, también, mi querido hermano, lo que recitan Talmaï y Nissim en los bancos de su escuela allá al fondo del Imperio otomano

en francés?

«ESCUCHAD LA LLAMADA, ISRAELITAS

si aunque dispersos por toda la Tierra y mezclados con las naciones permanecéis ligados de corazón a la antigua religión de vuestros padres por débil que sea el vínculo
que a ella os une

si no renegáis de vuestra fe, si no ocultáis vuestro culto –en este punto, piensa en Oved, hermano– si creéis que vuestra religión
debe manifestar su vitalidad en la cada vez más fervorosa lucha de teorías de las sociedades modernas –en este punto, piensa en mí, hermano– si creéis que la fe de los antepasados es ante todo patrimonio sagrado,
si creéis que el hogar y la conciencia son inviolables si creéis que muchos de vuestros correligionarios abrumados todavía por veinte siglos de miseria, de ultrajes y de proscripciones, pueden recuperar su dignidad de hombres, y conquistar su dignidad de ciudadanos si creéis que hay que moralizar a los corruptos, y no condenarlos; iluminar a los que han sido cegados, y no abandonarlos; levantar a los caídos, y no contentarse con compadecerlos; defender a los calumniados, y no callarse; socorrer a los perseguidos donde sea menester, y no limitarse a clamar contra la persecución...»

¿te das cuenta, Jérôme?

Talmaï, Nissim, de niños recitan las frases de una llamada, la de los fundadores de «la Alianza»
que decidieron sacar a las mujeres y a los hombres de la miseria y la ignorancia

permite que los nombre:

Élie-Aristide Astruc, Isidore Cahen, Jules Carvallo, Narcisse Leven Eugène Manuel, Charles Netter

unos idealistas, unos cosmopolitas sin los cuales, hermano, yo no escribiría en esta lengua

sin los cuales Nissim y Talmaï nunca se habrían ido pero ahora, tras solo seis años de una vida secular en las pacíficas calles de la preguerra, cursando estudios de farmacia en París, capital de ese país con el que soñaron de niños en los bancos de su escuela utópica, abierta al mundo, dedicada a la causa más grande, más general, de la justicia y la igualdad, va y los separan; sucede que las naciones europeas han decidido enfrentarse para determinar cuál será la más poderosa, la más universal; cuál de ellas, en nombre de ese universal, se hará con el derecho de esclavizar, matar y colonizar; y Talmaï, nuestro bisabuelo, aún es demasiado joven para ser movilizado y se queda atrás; pero Nissim sí acudirá a entregar su vida en el frente; son unos jóvenes Dreyfus orientales; así puedes considerarlos, hermano, para hacerte una idea; digo unos *Dreyfus* porque creen en Francia; no pueden dudar de ella, dudar de ese país; creen en una *modernidad francesa*, en una *igualdad francesa*, en una *justicia francesa* como les han enseñado los padres de «la Alianza»

«... si os parece que los ideales de 1789 tienen una influencia todopoderosa

que la ley que de ellos se deriva es una ley de justicia que el ejemplo de los pueblos que gozan de igualdad absoluta es un poder

si creéis en todas esas cosas, venid, escuchad nuestra llamada pues fundamos la Alianza Israelita Universal»

y así, en ese otoño de 1914 de las grandes maniobras, cuando comienza la mortífera guerra de los universales, cuando todas las lealtades complejas, cruzadas, enredadas, de millones de seres heteróclitos, fruto del exilio o de la colonización, de la mezcolanza de lenguas y creencias, esperanzas y desarraigos, son puestos a prueba por el empeño de las naciones por erosionar los sentimientos de pertenencia y las identidades, Nissim, el *oriental*, el *judío*, el *convertido en francés*, el buen alumno de Adrianópolis, tan lleno de todas esas vidas múltiples, ayuda a los soldados de la reserva en el barro del Marne, llevando al frente a los sustitutos de los muertos; la guerra avanza con rapidez, es un momento en que los taxis son requisados para detener el avance enemigo; Nissim escribe, toma notas; podemos seguir su día a día, pasa por Rouen, por Arras, dice que si París cae no será el fin, que habrá que continuar...

Jérôme, aquí ya hay algo que debería afectarte en ese volver de la historia, en esa larga memoria de los cuerpos, en la arcaica repetición de las creencias olvidadas

y es

ese poderoso deseo de asimilación de los antepasados ¿o debería decir de borradura

para

«entregar la vida a Francia»

y

olvidar las oraciones?

¿la ves, hermano mío, ves esa sombra que se eleva desde el fondo de las edades cuando, para sobrevivir o integrarse, hay que renunciar a los rituales que nos unían al mundo?

¿ves el vacío y la errancia que nacen de esos vínculos borrados?

hermano, tú que estás ahí, en ese cementerio de Francia

¿empiezas a comprender cómo se imbrican los cuerpos vida tras vida?

ellos, Nissim y su hermano menor Talmaï, nuestro bisabuelo, sueñan con luchar por una nación a la que apenas
acaban de llegar

mientras que tú y yo
también dos hermanos, atrapados en el flujo del tiempo decidimos huir

tú, suicidándote, Jérôme, y yo,
marchándome a un país

ALEMANIA

que tal como empiezo a comprender, para Teseo representa lo mismo que el monstruo en el corazón del laberinto la gran prueba del horror y de los miedos genealógicos

pero Nissim, por lo que a él respecta, se siente orgulloso de luchar por Francia, en medio de los combates olvida que fue hijo de otro lugar, que

estuvo ligado a la «religión de sus padres»; se mueve, cuando no recibe cartas de nuestro futuro antepasado, su hermano menor, se preocupa; dice estar lleno de energía, satisfecho de haber conseguido no volver a conducir; dice que quiere «hacer la guerra de verdad» y el once de septiembre escribe en Rouen: «He podido formar parte de una expedición bastante deportiva, volvimos anoche; se trataba de hacer estallar una línea de ferrocarril muy utilizada por el enemigo: ciento cincuenta kilómetros con cien soldados en el interior de las líneas; llegamos por caminos hasta el punto indicado y sin que nos detectaran; pasamos tres horas minando la vía y a las ocho de la mañana la volamos; estábamos a quinientos metros de un pueblo ocupado y nos enteramos de que allí solo había un destacamento de cincuenta alemanes, los otros habían continuado hacia el frente; con el permiso del comandante, tomamos una decena de hombres en dos coches y llegamos hasta la plaza del pueblo; eran las diez de la mañana, allí sentados había una quincena de alemanes, comiendo y fumando; abrimos fuego a quemarropa...»

¿ves, Jérôme, cómo empieza a cerrarse el círculo?

¿por qué me marché a Alemania?
¿por qué mi cuerpo esperó a que me instalase allí para desmoronarse?

yo que al partir creía en mi libertad, en una elección yo que pensaba
dirigirme hacia el futuro en una Europa liberada
de los fantasmas

las casualidades no existen, hermano los cuerpos nos manipulan, pilotan el destino la materia dispone de nosotros, las vibraciones olvidadas nos gobiernan
los secretos enterrados, las heridas del pasado nos requieren

yo me marché a Alemania para acordarme de esa vida dispersa, errante

acudiendo al reencuentro de la fragilidad de los cruces fronterizos

para atravesar el miedo
y decirle a los antepasados: mirad, vosotros que estáis ahí, yaciendo entre las paredes del laberinto vosotros que cargáis con la memoria de largos siglos en que hubo que rezar en silencio y cambiar nuestros nombres para escapar del asesinato

he venido para acabar con ese tributo de la Historia que exige que

desaparezcamos para alimentar al monstruo de las Naciones

he venido, queridos muertos, a matar al Minotauro y créeme, hermano

ahora que eso vuelve, que eso reaparece, lo veo: todas nuestras creencias de modernos serán desmentidas ¿te das cuenta, hermano? tú no elegiste matarte yo no elegí irme a vivir al Este no somos libres, no hacemos más que creer en la libertad

porque fíjate en Nissim, ese Dreyfus oriental, ese temerario, el hermano de nuestro bisabuelo, contentísimo de luchar por una Francia que apenas conoce; esta foto la ha tomado él, parece una de esas *fantasías* que pintaba Delacroix, *una fantasía guiando al pueblo* tomada por Nissim, fotógrafo oriental, aficionado, captando un Oriente desorientado en las dunas del Norte; él, el niño de la Alianza y de la educación judía universal, está allí con los caballeros del Imperio; lo han asignado a la cabeza de una unidad de *goumiers* porque conoce algunas palabras en su lengua; y el veintitrés de septiembre, escribe: «Contemplar a los jinetes árabes con su uniforme de guerra en los pueblos de este país de niebla es todo un espectáculo; ayer a medianoche llegamos a Arras, en cada pueblo por el que pasábamos salía un montón de gente de entre las sombras para saludarnos; he acumulado una buena provisión de recuerdos, las pocas palabras de árabe que conozco me han resultado preciosas; luego, a las dos, después de velar las armas, hemos salido en cuatro coches; las alcandoras volaban al viento; hemos llegado a sorprender a un escuadrón; así que nuestra pequeña expedición ha tenido éxito; llegamos un pelín tarde para abatirlos, pero estuvimos toda la mañana persiguiendo a esos alemanes incansables y dispersándolos por todas partes; permite que te diga que esta guerra en automóvil es un estupendo deporte; hemos vuelto con lanzas, espadas, cascos»; Nissim añade: «inútil que te repita lo que te comentaba sobre mi salud, me encuentro escandalosamente bien»...

¿te das cuenta, Jérôme, de cómo se cruzan las vidas?

Nissim, el retoño del Imperio otomano, luchando codo con codo con goumiers
argelinos sobre su vida de antes no dice gran cosa nada sobre Adrianópolis,
nada sobre el judeo-español que se hablaba en su familia

nada del Dios del que se aleja, porque en él todo es cisura avance

cree en su futuro y puede que ya sueñe con convertirse en EL PRIMER MARISCAL
JUDÍO DE FRANCIA

no dice nada, apenas
que recuerda «algunas palabras de árabe»
para defender a Francia contra los alemanes así pues, Jérôme, ¿tú qué dices?

¿quién es nuestro hermano y quién nuestro enemigo?
te leo estas cartas para que veas lo que nos ha precedido esas epopeyas de la
violencia de las Naciones con cuyo peso cargabas tú

en cuanto a Nissim, cuando la guerra lo toma por sorpresa tiene treinta y ocho años, ha visto la luz en 1886, cuatro años antes que Talmaï; su hermano, nuestro bisabuelo, «el que se esconde», tiene la salud frágil y se quedará en la retaguardia; Nissim en cambio parte hacia el frente, y fiel a la leyenda de las *flores en el fusil*, el veinticuatro de septiembre escribe desde Blangy, cerca de Arras: «Llevo la vida más interesante del mundo; he sido aceptado por los *goumiers* y llevo ocho días haciendo la guerra; en Orchies, el día 22 nos encontramos con unos soldados de reserva en apuros; con las ametralladoras, logramos que el enemigo reculara hasta los bosques; detrás de nosotros, como a un kilómetro, llevábamos una batería que en esos momentos registraba el campamento contrario, en un abrir y cerrar de ojos el límite quedó limpio; estoy a dos metros de las explosiones, a mi alrededor saltan lenguas de tierra suelta que llegarían a un primer piso; un bonito trabajo; luego, por la tarde, vuelve a empezar el baile, pero sin éxito para el enemigo; ahí fue cuando uno de nuestros *goumiers* se cubrió de gloria, cargándose a un puñado de soldados; él solito se llevó por delante a once; mi mecánico, un viejo árabe de cuarenta años, mató a tres; yo también tuve ocasión de pegar algunos tiros; pero entonces perdimos algunos hombres porque un grupo enemigo, unos sesenta alemanes que habían sacado una bandera blanca para rendirse, los muy bastardos, ¿te lo puedes creer?, de repente va y se ponen a disparar; nosotros, los franceses, respondimos sin descanso, y cuando salieron de sus agujeros con las manos en alto, nos los pulimos a todos»...

Jérôme, hermano

¿cómo se me debió ocurrir huir a Alemania?

¿de qué clase de ironía estamos hablando?

quería alejarme de ti, del recuerdo de tu cuerpo descolgado detrás de la puerta, en el rincón de la cocina, allí donde te dejó el padre después de descolgarte de una tubería de gas «una tubería de gas...»

¿acaso no es esa, una vez más, una enésima confesión en que la materia, la materia, la materia arroja un poco de luz sobre todo cuanto nos negamos a ver?

hermano

yo quería irme a vivir al Este para proteger a mis hijos para no seguir viviendo en la ciudad en que habíais muerto y dime también el porqué de esto por qué me enamoré
de una argelina

Amra, bisnieta de un goumier *¿por qué juntos escogimos Berlín para criar a nuestros hijos?*

MON ORDONNANCE MESSAOUD,
SUR MON CHEVAL « KSIRI ».

y entonces, el 25 de septiembre de 1914: *gran noticia*, escribe Nissim; en su carta incluye una fotografía de su ordenanza Messaoud, orgullosamente montado en un caballo prestado para la ocasión: «¡Puedes estar orgulloso! A mis hermanos *goumiers* y a mí, *le confía a nuestro bisabuelo*, nos han enviado a una misión; nos vamos a Bélgica, así que ayer a las cinco de la mañana partimos de Blangy; te cuento que avanzamos con cuidado, pues nos dicen que el enemigo está cerca: la marcha, *mein Lieber Bruder*, es soberbia; tenemos tres escuadrones de *goumiers;* cuando ves esas largas filas de albornoces cruzando los campos de remolacha y esos pueblos abrazando a sus iglesias atravesados por nuestras fuerzas árabes, es como si asistieras a una especie de inverosímil cruzada pero al revés; aunque la verdad, hermano, es que aquí, por muy desesperadamente lluviosa que sea, todos estamos dispuestos a morir por Francia: tanto da judíos que árabes, no podemos estar más contentos con la idea de luchar por lo que el país nos ofrece; debo decirte que, de todas las cosas notables que voy descubriendo, esa es la más conmovedora: ver el apoyo que recibimos de los jinetes venidos del otro lado del mar...»

miro la fotografía de Messaoud, hermano tomada por Nissim

y pienso en la Europa que alza barricadas pienso en aquellas y aquellos que se dicen «franceses de origen»

a quienes tanto preocupa una «gran sustitución»
una Cruzada al revés

en Francia, en Alemania, hay suficientes huesos y sangre de todos los rincones del mundo como para emprender una acción judicial y que todos los descendientes de nuestros muertos puedan quedarse

a fin de cuentas, puede que sea lo que estoy buscando además de volver a la vida

sumergirme en el pasado para movilizar a los muertos para que exijan que escribamos, en su nombre, otra historia venidera

y después de haber intentado igualar a esos soldados *goumiers* en valor –«No, no han venido a invadir Francia, han venido a luchar a nuestro lado», *escribe*–, Nissim reanuda su relato: «al mediodía de ese 25 de septiembre llegamos a Orchies... pero Orchies, ver para creer, ¡Orchies ya no existe!; esos bastardos lo han quemado todo, ¿te lo puedes creer? la iglesia, las fábricas, las

casas; las mujeres y los niños que lograron salvarse fueron quemados vivos; al borde de la acera llora una mujer, detrás tiene las paredes de su casa en llamas; dice que su madre está debajo, que no le queda nada; lo mismo por toda esa pequeña ciudad; en cinco casas puede verse una inscripción hecha con tiza donde se leía *nicht verbrennen, no quemar;* ¡ha sido un incendio organizado, metódico, un pogromo contra los franceses! ¿te das cuenta, Talmaï? ¡un pogromo pero no ruso, sino alemán! y no se trata de habladurías, lo han quemado todo, esto es inolvidable; para poder avanzar, tenemos que ir despejando el camino de las vigas caídas; en el porche de la iglesia, el párroco, que ha logrado salir, nos bendice con un gesto; te lo juro, *le escribe a su hermano menor*, tras ver Orchies reducida a cenizas he tomado una decisión; no voy a hacer más prisioneros»...

Jérôme, deja que te cuente en qué punto de mi travesía me encuentro hay tantas tensiones, tantos dolores que se aferran a mí el pasado tira de mis huesos, pesa sobre mis vértebras lo siento, desde las sienes hasta la parte posterior del cuello, siento que el pasado circunda mi corazón los músculos del pericardio, los pulmones, hasta el esternón cuando cierro los ojos siento esa rabia y ahí afuera, en esa ciudad del Este en la que vivo, oigo la lengua de aquellas y aquellos
a quienes Nissim quiere destruir

«O du gräbst und ich grab, und ich grab mich dir zu»

oigo

«oh, tú cavas y yo cavo, yo me cavo hacia ti»

es un verso de Paul Celan que me ha venido a la memoria pero ¿entonces qué, Jérôme? ¿qué más puedo hacer para separarme de la Historia para limpiar el tiempo?

me pongo a merced de los recuerdos meditando

soy de la opinión que esas vidas en las guerras se elevan desde mis pulmones hasta la garganta
para filtrar la ira

yo las dejo actuar para que salgan, para que me abandonen para que los muertos por desgaste
dejen de acosarme

para decirte, Jérôme,

he esperado tanto que mis hijos vivieran en una Europa libre de las Naciones

que me pongo a rezar con las palabras del poema «O du gräbst und ich grab»

y

Grab = Tumba

si cavo, Señor, si cavo y triunfo sobre sus miedos ¿acaso eso marcará también el final de los viejos demonios el comienzo de la vida nueva?

en cuanto a Nissim, en octubre ve cómo el frente va creciendo; la batalla de Reims causa estragos, empieza la carrera hacia el mar; va y viene entre las líneas, lleva a cabo misiones de observación aquí y allá, se acostumbra a que le disparen, *pero con la potra que tengo*, escribe, *no puede pasarme nada;* lo han destinado de forma definitiva con los *goumiers*, escolta con ellos a los blindados; dice: *con estos juguetes la guerra es divertida, un montón de kilómetros recorridos y, de vez en cuando, una bonita Schlachtung*, escribe en alemán, una bonita masacre; patrulla por Magnicourt, duerme en Houdain, e insiste en tranquilizar a su hermano en la retaguardia: «A pesar del frío de la noche, me siento estupendamente; estoy bastante sucio, hace cinco días que no me quito los zapatos; pero aparte de un buen bañito no me falta de nada, soy feliz»... y luego «seguimos sin avanzar ni retroceder, *continúa;* hay mucha artillería y lleva la voz cantante; nosotros no hacemos nada, ¿qué te parece? nada aparte de recibir algún que otro estúpido obús alemán; pero no podrán con nosotros, no te preocupes, además, esta noche las noticias son excelentes; vamos tomando camino tras camino, sendero tras sendero, poco a poco vamos avanzando sobre su ala derecha, ¿cómo lo ves? sería todo un punto de inflexión: sería la solución de la batalla de Aisne; pero de momento tenemos ante nosotros a una parte de la Guardia alemana; y hemos hecho algunos prisioneros; a pesar de mis ganas el otro día de masacrarlos a todos, ya ves, tratamos de seguir siendo humanos; en fin, no estés triste porque pronto volveré a verte y celebraremos la vida, hermano, ¡la vida!, créeme cuando te digo que nos encontramos muy bien, solo los caballos están que da pena verlos»...

por eso te lo digo, Jérôme

tu cuerpo, en medio del silencio, en los pliegues de la memoria se llenó de

todo ese pasado

de esa tarea nunca enunciada de traducir entre las lenguas entre los secretos

entre esos malditos franceses
y esos malditos alemanes

traducir...

pero cómo ibas a saberlo, tú, en quien solo veían:

al primer varón de una estirpe gloriosa, el nieto de NATHANIEL

tú, que como el padre y la madre fuiste criado en la ilusión moderna

la ilusión de una cisura desde la que creían elevarse, vivir, existir

en nuestra infancia

el único modelo que nos propusieron fue la fuerza de Nathaniel y el Imperio que él creó

la bonita historia del Empresario que quería alimentar a Francia y, por qué no, al mundo entero él, el resiliente, el hijo de Talmaï, el frágil el suicida

Nathaniel, quien para ocultar sus miedos se transformó en hombre-azúcar, en hombre-pasta ¿te das cuenta, hermano?

el «Sueño Económico Europeo» que lo tuvo por príncipe, ¿acaso no sería eso?
¿la respuesta al miedo a faltar, el miedo a morir, el miedo a la guerra

y en última instancia, el miedo por haber perdido a su padre?

a nosotros, Jérôme

no nos hicieron admirar más que su Poder, su Éxito y
esa leyenda francesa
que se sintonizaba con la novela de la Reconstrucción Nathaniel, el Rey nutricionista
que tomó el control de los campos, de las semillas, que le ofreció a los niños

un alimento transformado lleno de sal y de azúcar
el regalo, si así lo quieres, del Crecimiento a nuestra intoxicación

y también

Jérôme,

tú, como todos los hombres de tu linaje, pensabas que debías igualarlo

tener Éxito, tener Éxito

añadir tu nombre a la historia del Éxito no entendiste a tiempo que había que derribarlo todo

ahora, justo cien años después del final de la Gran Guerra, mientras releo las cartas de Nissim a su hermano, el antepasado frágil, el antepasado escondido, oigo en la radio los discursos de conmemoración por la paz; cien años desde que el Minotauro se comiera a los niños en el barro de Flandes, cien años desde que los minotauros de todas partes exigieran su tributo, cien años en que la Historia no ha dejado de desmentir su fin exigiendo nuevos tributos humanos, ya sea en nombre de la Nación, del Poder, de la Raza o de la Fe; y en semejante aniversario –1918-2018– un presidente en París, bien peinadito bajo el Arco del Triunfo, un francés, abraza a sus homólogos para mayor regocijo de los medios de comunicación, pues no hay nada de lo que tanto gusten como de esas misas, porque sus índices de audiencia resultan bastante buenos; escucho al presidente, al bien peinado, enalteciendo, glorificando, relacionando en frases huecas los combates del pasado con los desafíos del presente; y me entran arcadas, hermano, escuchar ese lirismo fingido, aparentemente profundo, me pone enfermo; *oh muertos, oh gloriosos combatientes que disteis la vida para nada, para que la estupidez persista, para que los nombres se obstinen...* la Historia, Jérôme, ¿qué otra cosa es, sino una dolorosa experiencia de despojo en nombre de todas esas ficciones estúpidas, resistentes: «Francia», «Alemania», «el Progreso», «la Victoria»? Teseo, o acaso yo, es igual, nosotros dos escuchamos el discurso del joven Rey que dirige Francia; y nos sentimos heridos ante semejante énfasis de cartón piedra en la Patria, en la Memoria; ¿qué conoce él, el bien peinado?, ¿qué sabe del sufrimiento? su necropolítica, hermano, ¿sirve para algo más que para llevarnos más lejos en esa otra guerra, no tan evidente, de los hombres contra la Tierra?

somos hijos del Crecimiento,
Jérôme

dos niños nacidos a finales del «Sueño Económico Europeo»
a principios de esa Edad Miserable que la prensa intenta atenuar con el nombre de «Crisis»

como si la «Crisis» fuera solo pasajera...

nosotros, hermano, nacimos
después del «informe Meadows» que debería habernos iluminado habernos llevado sin demora a detener ese asesinato que todos llaman con esa palabra hechizante

«Crecimiento»

nacimos, hermano mío,
en las ruinas del mundo en que Nathaniel creyó y que contribuyó a construir

un tiempo de sobreproducción, de consumo que sirvió para olvidar la guerra, para cubrir los traumas del pasado con pasiones edulcoradas

un tiempo que llaman «modernidad»

pero ahora todo vuelve

por la cuerda que anudas a tu cuello por la materia

y precisamente el veinte de octubre Nissim escribe que el avance hacia el Norte sigue su curso; hombres y coches están bastante cansados; y dice: «Nos han enviado a Dunkerque a recuperarnos; la ciudad estaba literalmente invadida por pobres refugiados belgas que da pena verlos y a los que evacuamos; gracias a una preciosa casualidad, pude encontrar una cama, *escribe Nissim, el hermano del frágil Talmaï, nuestro antepasado*, y con eso me he recuperado por completo; la verdad es que estoy de campaña en unas condiciones privilegiadas, *mein lieber Bruder*, porque de vez en cuando, nuestra movilidad con los *goumiers* nos permite ir encontrando algún que otro consuelo; pero la noticia que quería anunciarte es esta: nuestra unidad ha retomado Laventie y los suburbios de Armentières; me han dicho que Lille ha sufrido grandes daños; pero ayer caminamos hasta Dixmude y, a tres kilómetros del pueblo, tuve la oportunidad de disparar a buena distancia

contra un globo cautivo alemán; estaba en la carretera cuando vi esa enorme alubia por encima de los árboles; me hice enseguida con una ametralladora y le disparé cuatrocientos cartuchos; es probable que le diese al observador, pero no pudimos quedarnos a comprobarlo porque los obuses alemanes barrieron el camino; el tiempo se pone feo y hace frío, *le dice Nissim a su hermano;* llueve mucho y por la mañana hay niebla; pero no te preocupes, tengo todo lo que necesito; he conseguido un excelente albornoz que me viene muy bien para dormir»...

a ti, Jérôme, yo de niño te vi
y luego más aún
deseoso de participar en ese «cover-up» del éxito francés esa creencia
siempre desengañada
de que la Opulencia, la Abundancia
podían volver

tú corriste detrás de Nathaniel, detrás de esa imagen distorsionada de la Gloria pues nadie te habló de todo lo que la leyenda trataba de ocultar deberíamos haber investigado, hermano yo, de haber estado preparado, podría haberte ayudado podría haberte dicho lo que el Poder oculta hablarte de la fragilidad de nuestros cuerpos pero esos jefes de Estado, me digo, esos malditos jefes que se congratulan en la radio celebrando el fin de la Primera Guerra Mundial; esos malditos jefes ya sea de Francia o de Alemania o de Estados Unidos, se felicitan por la paz invocando la valentía de los hombres y el fin de los combates que la gente de su especie, sí, de su especie –hombres y mujeres atraídos por el poder– ha organizado por el triunfo de las Naciones, tragándose a millones de niños pequeños; *niños*, pienso yo, como Nissim, que combate en el campo de batalla, comprometido con unos ideales que, por desgracia, le han estado metiendo en la cabeza desde que era un crío: el Progreso, la Libertad, la Igualdad; ¿te das cuenta, hermano? los *goumiers*, los judíos, los árabes, los últimos emigrantes que se entregan a una Nación que más tarde los rechazará...

la vida está patas arriba
y nada se repara, nada se borra

creemos controlar nuestras vidas a través del espíritu, pero las lenguas nos poseen
están entretejidas de todas esas viejas guerras cargadas de una violencia y un odio que aprendemos a esconder

tengo miedo de Alemania, hermano, ¿de dónde viene eso?

escucho a esos jefes de Estado que se felicitan una vez dado el discurso

los muy idiotas creen en su misa memorial esperan
que todo ese castillo de palabras mantenga al mundo en paz e impida que las Naciones vuelvan a entregarse a la locura pero nuestros cuerpos, y de eso algo sé, tiemblan por todo ese pasado

poseídos por negras vibraciones
amenazados

en los escritos del frente de Nissim que nuestro bisabuelo reunió, a mí me parece notar dos tonos distintos: las cartas en las que informa sobre victorias, en las que no se queja de nada y usa un montón de adverbios,

grandiosamente, magníficamente, que yo interpreto como una voluntad por tranquilizar a su hermano; en suma, Nissim, que es el que está de maniobras, es también el que conforta a la retaguardia; ahí hay algo de un poco bravucón, de quien conserva en todo momento una especie de alegría; pero intercalados entre las cartas, encuentro también los fragmentos de su diario; y ahí es como si entrásemos en la guerra, en «la verdadera» guerra: Nissim ya no descansa *majestuosamente;* reza por tener un poco de suerte, retrocede ante los asaltantes; como aquí, en la carretera de Flandes, al lado de los soldados maltrechos, delante de Dixmude, cuya iglesia ve quemarse; allí, escribe*, todo es desesperación:* «las vacas vagan perdidas, los cerdos chillan, las gallinas recogidas por los soldados campan por las casas vacías; los árboles derribados por los proyectiles obstruyen el camino; mientras escribo en un foso, todo estalla ante nosotros; las esquirlas caen muy cerca, a dos metros de mí; veo la nube que crean al caer; hacia las tres de la tarde, otros estallidos a pocos metros de mi ametralladora; veo caer un álamo que bordeaba el camino; lo principal, *repite*, es la potra; veinte metros más a la derecha o más a la izquierda y»...

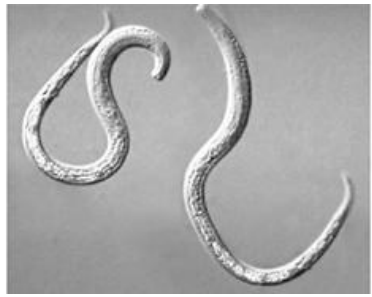
Jérôme, hermano,
¿dónde van a parar los miedos de los antiguos a qué rincón de nuestros cuerpos?

¿es eso lo que los epigenetistas descubren e iluminan lo que la psicogenealogía hasta ahora
solo describía?

permíteme que, por un momento, deje las cartas de Nissim y el barro del Norte

ahora me gustaría presentarte una experiencia reciente conducida por un grupo de investigación figúrate un «gusano», sí, lo has oído bien, un «gusano»
de esos que se encuentran en los ataúdes, en las fosas comunes, en la tumba –Grab– de un hermano

ese «gusano», mira tú, ese «gusano» del que quiero hablarte los especialistas en epigenética lo conocen por un nombre abreviado «C elegans»



el 21 de abril de 2017
Klosin A, Casas E, Hidalgo-Carcedo C, Vavouri T y Lehner B
publican

«Transgenerational Transmission
of Environmental Information
in C elegans»

donde se expone que
las modificaciones del comportamiento de un gen causadas por UN SOLO TRAUMA

en ese caso, un «estrés térmico»

pueden observarse durante

CATORCE GENERACIONES

¿te das cuenta del modo en que la materia codifica los sobresaltos del pasado, los traumas de las guerras, las catástrofes que causa el Poder en todas partes?

pero el seis de noviembre, Nissim todavía no ha dicho nada sobre su vida en el Imperio otomano; nada sobre la lengua borrada, nada sobre el corte ni sobre su partida a Francia; no, todo gira alrededor de la batalla de Flandes, donde en esos días de barro, de inundación, le asignan otro destino; deja su blindado, pues las consignas exigen que ahora los artilugios lleven un nivel de blindaje superior y el suyo no cumple ese requisito; se une a un escuadrón de caballería, lo que da lugar a este hermoso pasaje: «He *tocado* a un caballo, escribe Nissim, suave como el jarabe de cebada pero diestro y resistente, contrahecho en los cuartos traseros, vientre de galgo, grupa hueca y pecho escaso; pero cuando carga con todo el bagaje y con mi extraordinaria silla de cuero rojo con pomo y respaldo alto, y en la nariz un bridón de cuero rojo con

la media luna de Mahoma grabada, casi tiene buena pinta; es un alazán tostado, pero está tan rebosante de salud que ya nos hemos hecho amigos»; a ese joven judío oriental no le falta ni una palabra, *bridón, contrahecho en los cuartos traseros, vientre de galgo;* la lengua francesa ha arraigado en su cabeza como una semilla en tierra fértil; una lengua, un amor por la República para este Dreyfus otomano que ahora es explorador en las dunas del Norte; y a menudo, así lo cuenta, deja su montura; se arrastra entre Nieuport *que es nuestro* y Westende *de los alemanes;* y cuando ha cruzado las trincheras francesas, escribe: «Hay que ir como dando saltos, de duna en duna; de lo contrario podrían dispararnos; debo decirte, hermano, que caminar por la arena no tiene nada de divertido; todo está empapado, se ven cosas horribles: el otro día, estaba apuntando a un bulto a cierta distancia; miro con el catalejo y distingo dos cabezas, estoy presto a disparar pero no se mueve; al final me acerco a ver y son dos soldados calcinados»...

¿qué me dices, Jérôme?

¿cuántas generaciones tengo que retroceder para localizar esos TRAUMAS
anclados en la materia en el corazón de nuestros genes?

¿qué clase de «gusano» somos nosotros?

¿cuántas células tenemos en común con «C elegans»?

¿y cuántos sobresaltos tengo que registrar para acabar captando eso que late
eso que tiembla en nosotros, eso que nos hace morir?

¿cuántos de esos sobresaltos del pasado se han impreso en los cuerpos
en la materia humana?

¿debería abarcar con mi investigación CATORCE GENERACIONES*?*

¿qué había en tus miedos, hermano?

y esa letra T que atraviesa el tiempo en el linaje de los hombres que mueren,
¿acaso acarrea un cierto ritmo del terror?

T de Talmaï, T de Teseo
nuestros dos cuerpos intrincados a pesar de los años que los separan

Talmaï, el antepasado, el hermano de Nissim, que se dispara una bala y yo,

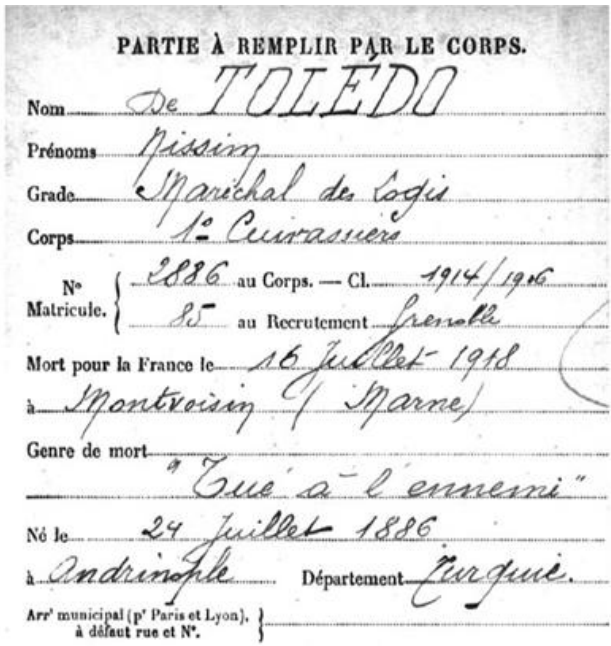
Teseo, a quien las sienes le estallan ¿podría ser que la letra, la vibración de la letra y los nombres, fuera la traducción sonora de otras codificaciones más profundas?

en cuanto a Nissim, resiste, o debería decir *no muere enseguida;* pasa el invierno de 14 al 15, describe Nieuport destruido por los bombardeos: *hay que dar gracias al cielo porque estas cosas no sucedan en tu casa;* habla de la sombra de los cocineros que se escabullen por las trincheras en medio de la noche, de las extrañas fundas con pelos que revisten los jergones saqueados en los pueblos de Flandes, se refiere a un perro robado al enemigo, un animal que es un coladero de esquirlas de obús y ya ni ladrar puede, ni siquiera durante los bombardeos; habla de las noches en que *la luna sublime* le impide avanzar; rememora ese día en que, durante un *djich* –una misión de exploración–, después de una hora de avance arrastrándose, oye un *Wer da?* que deja en suspenso pero del que se sirve para revelar las posiciones enemigas; en el corazón del año 15, escribe: *vamos por buen camino y al final ganaremos;* cuenta cómo capturó a un centinela o habla de animales errabundos en los campos de batalla: *vuelos de palomas, de cuervos, y desafortunados rebaños de vacas de paseo;* vuelve a hablar de perros que los soldados envían para localizar *djichs;* esos *perros delante de las líneas que nos devoran y nos dejan como carroña;* narra un episodio en que trata de llevarse una oveja prisionera sacándola de un agujero hasta que, tras mucho esfuerzo, se da cuenta: los obuses no cejan y centellean a su alrededor; Nissim se repite: *aquí todo es cuestión de potra, la potra es la única que separa a los muertos de los vivos;* y el año 15 lo pasa gracias a esa potra, luego el año 16; ve como jinete las filas de camillas; *cuando no estás donde los disparos, la guerra es algo repugnante;* apuesta por una expedición a Siria, espera poder dejar atrás el barro de Flandes para abrir un frente oriental: *imagina*, le dice a nuestro bisabuelo Talmaï, *imagina qué gran destino sería ese: participar en una revuelta contra los turcos; volver para combatir a ese viejo tirano que se ha alineado con los teutones;* pero mientras espera a que se abra ese frente lejano, en el *fango invasor*, detesta la falta de movimiento: *y el despilfarro de hombres que se está consintiendo, eso me saca de mis casillas;* describe los funerales de sus compañeros *goumiers;* una escena en la que uno de los exploradores, sabiéndose perdido, se vuelve hacia La Meca y se entrega a las balas gritando *Al·lahu-àkbar: una oración árabe*, escribe Nissim, *y un muerto por Francia;* habla del desaliento en las trincheras, del heroísmo de los reservistas: *hacen la guerra de verdad, créeme... se pudren en la humedad y el frío...*; se nota que sus misiones entre líneas no le bastan; se siente privilegiado, y aunque a punto ha estado de morir decenas de veces, quiere participar en *la batalla, la verdadera batalla...*

¿cuándo avanzaremos lo suficiente para montar a caballo?

Nissim comprende rápidamente que la guerra será larga, demasiado larga; evoca el frío *insoportable*, el viento *violento;* cuando cae la nieve, *que en la playa nos ha proporcionado algunas cáscaras de circunstancias: dos alemanes y dos franceses congelados;* repite que quiere irse, dejar atrás la grisura del Norte, el barro de los pólderes, la arena de las dunas; al alumno entregado de la Alianza que escribe en francés como el mismísimo Grevisse lo mandan a descansar a los pantanos flamencos *que son un mar de lodo*, y es entonces, en una larga carta en la que se nota que está intentando no quejarse, cuando medita sobre el aberrante sacrificio que las Naciones exigen: *qué terrible sangría, hermano, la guerra actual se traga ciento veinte mil jóvenes al mes, ¿y para qué?* habla de la propaganda, de los artículos de periódicos que ensalzan unos avances fulminantes que nunca han tenido lugar; a veces, entre los días de espera en la retaguardia y las misiones nocturnas en que llega *a matar a algunos teutones*, evoca un momento de gracia: *deberías haberme visto al galope por la playa dejando Dunkerque a mis espaldas, por la orilla de un delicioso mar al atardecer; es uno de esos días, hermano, en que compadezco a los muertos;* pero Nissim ve cómo ese final con el que sueña se va alejando: esa guerra que le gustaría librar contra el Sultán: *imagina si hubiéramos podido galopar hasta Jerusalén con los goumiers...*; luego, al darse cuenta de que la caballería ya no sirve para nada, de que *en esa batalla los caballos son inútiles*, sintiéndose culpable de ver pasar ante sus narices, día tras día, el *cortejo de los muertos*, pide que lo destinen a infantería; a falta de su frente soñado, formando parte de un *Gran Ejército Árabe para establecer en el lugar del que procedemos una poderosa nación, igualitaria, donde las minorías tendrían derecho a vivir*, en los primeros meses del 17 desciende al fondo de las trincheras; y allí, contra todo pronóstico, aún sobrevive; el primer sorprendido es él mismo: *¿te das cuenta de que sigo vivo? con lo rápido que muere aquí la gente, es toda una hazaña;* narra cómo desde que llegó a Reims ha trabado amistad con su jefe; *es un hombre muy viajado, ha visto China, América, y no me creerás, pero resulta que conoce ese pedazo de tierra en que crecimos, Adrianópolis;* Nissim se salva durante los meses demasiado largos del 17; habla de Rusia, de la revolución *que cambia el equilibrio de la guerra, ahora los alemanes volverán sobre nosotros;* y aquí es donde comienzan las maniobras de 1918, cuando la Reichswehr lanza una ofensiva para ganar la guerra; al sur de Arras en marzo, entre Nieuport y Lille en abril, al norte de Reims en mayo y junio; hay que seguir movilizando, ya no hay nadie que pueda realmente escapar; *resistimos, hermano, pero me alegra saber que tú estás en la retaguardia; si me pasa*

algo, tú aún estarás ahí; figúrate, ayer por la noche te vi en sueños junto a tus hijos, los que tendrás en el futuro; uno era *tu esperanza y tu luz; era maravilloso verte así, en el sueño...* luego, en esas horas de pánico en las que uno aún trata de reunir fuerzas para responder a la ofensiva alemana, Nissim escribe: *no veo más que muertos, solo muertos, y yo, no sé si es porque pienso mucho en ti, pero aunque no lo creas, hermano, no hay bala que me alcance;* finalmente, llega el mes de julio, y desde Nieuport hasta el extremo sur del frente, el movimiento se invierte, los ejércitos aliados consiguen por fin contrarrestar la ofensiva, el movimiento va hacia el Este; es entonces, dos días después de haber celebrado *ese catorce de julio que los maestros de la Alianza Israelita Universal nos enseñaron a venerar*, cuando la guerra da un giro y matan a Nissim...



PARTIE À REMPLIR PAR LE CORPS.

Nom De TOLEDO

Prénoms Nissim

Grade Maréchal des Logis

Corps 1e Cuirassiers

N° Matricule. 2886 au Corps. — Cl. 1914/1916

85 au Recrutement Grenoble

Mort pour la France le 16 Juillet 1918

à Montvoisin (Marne)

Genre de mort "Tué à l'ennemi"

Né le 24 Juillet 1886

à Andrinople Département Turquie.

Arr' municipal (p' Paris et Lyon), à défaut rue et N°.

trata de imaginártelo, Jérôme,
el dolor de recibir esa noticia

Nissim murió en el frente
en 1918

en uno de esos días en que anunciaban el fin de los combates lo que entonces esperaban que fuera el último sacrificio antes de una paz eterna

y Talmaï, nuestro bisabuelo, el frágil, sobrevive ellos que habían partido

juntos de Adrianópolis para convertirse en franceses

y ya no queda más que uno...

DOS HERMANOS
Y NO QUEDA MÁS QUE UNO

y yo te pregunto, Jérôme, en tu opinión ¿dónde se esconde su dolor y cuándo vuelve a aflorar?

¿cómo atraviesa Talmaï, hermano de Nissim, los años veinte y después los treinta?

¿con qué clase de olvido cubre el sacrificio de su hermano?

y también, en esa prueba de duelo y de separación a la que llamamos

EXISTENCIA

que decide dónde nos detenemos y dónde comenzamos y si somos judíos, franceses, alemanes, árabes ¿qué es lo que eso nos asigna?

el suicidio de Talmaï

30 de noviembre de 1939

somos vidas unidas las unas a las otras, hermano; esto es lo que le sucedió a Talmaï, nuestro bisabuelo, después de la muerte en el frente de Nissim en 1918; comenzó a condenarse a sí mismo, él que era el superviviente, el frágil; sintió vergüenza por seguir con vida cuando Nissim, su hermano mayor, el valiente, había sido abatido por un proyectil alemán; sintió vergüenza de seguir siendo francés, cuando había sido su hermano quien lo arrastró desde que eran niños tras esa idea de marcharse al Oeste; pero Talmaï sobrevivió a su hermano, y no podía hacer más que pensar que estaba aquí, en esta tierra, en lugar de Nissim; siguió al pie de la letra lo que su hermano mayor le había aconsejado *búscate una mujer y funda una familia*

pero si bien es cierto que, durante los años veinte, su existencia parecía tener un sentido, ahí seguían esas preguntas, excavando en él una galería profunda como un laberinto...

> *¿qué hago yo aquí, ahora que mi hermano ya no está? ¿cuál es el sentido de esta existencia, si no hacemos más que ocupar el lugar vacío que han dejado los muertos? ¿qué sería de mí si Nissim no llega a convencerme para que nos fuéramos? y mis hijos, ¿tendría que contarles la leyenda francesa que mi hermano escribió para nosotros?*

Talmaï atravesó los años veinte sin responder a estas preguntas; durante un tiempo quiso adherirse a la leyenda que había escrito Nissim e impuso que en casa no hubiera oraciones, que no se pronunciara ningún nombre de Dios; a sus hijos les leyó toda la biblioteca de los dioses laicos, Michelet, Victor Hugo...; logró alejarse tanto de sus recuerdos de niño –borrar partes enteras de su memoria– que cuando, a raíz de la crisis de 1929, los eslóganes contra los judíos volvieron a tomar el control de las calles, ni siquiera se preocupó; en definitiva, llevaba una vida ordinaria y se contentaba con haber logrado *hacer el duelo de su hermano;* crió a sus hijos, ese fue sencillamente el honorable objetivo que se puso entre ceja y ceja, criar a sus hijos; pero en 1937, sucedió

que uno de ellos murió, y ese fue Oved, el que mejor había asimilado *la leyenda de Francia;* a partir de ese momento, fue perdiendo las pocas fuerzas que había logrado recuperar; Talmaï empezó a temblar por los suyos, a vivir en un estado de alerta constante; el terror y la tristeza hicieron presa de él, al punto que siempre parecía estar en otra parte, siempre en otra parte; después de la muerte de su hijo adorado, Talmaï ya no sabía, literalmente, a qué santo encomendarse; en lugar del *Dios faltante*, asumió un montón de molestas supersticiones; *si no prendo esta vela*, pensaba, *si me pongo el sombrero en el espejo*, *si no dejo de trabajar cuando el sol se pone*... obedecía a Nissim, se esforzaba por ser un moderno, pero lo que le dictaba su corazón no era eso; le hubiera gustado creer en las almas, en sus presencias, en sus acciones en el tiempo, hasta que llegó ese día: habían pasado poco más de dos años de la muerte de Oved cuando el padre, Talmaï, completamente desorientado, acompañó a su primogénito a la estación; fue en octubre de 1939, y *Nat*, como él lo llamaba, había recibido la orden de movilización... así que ahí estaba el padre, despidiéndose de Nathaniel en un andén abarrotado; se sube al tren, le da un beso, pero no logra decidirse a bajar...

tengo miedo, podría decir
tengo miedo de que, si te dejo ir, te pase lo mismo que a mi hermano

tengo miedo de los ecos de esa frase: «dejar ir»

porque toda separación

es una muerte

tengo miedo de no haber hecho el gesto correcto en el momento de dejarte ir
de no haber dicho las palabras correctas; tengo miedo de no haber prendido
la vela en el momento en que tenía que haberlo hecho
miedo de que todo lo que nos pasa sea un castigo por haberte olvidado

Dios mío

pero no dice nada, nada de nada, apenas parece un hombre trastornado; en el vagón lo miran, los jóvenes soldados, embarcados junto con su hijo mayor, a punto están de reírse; pero no, nada de risas; todo es triste, hace frío; finales de octubre en Francia, un invierno antes de tiempo; ha nevado, y en medio de una noche helada, los soldados se van a otra guerra; Talmaï se vuelve hacia el lado del andén como si buscara la salvación; pero por desgracia, la salvación no está en el andén de una estación...

tienes que bajar, Papá, el tren se va dice el joven Nat, el hermano de Oved
tienes que dejarme ir... no te preocupes, todo irá bien Francia no puede perder la guerra

y añade

venga, vuelve a casa, allí te necesitan yo regresaré pronto, ya verás

pero su padre, Talmaï, no se baja; los ojos perdidos, febriles, incapaces de centrarse en un hijo que busca su mirada, pero él está en *otra parte;* ahora se oyen los silbidos, las llamadas que anuncian la partida; y allí solo queda Talmaï, no se mueve y eso crea un cierto revuelo...

¡venga, carcamal, que tenemos que irnos!
a menos que quieras venirte con nosotros quien así se expresa no es Nat, claro; él, el hijo mayor, nunca se dirigiría a su padre con semejante ligereza; el que ríe es un joven bravucón, alguien que ignora lo que puede acontecer en la piel de un hombre; cada segundo cuenta para sacarlo de allí, pero Talmaï no se mueve; se queda en medio de todos esos avisos que, *como siempre*, creen que la guerra es una fiesta; se dan cuenta de que van a tener que ayudar al hijo a sacar a su padre; resulta evidente que eso es lo que pasa por la cabeza de los soldados: Talmaï, ese curioso hombre hecho como de piedra, tiene que marcharse; habrá que empujarlo, se dicen, no queda tiempo...

¡el tren está a punto de salir, Viejo!
tiene que bajarse de una vez...

el hijo trata de hablar con él, se lo pide por favor, al punto que los demás se sienten autorizados para agarrar a Talmaï; al final lo sacan a empujones; pero algo más fuerte que él, *más fuerte que él*, porque el que se agarra a la puerta del vagón no es él, es una *fuerza* que lo supera; sucede un día de octubre, luego vendrán los días de noviembre en que algo se entrelazará entre los tiempos; un domingo, hablando de su hijo, el padre dice *Nissim* en lugar de *Nathaniel;* y teme que eso sea un presagio; Talmaï lucha contra esas ideas, pero es algo *más fuerte que él;* siente que quisiera volver a rezar...

sería tan sencillo como decir que necesito a Dios, que no soy lo bastante fuerte, lo bastante moderno para creer en la soledad y en lo absurdo de la existencia humana pero está aquella promesa que le hizo a su hermano, Nissim, el valiente, a quien Talmaï no puede traicionar; y el recuerdo de su hijo Oved en las últimas horas preguntándole las palabras de la oración; y el

recuerdo de ese olvido, ese vasto campo de lo sagrado totalmente vacío que él se reconoce incapaz de llenar, en esos momentos tan cruciales en que, aunque solo fuera por el hijo, desearía ser capaz de transmitir un poco de luz, la idea precisa, profunda, de que existe un poderoso vínculo de la vida con la vida, de los muertos con aquellas y aquellos que nacerán, de los antepasados con el futuro, del dolor con la alegría; pero Talmaï se queda solo, solo con su certeza de que, en el momento menos pensado, van a venir a decirle que Nat ha muerto; solo con el miedo, con el espantoso miedo de hallarse ante un nuevo vínculo cortado, piensa...

adelantar la pena
adelantar el desastre, acelerar eso que llamamos una vida precipitar

acabar con esa comedia del padre que resiste piensa

qué liberación sería no seguir obligándose a resistir no seguir teniendo miedo, dejar de fingir dejar de esperar...

Talmaï está solo en el salón, sus hijos juegan afuera, estamos a jueves y el tiempo ha mejorado; encima del escritorio ve algunos de los libros que le gustaba leer a su hijo Oved; historias de Reinas, de Reyes, de Emperadores y, en definitiva, toda la odisea gloriosa de Francia...

y luego esa detonación

ese disparo aislado que solo un puñado de seres humanos llega a oír que enlaza desde el pasado, que avanza hacia el futuro y así muere Talmaï, sin que nadie a su alrededor lo entienda.

A Elie de Toledo

ese padre que, hace mucho tiempo, vio cómo sus hijos se marchaban de Turquía hacia Europa

A esos hombres llevados
por la guerra, por la enfermedad, por el dolor Nissim, Oved, Talmaï y sus dobles A mi hermano, Jérôme,

sobre quien cargaron tantos dolores e historias inadvertidas

A aquellas y aquellos que no conocí mis antepasados invisibles

que llevaron ese nombre de expulsado, de Toledo, españoles, luego otomanos,

reconocidos como franceses, denunciados como judíos arrastrados a lo largo de ese desastroso siglo veinte del que nosotros descendemos

post scriptum

¿Qué sé ahora que no sabía antes de escribir esta historia? Creo que lo esencial gira en torno a lo que he comprendido sobre el suicidio, a lo que el suicidio me ha ofrecido como materia sobre la cual reflexionar. No se me escapa que los pensamientos de suicidio expresados en el siglo XX han seguido caminos divergentes: uno, como se recordará, intentó hacer de ese gesto de autodestrucción un hecho social, mientras que el otro, por el contrario, quiso ver en él una manifestación de libertad, un acto supremo de autodeterminación. Al terminar este trabajo, me parece que las dos visiones, una sociológica, propuesta por Émile Durkheim y seguida por el amplio batallón de la suicidología, la otra, inaugurada por Albert Camus, prolongada a su manera por Jean Améry, quien en su precioso libro *Poner la mano sobre sí*, confesaba que prefería la expresión «muerte voluntaria», precisamente porque ponía la voluntad por delante, el libre albedrío... en mi opinión, más allá de sus méritos y sus matices, esos dos enfoques del suicidio han pasado por alto lo que este libro explora, en la línea de los estudios transgeneracionales. Habría que volver a considerarlos, así lo creo, a la luz de los recientes descubrimientos de la epigenética.

No quisiera que me malinterpretaran. Este libro no invalida cuanto se ha escrito sobre el suicidio: lo único que digo es que esta historia completa el cuadro de nuestro deseo de muerte, entre el *suicidio-hecho-social* y el *suicidio-acto-libre-y-voluntario*. Desvela una dimensión de la existencia que a menudo ha pasado inadvertida, la de una vida entrelazada en la que los seres y sus fragilidades están vinculados los unos con los otros y más allá de los años por los sobresaltos que sus cuerpos han ido registrando. Si me pregunto concretamente: el suicidio del antepasado Talmaï o del hermano Jérôme ¿son *actos libres*?, tengo que reconocer que no lo creo, que aquí la tesis del *acto libre* me parece del todo inapropiada. Si, por el contrario, me pregunto si sus suicidios son *hechos sociales*, debo admitir que también me inclino por una respuesta negativa. Desde mi punto de vista, los traumas, los temblores de los que esos dos suicidios dan testimonio, apuntan hacia un enfoque más histórico y al mismo tiempo más material; un enfoque en que puede que algún día, las huellas traumáticas que los epigenetistas observan en el corazón de la materia humana se unirán a los enfoques transgeneracionales de la psicología grupal y de las prácticas llamadas de constelación.

Muy a menudo, nuestros conocimientos, así es como yo lo veo, avanzan tejiendo la hipótesis de vínculos que hasta ese momento eran invisibles. ¿Y qué decir del caso que nos ocupa? A lo largo de varias generaciones, una materia humana modificada, agitada por los exilios, atraviesa lutos y nacimientos, guerras y crisis. Se aferra a la esperanza de una vida mejor, y sobrevive gracias a secretos, olvidos y camuflajes. Al mirar las fotografías de tiempos pasados en los álbumes familiares, nos encontramos con seres de los que nos separan varias décadas, y nos preguntamos ¿qué vínculo puede relacionar esas vidas las unas con las otras, más allá de tantos ciclos de separación? Formulándolo de otra forma, nuestras vidas son las ondas expansivas creadas por un rebote, pero ¿de cuál? Si estamos dispuestos a penetrar en la zona de inquietud en la que a mí me ha sumergido este libro, y más allá de este libro, otros muchos acontecimientos de nuestra vida colectiva, podemos plantearnos esta pregunta, que a mí me parece útil para las refundaciones que debemos llevar a cabo: *¿qué sabe la materia que nosotros aún no sabemos, que nosotros no logramos llevar hasta el lenguaje?*

De esta pregunta se desprende un poderoso torrente, capaz de llevarse por delante muchas antiguas certezas y marcos agotados. Porque, ¿dónde termina la responsabilidad de un Estado o de una empresa, si nuestros cuerpos arrastran las huellas de las distintas violencias de que fueron víctima a lo largo de varias generaciones? Y si estamos conectados entre las edades por marcas tan profundas en nuestros cuerpos, ¿qué queda del individuo, de su libertad, de su voluntad? Y por último, si el sentido aparece allí donde surge la herida, el dolor, ¿en qué lugar quedan las técnicas que intentan borrarlos? ¿Qué nombre habría que darle a eso que nos supera, que nos desborda, si no hay que buscar levantando los ojos hacia el Altísimo, ni llamar a ese misterio Dios o Sentido, sino descendiendo hasta lo más bajo, y aceptando que Dios o el Sentido se hallan precisamente en el lugar de esa inteligencia soberana e indestructible de la materia?

Yo, por mi parte, me sitúo ahí. Estoy en ello. No puedo ir mucho más allá. De momento he aceptado más o menos la muerte de mi hermano. Ahora entiendo mejor por qué mi cuerpo empezó a doblegarse como si estuviera atado a una cuerda. Veo mejor lo que causó el secreto y de dónde viene la violencia. Por lo demás, ya no olvido ponerme a la escucha de la materia. Estoy convencido de que, en esa escucha, hay una clave que debería llevarnos al reencuentro con el mundo y con las vidas con las que estamos conectados. Y si en nuestros cuerpos-memoria, en ese continuo material que enlaza nuestras vidas entre las edades, hay algún sentido que penetrar, albergo la esperanza de que, ante esta evidencia aún por documentar, aceptaremos vernos, es decir, nuestra especie,

una vez más, como humildes ignorantes ante una materia que sabe infinitamente más que nosotros.

entonces llegará el comienzo de otra historia la de un futuro vuelto a enlazar

religado

Índice

uno de marzo de dos mil cinco *(París)*
el linaje de los hombres que mueren *(1937-1939)*
ayer abrí unas cajas llenas de imágenes *(Berlín, 2017)*
las primeras grietas *(1969-2005)*
huir del rostro de la madre reencontrar al hermano *(2017-2018)*
seguir el hilo de la herida *(enero de 2019)*
entonces el hermano se puso a hablar *(primavera de 2019)*
las cartas de Nissim *(1914-1918)*
el suicidio de Talmaï *(30 de noviembre de 1939)*

post scriptum

Este libro nunca hubiera visto la luz sin el valioso
acompañamiento de Yann Dissez y del dispositivo
«residencias de autor» de la agencia regional del libro
CICLIC en cooperación con la Casa Max Ernst donde,
durante la temporada 2018, el autor pudo presentar
el ciclo «Escribir la leyenda» y la instalación
«Vida suspendida».

Las últimas etapas de ese trabajo, durante la primavera
y el otoño de 2019, también se beneficiaron de una beca
de la Fundación Jan Michalski para la escritura y la literatura.
El autor desea expresar su profundo agradecimiento
a Vera Michalski, así como a Guillaume Dollmann
y a todo el equipo de la fundación.

Por último, como es importante entender la literatura
más allá del propio libro, en el espacio urbano y social,
así como en sus relaciones con los campos de la investigación
en ciencias humanas, el autor desea expresar toda su gratitud
a los equipos de Arty Farty, de la Fiesta del Libro de Bron
y de la Escuela Urbana de Lyon por su apoyo al ciclo
«Investigar, investigar, pero ¿para dilucidar qué crimen?».